



LA ANTROPOLOGÍA Y EL NATURALISMO CONTEMPORÁNEOS EN ALEMANIA.

GERLAND.—FECHNER.—HARTMANN.

Las ciencias antropológicas están hoy en Alemania, lo mismo que casi todas las del saber humano, en cierto estado de esplendor, que no es perdonable su desconocimiento para los que realmente aspiren á asimilarse los resultados científicos que las investigaciones reiteradas diariamente ofrecen al antropólogo, y ménos aún á los que con propias fuerzas se aventuran generosamente en la exploracion y esclarecimiento de esta ciencia, tan amplia y compleja, que la vemos casi trasformada en la ciencia primera y fundamental.

Como ya su mismo nombre lo indica, «Antropología» tiene por objeto todo lo que al Hombre toca, y hay bastantes motivos para pensar que, una vez que hubiera determinado esta ciencia todas las cuestiones que dentro de sus límites se encuentran, nos ofrecería al mismo tiempo como una especie de síntesis que abarcara en su seno, no sólo lo que al Hombre respecta, sino también todo lo que con él se relaciona, todo lo que en su naturaleza se muestra, todo lo que siente, todo lo que sabe y todo lo que conoce; en una palabra, toda la Realidad; pues es preciso reconocer que, en último término, la Realidad, en tanto que es considerada como objeto para la Ciencia, tiene una existencia dependiente de nuestra naturaleza psicofísica y está sujeta y hasta modificada por las leyes de nuestro conocer; es decir, que es un conocimiento humano, la *Vorstellung* de Schopenhauer.

Es verdad que el hombre no puede por ahora, y tal vez no pueda nunca, llegar á este último término; pero esto no obsta para que si ese momento de progreso cupiera en lo posible, si algún día el saber humano alcanzara esa extensión y esa amplitud, la ciencia que tendría el derecho de contener en sus principios esa especie de síntesis de toda la Realidad, sería la Antropología, por cuanto que únicamente ella comprende al Hombre todo.

Como prueba de la latitud y del amplio campo en que la Antropología se mueve, basta señalar la confusión que su mismo concepto ha producido entre los antropólogos; en la cual, si bien se nota, han resultado diferencias por efecto del punto de vista que cada indagador ha adoptado. La oposición de opiniones entre éstos, lejos de causar perturbación de ideas al

que imparcialmente quiera estudiar los diferentes conceptos que de esa ciencia se han hecho, viene más bien á confirmar una ley, ya un tanto extendida, á saber: que más verdad hay en lo que el hombre afirma que en lo que niega, y que, por consecuencia, lo verdadero en todas las distintas formas que hasta el presente ha tomado la Antropología, son los puntos afirmados, y que lo falso y erróneo son los negados, efecto de la parcialidad de los criterios.

Todos los diferentes aspectos que nos presenta la Antropología, desde que la vemos en sus primeros comienzos exclusivamente limitada á una doctrina médica, como hacía Hipócrates, reduciéndose después á una parte física, psíquica ó pragmática, y hasta que, por último, es considerada como puramente especulativa, tal como pretendía la pasada escuela teosófica alemana, todas estas antropologías se ocupan del objeto de esta ciencia sólo bajo un aspecto particular, sin abarcar al Hombre en todo su contenido, es decir, en su constitución física y psíquica, en relación con su propia especie, con las que le antecedieron y con la naturaleza toda. Allí sólo se consideraba al hombre en una manera particular de su existencia, en la cual se encierran y limitan, desconociendo todas las restantes, aun cuando se la quiera hacer, como Perty, «la ciencia del ser espiritual y corporal del Hombre,» pues aquí, lo mismo que cuando se la transforma en una especie de Psicología racional que comprende al individuo únicamente, ó se la reduce al simple conocimiento de la relación entre Espíritu y Cuerpo, se mutila el campo que esa ciencia debe disponer, pues nada nos dicen de la vida del hombre, de la pasada y de la presente, ni cuáles son las relaciones que entre éste, como individuo, y la Humanidad existen, y ménos la de ésta con la Naturaleza.

Siendo á la vez tan vasto el objeto de la Antropología, nada más natural que la manera fragmentaria en que se nos presenta, y nada también más difícil que la creación de una completamente sistemática que comprendiera todo cuanto á esa ciencia pertenece. Varios son los ensayos que se han practicado para encauzar en vía segura la marcha que la Antropología debía seguir. La primera que rompe el camino es la *Natural history of mankind*, de Prichard, iniciando un período, que viene, por último, con la *Anthropologie der Naturvoelker* (Leipzig, 1859-1864), de Waitz, á tener su más acabado intérprete. Dentro de esta época se verifican trabajos más ó ménos importantes, como el *Mikrokosmos* de Lotze (1856-1858),

y el *Mensch in der Geschichte* (1860) de Bastian, y otros, que forman un período muy diferente del que ocasionó la aparición y propagación de «*On the origin of species of natural selection*» (Lond., 1859) de Darwin.

No puede negarse que, no obstante los numerosos trabajos que han sucedido al libro de Waitz, éste es siempre el que con más preferencia puede consultarse para entrar en los estudios antropológicos. Pero, sin aminorar en nada su importancia, es también cosa sentida por todos los que se ocupan de estos estudios, que su libro no está en su parte doctrinal á la altura del movimiento científico que se ha desarrollado desde la aparición de la obra de Darwin, y que es indispensable una nueva producción que reproduzca con más fidelidad el espíritu que domina este tercer período, es decir, desde Darwin á nuestros días, y que exponga con mayor propiedad las adquisiciones efectuadas por la ciencia en estos últimos tiempos. Sin contar los numerosos apuntes y datos que en diferentes revistas y publicaciones se han dado á luz, ni tampoco las muchas memorias y opúsculos que no han faltado en estos últimos años (1), hay dos libros de grandísima importancia para el antropólogo. El uno, el de Oscar Peschel, *Völkerkunde*, cuya significación compara Huxley, si no recuerdo mal, al *Kosmos* de Humboldt; y el otro, el de Jorge Gerland (2), que tiene aún poco tiempo de existencia. El primero tiene un carácter más práctico, más científico; el segundo es más especulativo, más filosófico. De éste vamos á ocuparnos.

I.

El carácter predominantemente etnológico que han tenido hasta hoy las obras publicadas por Georg Gerland hace que se dé mayor interés á los principios generales que pretende establecer en su último libro, los cuales deben de servir de base para los volúmenes que han de seguirle. Gozando Gerland de justificada autoridad por sus anteriores trabajos sobre los pueblos del Norte de América y por la conclusión de la obra de Waitz, puede ser considerado su último libro como un ensayo hecho para fundamentar los numerosos datos que cada día adquieren las ciencias antropológicas. El método que para este estudio sigue es semejante al de Prichard y Waitz, único que puede ser adoptado, y parte, considerando á la Antropología como la ciencia de la especie humana en general, y deja á las ciencias fisiológicas y psicológicas el estudio del hombre como individuo, sin que por esto separe y niegue la relación íntima que tiene la Antropología con éstas y las otras ciencias, porque no debe

olvidarse que «sólo ella muestra lo que la Humanidad, y por tanto el hombre, fué, es y será» (1).

En el prefacio del libro encontramos anunciados en muy pocas palabras los principios generales que después trata de demostrar el autor en el curso de su obra. «Mi trabajo—dice—completamente establecido en el campo de la teoría de la evolución, está rigurosamente penetrado de un naturalismo atómico-mecánico. Soy también de los que piensan que la vida del alma, aún en sus más elevadas manifestaciones, se funda en ciertos procesos, que, lo mismo que todo en el Mundo, pueden ser considerados matemáticamente. También se verá predominar la idea que las opiniones atómico-mecánicas, lejos de ser contrarias al sentimiento ideal, religioso y estético de la vida, conducen más bien á estas conclusiones, con las cuales únicamente se complementan, perfeccionan y toman forma viva; mientras que, al contrario, nada significa esta última concepción de la vida sin el auxilio de la primera» (2).

Para llegar á estas conclusiones, no pretende el autor abandonar una sola vez el terreno experimental, ni descuida por un momento los resultados científicos obtenidos en estos últimos tiempos, sino más bien fundado en unos y otros, considera como lógico y necesario el resultado que presenta. Con motivo de la cuestión de la presencia y aparición del hombre en la tierra, por ejemplo, declara terminantemente que no puede ser resuelta sino por el proceso *mecánico-natural*, basada consecuentemente en la evolución animal (3).

Uno de los puntos más discutidos entre los antropólogos, es seguramente el que se refiere al origen de la especie humana. La escuela americana, representada por Morton, Nott y Agassiz, sostenía la existencia de diferentes centros de creación, desde los cuales partían las diferentes especies humanas que conocemos, y negaba que hubiera unidad entre ellas; de esta manera se establecía un abismo entre unos y otros, y se señalaba fatalmente el destino que necesariamente debía cumplir cada raza. Movida esta escuela por intereses que no queremos mencionar, llevó sus afirmaciones á tal extremo, que no sin razón pretende la ciencia moderna borrarla del número de las opiniones más ó menos verdaderas que en esta cuestión se han sostenido.

La teoría de la descendencia no podía menos de relacionarse con esta cuestión, y así vemos que, desde que apareció en la ciencia, ha tomado de nuevo este punto un gran impulso, adoptándose por muchos, como puntos de partida ó centros de creación, aquellos lugares donde se encuentran las formas más semejantes á la humana. Huxley se decide por Africa, declarando

(1) Como los trabajos de Retzius, Carus, Huxley, Virchow, Quatrefages, Broca, Vogt, Ecker, Hartmann, Wagner y otros muchos.

(2) *Anthropologische Beiträge* von Georg. Gerland. Berlin, 1875.

(1) Loc. cit., pág. 2.

(2) Idem, id., Vorwort, p. IV.

(3) Idem, id., pág. 21.

que el chimpanzé ó gorilla son los que más se asemejan al hombre. Darwin supone también que en ese continente habitó indudablemente el antecesor del hombre, si bien reconoce que las circunstancias geológicas permiten admitir que no sea aquél el único lugar habitado primitivamente por el antecesor del hombre. Hæckel supone la existencia de un antiguo centro de creación, Lemuria (al S. de Asia y hoy sumergida) desde la cual se propagó y extendió la especie humana. Schaffhaussen, Peschel y otros, admiten Asia y Africa, reconociendo para cada uno de estos continentes como formas primitivas el orangutan y el gorilla. Por último, K. Vogt, fundado en la semejanza del cerebro humano con el del mono americano, admite la posibilidad que de éste haya resultado el antropóide americano, por más que no tengamos noticia alguna de su existencia, lo cual no quiere decir que no haya existido.

Si por una parte tenemos la escuela americana y por otra la de la descendencia, no merece tampoco ser desatendida la que puede ser llamada la filosófica, representada por Waitz, Lotze, Fechner, Perty y otros, que aunque no se halla rigurosamente establecida dentro del terreno experimental, no carecen de argumento y de razón muchas de sus afirmaciones. Waitz (1) y Lotze (2) admiten desde luego el origen animal del hombre, explicando su aparición de un modo determinado, por la sucesión de un orden de tipos primitivos que fué formándose de una manera puramente natural; otros, como Perty, le hacen proceder de un ser inferior al estado que actualmente tiene el hombre, pero de su misma naturaleza (3).

Antes de pronunciarse Gerland definitivamente por una de estas soluciones, empieza á examinar las cuestiones que con ella se relacionan, y que necesariamente tienen que ser discutidas antes que estas otras. Tales son: la relación de lo orgánico con lo inorgánico; la evolución en sus diferentes modos de ser; las causas que pueden impulsarla en su movimiento; la semejanza entre los organismos superiores, y la producción y aparición, por último, del hecho de más difícil explicación, la conciencia.

El último libro de Fechner (4), que como todos los suyos está lleno de grandes pensamientos y de muchas exageraciones, ha introducido en la polémica científica una cuestión dormida desde hace algún tiempo, que sólo implícitamente se resolvía en casi todas las obras modernas, donde se dejaba que su solución fuera como una especie de conclusión de las premisas sentadas. Esa cuestión señalada por Fechner, es la que toca á la relación de lo orgánico con lo inorgánico. Hasta hoy se

explicaba ésta con tres fórmulas principales, que corresponden á los criterios más determinados que se disputan el dominio del campo científico; una, niega comunidad de esencia entre los dos reinos y los hace, inconsecuentemente, contrarios entre sí; otra, considera al segundo como producto del primero y como mera composición de los elementos de aquél (el Materialismo); y la otra, por fin, los estima como semejantes, como idénticos, y ve su diferencia tan sólo en la manera de su composición, no en su naturaleza esencial (el Naturalismo filosófico).

Para establecer Fechner la relación de lo inorgánico con lo orgánico, se funda en el carácter diferente que presentan las moléculas de los cuerpos inorgánicos, cuando se les compara con las de los orgánicos. En los primeros, las partículas que constituyen las moléculas están en una reciprocidad especial que no les permite cambiar y modificar respectivamente el orden en que se encuentran; en los orgánicos, las partículas están en mayor actividad, y las moléculas se encuentran en una correspondencia continua que las pone constantemente en circulación. En los dos hay movimiento; en los cuerpos inorgánicos el movimiento de las moléculas es simplemente de lugar; en los orgánicos, el movimiento alcanza también al orden de las moléculas (1). En los segundos, el movimiento es mucho más activo y complicado que en los primeros; y por consecuencia, el calor que desarrollan es mucho mayor que el de los inorgánicos.

El proceso general de la Naturaleza lo reduce Fechner á dos principios fundamentales, el de *Diferenciación correlativa* y el de *Estabilidad* (2). Cada uno de éstos tiene una acción propia que, empero, va casi siempre relacionada con la otra; la primera, designando el movimiento modificador y progresivo, que concreta y determina las existencias que van sucesivamente presentándose; la acción de la segunda, por el contrario, es represiva, limitadora; su fin objetivo es el detenimiento de toda progresión ascendente, el estacionamiento, en una palabra, la Estabilidad. Pero como ésta no es posible verificarla de un modo absoluto, añade Fechner, á ese principio, el término de *tendencia*, llamándole por lo tanto *tendencia á la Estabilidad* (3). Cuanto mayor es la determinación que en cualquiera de esos dos sentidos nos presenta un objeto de la naturaleza, tanto mayor es su progreso relativo. No importa que la Estabilidad haya paralizado en una serie el movimiento ascendente de su evolución para que relativamente los organismos *estabilizados*, en consideración al principio que en ellos prepondera, no estén más avanzados que aquellas otras series en que, predominando la diferenciación, han ascendido á graduaciones más elevadas, á formas

(1) Waitz. *Anthropologie*, Bd. 1.

(2) Lotze. *Mikrokosmos*, Bd. 2.

(3) Perty. *Anthropologie*, Bd. 2.

(4) G. Th. Fechner *Einige Ideen zur Schöpfungs- und Entwicklungs-geschichte der Organismen*. Leipzig, 1875.

(1) Fechner. *Loc. cit.*, págs. 1, 3 y 12.

(2) Idem, id., págs. 10, 25 y 35.

(3) Idem, id., págs. 65, 66, 68, 50 y 55.

superiores. En las primeras hay mayor adelanto y progreso en cuanto á la *Estabilidad*. En los segundos en cuanto á la *Diferenciacion*.

Cuando uno de estos principios ha acentuado su accion en un objeto de la Naturaleza, se puede medir la relacion que mantiene con el otro. Esto es lo que nos ofrece en la Naturaleza la existencia de lo orgánico y de lo inorgánico. En el uno domina la *Diferenciacion*; en el otro la *Estabilidad*. Lo inorgánico tiende cada vez más hácia este principio, y si se compara su accion con la que en lo orgánico efectúa la *Diferenciacion*, se nota que los efectos de aquella son mucho mayores que los de ésta. Ahora bien, las relaciones de posicion y movimiento en las moléculas de los cuerpos inorgánicos tienen cierta estabilidad, que tiende, como todo sistema abandonado á su propia accion, á la mayor posible (1). Comparado el movimiento molecular de lo inorgánico con el de lo orgánico, encontramos que aquél es mucho más *estable* que éste. Ese principio ha predominado desde un momento dado. Se ha verificado desde un primer punto; ha arrancado de una existencia formada, y ha formado la cristalización, si así podemos expresarnos, de la forma de algo ya existente. Resulta, pues, como conclusion, que habiendo más estabilidad en lo inorgánico que en lo orgánico, es imposible admitir que este último proceda del anterior, es decir, que sea lo orgánico un producto de lo inorgánico (2); porque para serlo, sería preciso que el movimiento molecular de lo orgánico fuera más estable que el de lo inorgánico. Esto se halla, pues, en contradiccion con el principio de la tendencia á la *Estabilidad*, y admitirlo es lo mismo que «pensar que los nervios y la carne se han formado de los huesos en cierto tiempo de la vida ultra-uterina del feto (3).»

Dada esta relacion entre lo inorgánico y lo orgánico, es imposible suponer que este último proceda de lo primero, como de sobra lo demuestran todos los procedimientos de la Naturaleza. En cambio, diariamente observamos á lo orgánico transformarse en inorgánico, cuando los elementos que le constituyen entran por una accion cualquiera en descomposicion y separacion. Así, es preciso más bien decidirse por la suposicion, que lo inorgánico procede de lo orgánico. Para fundamentar esta teoría, supone Fechner que la naturaleza nebulosa de nuestro planeta fué en su comienzo *kosmogónica*, de la cual brotaron más tarde lo orgánico y lo inorgánico ó por medio de la *Diferenciacion*, ó sino, lo que le parece más aceptable, por la solidificacion sucesiva de aquella materia primitiva, que al producir su movimiento de concentracion desarrollaba una gran cantidad de calor que trasformó mucho de ella orgánico en inorgánico, del mismo modo

(1) Fechner. *Loc. cit.*, págs. 26, 30 y 35.

(2) *Idem*, *id.*, págs. 37 y 40.

(3) *Idem*, *id.*, pág. 41.

que hoy está en nuestras manos trasformar con un calor excesivo lo orgánico en inorgánico (1).

Tales son los términos de la cuestion presentada por Fechner, que como se ve, da á este problema un aspecto que no había tenido hasta ahora, y que con justicia preocupa-la atencion de los que se ocupan en estos trabajos. La resolucion de ese problema cuesta, sin embargo, concederse, y á pesar de los fundamentos que la apoyan y del profundo conocimiento del asunto por parte de su creador, se presentan objeciones de bastante importancia.

Gerland, al mismo tiempo que reconoce la competencia de Fechner, hace algunas observaciones cuando se ocupa en su libro de la relacion de estos dos términos, y señala las dificultades que existen para admitir que lo inorgánico sea un producto de lo orgánico. «Por todas partes, dice, nos muestra el Mundo una evolucion de lo inferior hácia lo superior. Un descenso de lo superior á lo inferior ocurre, es cierto, algunas veces, pero raramente. Es desde luego indiscutible que lo orgánico es superior á lo inorgánico; éste, en cuanto á su masa, es mucho más rico que lo primero; se necesitaría entónces que una parte desproporcionadamente mayor de lo que era orgánico, es decir, lo superior, hubiera descendido á lo que le es inferior, es decir, á lo inorgánico; lo cual estaría en abierta oposicion con el principio de la evolucion progresiva.»

«Debe reconocerse, continúa Gerland, que cuanto más sencillamente se expliquen los fenómenos naturales, tanto mejor es la explicacion. Para obtener algun conocimiento de lo inorgánico y su vida, si así podemos expresarnos, la mejor teoría es la atómico-mecánica, es la más segura y hasta la única sostenible, como de sobra lo han demostrado la Física y la Química; por esa razon debemos aplicarla también á lo orgánico y su origen, pues de otro modo no podemos formarnos del Mundo una concepcion monista.»

«Esta hipótesis se encuentra en perfecto concierto y armonía con la teoría de la evolucion, en la forma al ménos á que Darwin la ha elevado. Esta teoría ha traído un pensamiento grandioso al confuso y oscuro mundo de los organismos, con el cual se ha trasformado todo aquel aparente desórden en órden severo, á la manera como repentinamente descubre un observador la simetría del arbolado de una selva, cuando abandona el punto de mira que le aturdía y confundía.»

En vista de los dualismos que reinan, y preocupado Gerland por el *principio monista*, que tanto priva hoy entre los científicos, ve la necesidad de dar forma conciliadora á las diferentes concepciones parciales que sólo reconocen una forma, un aspecto de la Realidad toda. «Por nuestra parte, dice, no separamos al Espíritu de la Materia, ni á lo Orgánico de lo Inorgánico,

(1) *Idem*, *id.*, págs. 43 y 44.

y sostenemos con Hackel y otros muchos, que la Materia toda está animada, y que eso que llamamos Materia es simplemente la representación de seres espirituales, de especie inferior á la nuestra, hecha de esa manera á causa de nuestra limitación psíco-física (1).»

II.

Una ley general que observamos en la Naturaleza y que encontramos también en nuestros estados psíquicos, es la llamada de persistencia, la cual es sencillamente el simple efecto que resulta de la conservación de todo lo que existe. Esta ley está, en el objeto que rige, en acción viva con lo que le rodea, y es una especie de lucha contra la influencia modificadora del medio. Dada esta especial relación, ocurren, como es natural, casos en que esa ley es superior á la acción del medio que trata de acomodar el objeto á las condiciones de su naturaleza, y tiene entonces lugar lo que justamente llamó Fechner una tendencia á la estabilidad. Otras veces, por el contrario, es mayor la influencia que ejerce el medio sobre un organismo y menor también la acción resistente que éste le opone. En este caso son también mayores las modificaciones y los cambios que en ese organismo se operan, por lo que puede decirse, en tésis general, que cuanto más sensible, cuanto más susceptible sea un organismo, más expuesto está á las variaciones que produce la acción del medio contra la persistencia; en una palabra, cuanto menor sea la persistencia, mayor será la acción acomodadora del medio. Los emigrantes nos ofrecen un ejemplo de este caso; hay unos que resisten más tiempo á los nuevos hábitos del país adoptivo, y otros que se los asimilan en muy poco espacio, según la mayor ó menor persistencia de raza que en ellos existe.

En vista de las grandes variaciones que lo orgánico ha efectuado, hay que suponer que los primeros organismos debían tener en alto grado esa facultad de variar, y que debían ser en extremo excitables, lo que se explica plenamente teniendo presente que, efecto de las pocas graduaciones realizadas, se encontraban en un estado ductil y flexible, y que no había podido la herencia, repetida durante largas generaciones, hacer persistir con predominio sus determinaciones morfológicas. De otro modo, la Evolución se hubiera estacionado en una ú otra forma, y no se hubieran podido efectuar las progresiones que han ocurrido. La naturaleza plástica de esos primitivos organismos era excesivamente variable, y hubo entre ellos individuos que, á pesar de estar dotados de esta facultad, no encontraron condiciones adaptables y de nuevo orden, y abandonados á la acción primitiva, que no mudaba, han llegado á conservarse en sus primeras formas, y por la herencia repetida han persistido de tal

modo en ellas, que hoy no es probable que sean susceptibles de nuevas modificaciones. Ejemplo de lo dicho lo hallamos en las *Bathybias* y las *Amebas*, que sin duda alguna pertenecen al número de los organismos primitivos, y que al encontrarlas existiendo en nuestros días, nos explicamos su presencia suponiendo que descienden de individuos que no entraron en la serie evolutiva y que persistieron en esa forma por la acción de la herencia.

Es indudable que en los momentos que aparecieron los organismos primitivos no existían condiciones exteriores de mucha variación, pues en general eran casi todos simétricos y de acción muy lenta, como el calor, la luz, el flujo del Mar, etc., etc. Pero es sabido que no hay organismo que pueda reproducirse y propagarse si carece de *nutrición*; sin ésta no hay vida posible, ni desarrollo, ni progreso, y es tal su importancia, que la manera como en un organismo se efectúa, puede darnos muestra de la significación de éste. Aquí, pues, se encuentra la acción principal modificadora, y en la nutrición, por lo tanto, debe verse la palanca motriz de la Evolución. En efecto, los organismos primitivos hallaban en el elemento en que vivían las materias que necesitaban, la variedad de éstas los modificaban, la necesidad imperiosa de acudir á su subsistencia por una ley, el Hambre, de que no podían prescindir, la mayor ó menor abundancia de alimentos que producía la competencia, y con ésta la lucha por la vida, la inestabilidad de esas primeras formas, todo en resúmen, se halla enclavado en ese primer motor, y tal vez también primera propiedad de lo orgánico, la *Nutrición*.

Gerland considera á ésta como verdadera palanca de la Evolución, y estima como secundario todas las demás acciones modificadoras, como la ley de emigración de Wagner, las influencias de clima y lugar, todas las cuales, dice con plena verdad, son motivos de variación, pero que no explican el movimiento ascendente que debe caracterizar á una evolución progresiva. El que se verifique una Evolución extensiva (*Breitentwicklung*) no significa que ocurra también la ascendente (*Hochentwicklung*); más bien al contrario. Se comprende el cambio y transformación que el medio puede operar en un organismo, pero no se comprende que esto pueda actuar de tal modo en él, que le haga salir de la especie á que pertenece, convirtiéndola en otro superior.

Si la nutrición es de grande importancia para la vida vegetativa de los organismos, si ella nos explica el movimiento activo de la reproducción y de la propagación, no nos dice en cambio el por qué del progreso de las especies, ni la causa de la transformación de éstas en otras superiores. Gerland une á éstas y á todas las acciones modificadoras un principio que estima como fundamental, y del cual son todos los otros meros factores exteriores. Este principio es el *psíquico*.

(1) Gerland. *Loc. cit.*, págs. 56 y 57.

co, que está íntimamente compenetrado con la naturaleza toda de lo orgánico, y lo tiene, como compuesto y combinado de unidades inferiores, psíquicas también, pero que por la naturaleza de su composición, consistente siempre en reunión de unidades bajo otra superior, pueden ser explicadas mecánicamente. Estas unidades, que no son otras que las mónadas de Leibnitz y las aceptadas por la escuela de Herbart, no las presenta Gerland, ni como opuestas, ni como contrarias á las físicas, sino como compenetradas con éstas, como viviendo *en y dentro* de éstas, y siendo por lo tanto influidas y modificadas por su acción.

Existiendo estas unidades psíquicas en todos los organismos y pudiendo ser modificadas por la acción del medio externo, se verifican cambios en los organismos aun cuando sólo éste último accione. Pero estos cambios son especiales y no pueden salvar cierto límite. El campo donde pueden influir esas acciones exteriores, es el de la *adaptación*, es decir, pueden extenderse, reproducirse, propagarse; pueden también cambiar y modificarse, pero nunca transformar al organismo afectado en otro superior; en una palabra, rigen é imperan en la Evolución *extensiva*. Operan una modificación de las formas, pero no de la esencia, en donde el organismo permanece siendo siempre el mismo ser, no obstante los diferentes moldes externos que le encierran. Toda la naturaleza psíquica del organismo toma parte en este movimiento extensivo, y como tiene que gastar sus fuerzas en la conservación y en la propagación, aplicándolas á las influencias exteriores que constantemente la trabajan, no puede dar rienda á su espontaneidad, y queda toda su actividad limitada á conservar y modificar sus formas, según la acción de las influencias exteriores.

Sólo cuando la unidad psíquica superior de un organismo no tiene que consumir sus fuerzas en la lucha contra las influencias que alcanzan á sus formas, y cuando obtiene una especie de reposo, puede emprender un movimiento ascendente, ya excitada por las mismas unidades inferiores á ella subordinadas, ya porque carece de adaptación que la entretenga en estas acomodaciones. Libre ya de éstas y en posesión de fuerzas que exigen nueva vida y nuevas formas, puede cumplir en ese momento una especie de expansión, que trae por resultado un movimiento ascendente, una progresión. Entonces ocurre la evolución *ascendente*, mientras que antes sólo teníamos la *extensiva*. Al llegar á una nueva forma superior, se repite otra vez el procedimiento antes dicho, y así siempre lo mismo, hasta que se afianza y se asegura la forma ganada. Hay casos en que la Evolución *extensiva* es pobre y en que predomina la acción motriz de la mónada central; entonces la transición es rápida y desaparecen en el tiempo esas formas transitorias que carecen de fuerza persistente, y se extinguen dejándonos en la confusión cuando queremos mostrar detallada-

mente las graduaciones que se han realizado entre organismos análogos.

Tenemos, pues, probado, según Gerland, la existencia de dos Evoluciones, una que llama *extensiva*, y otra *ascendente*. La última es la iniciadora, la que distingue y diferencia á los organismos, no sólo en cuanto á sus formas, sino también en cuanto á su contenido y esencia; es la que impulsa al movimiento ascendente y la que produce la infinita diversidad de seres orgánicos. La primera *diferencia* también, pero realiza sólo una diferenciación morfológica; es una especie de ampliación de las graduaciones que la Evolución ascendente ha formado, y su principal objeto consiste en afirmar y asegurar esas producciones, dándoles una persistencia de que carecen.

La cuestión que aquí se ofrece es saber si lo que Gerland llama Evolución *extensiva* debe y puede llamarse evolución, porque el concepto de ésta envuelve algo que está en oposición con lo que quiere comprender por ese nombre. Mal se avienen, en efecto, los términos Evolución y propagación, pues lo primero significa más bien un proceso que va desenvolviendo y desarrollando lo que implícitamente estaba contenido, al menos potencialmente, en una cosa cualquiera; mientras que lo segundo es más bien como algo que se repite y no cambia de forma, sino sólo de lugar en el tiempo. Al constituir Gerland la naturaleza de los organismos, en unidades psíquicas, mónadas, facilita la explicación de la evolución psíquica en los organismos, pero deja en cambio más oscurecido el principio monista, que tanto le preocupa, y más complicada la solución atómico-mecánica que á la vida toda quiere dar.

No hay duda que tiene mucha razón E. von Hartmann en negar carácter mecánico á los dos factores constitutivos de la Selección, la variabilidad y la herencia, no obstante de que toda la teoría de la Selección debiera ser considerada, según Darwin, como un principio meramente mecánico y como suficiente para la explicación de las formas orgánicas (1). Esos dos principios, en efecto, se nos muestran como hechos innegables, con existencia evidente, pero nada nos dicen, ni de la razón de su origen, ni de los límites de su acción, y no sabemos si, más bien que principios explicativos, son simples determinaciones de otros que desconocemos.

Este vacío, que ha sido vivamente sentido por los mismos que han aceptado en globo la teoría darwinista, sin dejarse atolondrar ciegamente por el brillo de sus numerosas verdades, nos explica en parte la necesidad que hay de llenarle, y el origen de las teorías que para su efecto se producen. Ejemplo de esto nos lo ofrece el mismo Gerland con su teoría

(1) Eduard von Hartmann. Wahrheit und Irrthum im Darwinismus. Berlin. 1875. pág. 109.

psíquica, formulada ya, aunque con menos precisión y con otro carácter, por O. Caspari (1). Bueno es notar que, á pesar del sentido completamente hipotético de esa teoría psíquica y de su naturaleza anti-científica, es de todas las propuestas la que mejor remedia la falta que Hartmann encuentra en la Selección, y parece como si Gerland quisiera con sus unidades psíquicas convertir la teoría de Darwin en teoría mecánica, y destruir el inconveniente que todos reconocían y que más tarde debía Hartmann declarar.

Que la acción psíquica tiene indudablemente una gran parte y tal vez la principal en la Evolución de los organismos, cosa es esta para todos evidente; al menos, en tanto que no se descubran otros principios que los hoy reconocidos como los más inmediatos por la ciencia. Mas ¿cómo esta acción? ¿cuál su naturaleza? ¿qué procedimientos son los que emplea? son cuestiones á las cuales nadie puede responder, aunque esto no obste para que se acojan con placer y hasta con afecto, ya que no con convicción, tentativas tan serias y tan sistematizadas como las de Gerland. El error capital de este notable antropólogo, consiste en dar naturaleza mecánica á lo que generalmente se le caracteriza por lo contrario, al *psíquico*; y aunque algunos fuéramos de su parecer, no se podría aceptar como principio científico lo que sería principio de disputas. Y esto con pleno derecho, porque ántes que todo, debe el científico demostrar la existencia de lo que como principio sienta, después su naturaleza, por qué es principio, y por último la relación que tiene con la evolución de los organismos. Entre tanto, todas esas fórmulas no son más que teorías especulativas, hipotéticas, pero no realmente científicas.

JOSÉ DEL PEROJO.

(Concluirá.)

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

VI. *

DE LA MUJER EN SU NUBILIDAD Y CONSIDERADA COMO HIJA.

Según el orden establecido por la naturaleza, para llegar desde el nacimiento á la muerte, todos los seres vivientes recorren distintos períodos, durante los cuales ofrecen fases y revoluciones que son más ó menos importantes, pero siempre muy dignas de ser observadas. Estos períodos, llamados edades, se suceden en un espacio de tiempo más ó menos rápido, y considerados bajo este aspecto los

seres vivientes, presentan numerosas diferencias. Por eso el nacer, crecer, desenvolverse, florecer, fructificar luego, secarse y perecer, son para muchas plantas, que se las llama anuales atendida su corta duración, fenómenos y sucesos orgánicos, cambios de escena en la vida, que, á pesar de ser tan notables y variados, se realizan en un solo y mismo año. Por eso también, animales pequeños atraviesan la vida con una rapidez asombrosa; y bien podría decirse que en la misma se observan juventudes de la mañana; que á la tarde son ya verdaderas decrepitudes; mientras que los grandes vegetales recorren con lentitud las largas estaciones de una vida de muchos siglos.

Los seres colocados al término de la escala animal por su mayor desenvolvimiento y perfeccionamiento, como los cuadrúpedos, y principalmente el hombre, presentan sus diferentes edades durante un espacio de tiempo, cinco ó seis veces mayor que el que emplean en su desenvolvimiento. Los cambios de estado que forman época y que sirven para señalar las diversas edades, no se pronuncian con igual expresión en los animales; y las variaciones de la organización humana en general, lo mismo que las de la mujer en particular, no indican de una manera bastante marcada las estaciones de su vida. Imperceptibles en los detalles y señaladas á grandes rasgos en épocas distintas y muy separadas, multitud de fenómenos se realizan y suceden durante las mismas, que hacen que su vida se desenvuelva y su muerte se realice por grados, siendo muy difícil, ó poco menos que imposible, el apreciar sus fenómenos íntimos. Tan natural es esto, que ocurre lo mismo en seres de organización superior á la de las mismas plantas. Por eso no es posible observar y seguir todos los cambios y mutaciones que una planta experimenta, desde el momento que el calor fecundante de la primavera viene á reanimarla hasta aquel en que el invierno ó sus primeros rigores la despojan de todos los adelantos y atavíos que la primera estación la había dado para colocarla en la inercia y en el sueño; sin que por esto dejen de percibirse los fenómenos más sorprendentes de su desenvolvimiento. Así es cómo se realiza el hecho de desenvolvimiento de sus botones, entreabriendo la corteza del árbol para mezclarse con la tierna verdura ó el color oscuro ó grisáceo de sus ramas que tiempo hacía reposaba adormecido; así es de notar la señal á la vida, anunciando que todo en ella vuelve á revivir y tomar un aspecto alegre y risueño. Esta impresión tan agradable, que separa nuestra vista de los progresos insensibles que la planta hace, llegando hasta confundir sus hojas con sus flores, sorprende nuestra alma y todos nuestros sentidos en dulce éxtasis contemplativo de concurso tan singular y de belleza tan arrebatada.

(1) O. Caspari. Die Urgeschichte der Menschheit. Leipzig, 1875.

* Véanse los números 62, 63, 64 y 65, páginas 526, 565, 408 y 444.

dora. Disípase este fenómeno tan luégo como desaparecen las causas que le habían producido; las flores se secan, dejando plaza á los frutos que deben sucederlas y consolarnos de su pérdida. Esta nueva época da á nuestra alma un nuevo género de sensaciones; la viveza de las primeras se embota, pero es reemplazada por otras sensaciones, cuya satisfacción, aunque ménos impetuosa, es más permanente y va acompañada de cierta complacencia y tranquilidad, que llena el alma sin agitarla. En fin, los frutos desaparecen y su vacío anuncia que la planta, que tanto nos ha complacido tiempo antes con su eflorescencia y fecundidad, va á ser tronco estéril. Sin embargo, nos consolamos con la imperfecta sombra que nos da, y si bien considerada su próxima decrepitud la vemos con amargura, esta misma se dulcifica con los recuerdos que nos deja.

Tal es la imágen de la mujer. Aunque ésta cambia desde su nacimiento hasta su último momento, no nos es posible detenernos ni fijarnos más que sobre aquellas épocas más principales de su vida, que se hacen tanto más notables por el diferente carácter que manifiestan, cuanto por las diversas impresiones que nos produce durante tan diferente tiempo de su vida. En la especie humana, la mujer tiene gustos que se refieren siempre á su especial destino; en general, no tiene otras pasiones que aquellas que se refieren á la conservacion de la especie, y que la caracterizan en todas las épocas de su vida. La niña se entretiene y quiere sus muñecas; cuando jóven preve y siente el amor; más tarde, en la maternidad, halla su felicidad; y, en fin, vieja ya, se acoge á sus nietos, cuyos cuidados son en sus restantes dias su ocupacion más deliciosa.

Verdad es que en la primera infancia las niñas difieren ménos de los varones que en una edad más avanzada, porque á medida que las unas y los otros se desarrollan, los sexos se perfeccionan más; y si prescindieramos de éstos y de sus vestidos, en algunos años podrían confundirse. Sin embargo, observando atentamente en esta misma edad, se distinguen diferencias en la constitucion física y en el carácter moral de cada sexo. Comunmente, la niña es más delicada, más fina y flexible que el varón del mismo tiempo; sus cabellos son más largos, más sueltos, y sus músculos más tiernos y flexibles; su color es ménos vivo ó más blanco, su piel más fina, y su complexion más delicada y tierna; tiene gustos más sedentarios, prefiere las ocupaciones ménos ruidosas, y se entrega á trabajos más ligeros y apropiados á su temperamento y destino. Por eso la vemos casi siempre ocupada al lado de su madre, vestir y ataviar sus muñecas; entre tanto que el chico se separa de la que le dió la existencia, corre, salta, palmea y se arma para el combate, como si presintiese ya su peligroso destino. De la misma

manera, la niña se ostenta más tierna y más afectuosa que su hermano, marcando en su espíritu una firmeza y una penetracion más vivas y más avanzadas que en el varón de la misma edad. Tiene además mayor docilidad, gentileza y precocidad; su organizacion marcha más de prisa, porque su sensibilidad física y moral es más excitable y más fácilmente puesta en juego por todas las cosas que la rodean. A esta misma época no es ya indiferente á la coquetería y al arte de agradar, deseando ser mujer ó mayor para ser amada: este es, en el fondo, el carácter de su naturaleza desde su más tierna edad. A medida que la niña crece y su organizacion se desarrolla, su carácter se hace más reservado más modesto, como si preveyera las consecuencias de sus afecciones; desde entónces parece temer y retraerse de la carrera de la vida, en que el jóven ardiente se precipita con todo el fuego de su temperamento.

El intervalo que separa la edad de diez años de la pubertad, constituye la época de transicion de la adolescencia, que es, sin duda, el tiempo más hermoso para la mujer. Su extremada movilidad nerviosa hace que no puedan ser largamente impresionadas por penosas sensaciones que puedan oponerse á su felicidad. Este período es para ellas la edad de sus alegrías y más sabrosos goces, porque su imaginacion les pinta todos los objetos sonriéndolas, y su existencia se encuentra agradablemente variada por una gran movilidad de gustos y afecciones. A esta edad, libres aún de penas y de pesares, cantan, lloran y rien en un mismo instante, y, como tanto sus alegrías como sus placeres y disgustos son efímeros, llegan de este modo por un camino de flores á la edad en que la naturaleza las llama á pagar el tributo que deben á la especie. La niña que hasta entónces no era en cierta manera más que un sér equivoco, y sin sexo bien determinado, en adelante se hace mujer por su fisonomía y por todas las partes de su cuerpo, por la elegancia de su talle y la belleza de sus formas, por la finura de sus rasgos, por su estructura, por el timbre más sonoro de su voz, por su sensibilidad y sus afecciones; y, en fin, por su carácter, por sus pensamientos, deseos y costumbres, y hasta por sus enfermedades. Bien pronto, cuantos rasgos tenían de comun los dos sexos, se encuentran completamente borrados; el boton nuevamente abierto figura ya entre las flores, y esta brillante metamorfosis es señalada por los frescos colores que envuelven la pubertad.

Bien considerada, esta es la época más peligrosa y tempestuosa de la vida de la mujer, porque en ella es, sin duda, su sensibilidad atormentada en sentidos bien opuestos. En estos solemnes momentos la inocencia de la mujer, este guia tutelar, cuyo mágico poder vela en el fondo de su tenebrosa solici-

tud, la trasporta sobre un trono rodeado de halagos, en el cual necesita más que nunca de toda su virtud. ¡Dichosa la que sabe mostrarse bastante modesta, cualidad tan encantadora que da nuevo precio á todos los tesoros que ya reúne!

En la pubertad, esta brillante época, llamada por Buffon primavera de la vida y estación de los placeres, el adolescente pierde su ambigüedad y se hace hombre ó mujer; su sexo se pronuncia revelándole el secreto de su potencia. Un sentimiento nuevo se eleva en el fondo de su corazón, haciéndole aprender que no puede seguir indiferente en el mundo, que el cuerpo tiene ya más vida que la que necesita para sí solo, y que ésta tiende á difundirse fuera del mismo.

En realidad vivimos más para nuestra especie que para nosotros mismos, porque en nuestra infancia sólo alcanzamos una pequeña ó incompleta vida, en la vejez llevamos ya con nosotros los restos y las ruinas de nuestra existencia pasada, y cuando gozamos de una vitalidad completa, en nuestra virilidad, entónces tiende á separarse y nos abandona para formar nuevos seres. La edad de la reproducción es la representante genuina de la naturaleza; para ella han sido creadas la fuerza, la salud, el placer, la belleza y el amor, y á esta única época es cuando resplandecen la inteligencia y la energía del alma. Al perder la facultad generatriz, todas estas ventajas nos abandonan; el amor desaparece, la belleza se eclipsa, el vigor se enerva, el genio se apaga, el placer y la salud huyen, y el tiempo mata todo nuestro placer é ilusión; sólo nos queda una pócima amarga en la copa de la vida: parece que solamente hemos venido al mundo para la reproducción; y fuera de este tiempo todo es debilidad, penas, miseria é impotencia en la vida. Los dos términos de nuestra existencia, nacimiento y muerte, se tocan como dos eternas corrientes, cuyo punto de confluencia corresponde á la especie, porque sólo de ella alcanzamos nuestro vigor, y á ella tenemos que devolverle. La existencia no es otra cosa que una trasmisión de las facultades ó fuerzas de la vida desde el origen de la especie humana hasta nuestros días, y más bien que vivir para nosotros mismos, vivimos para la especie y por la especie, puesto que no podemos vivir sin ella. Los individuos, en realidad, no son más que efímeros usufructuarios de la vida, cuyo fondo elemental reside en la masa de los seres organizados. La generación no es otra cosa que el paso del movimiento vital de un cuerpo organizado y viviente á una materia dispuesta á organizarse, y la naturaleza, para realizarlo, sólo conoce el acto de la generación, el único fin de sus trabajos; y lo que llamamos amor es la manifestación exterior del movimiento vital que tiende á repartirse en todos los seres para co-

municarles la vida. Por eso todos somos animados por el amor, al cual debemos la fecundación de nuestra existencia.

Á esta época, la más importante de la vida, la compañera del hombre, que hasta entónces apenas de él se diferenciaba, sale de la vida común á los dos sexos y se reviste de los importantes atributos que la da la especie; ya no es una niña que sólo existe para el presente y para sí misma, sino que es un miembro interesante de la gran familia. Desde luego ya no la bastan los juegos simples de la infancia, y en vano trata de hallar en ellos el medio de disipar cierta turbación nueva de que se siente afectada. Nota en su corazón un vacío que en vano intenta llenar. Inquieta por una serie de vagos y oscuros deseos que la atormentan, quéjase en silencio, evita las miradas y busca la soledad, esperando hallar en ella la calma que ha perdido; una melancolía vaga y sin objeto caracteriza este nuevo estado. Vuélvese tímida, reservada y distraída, deseando ménos ya el placer que el bienestar, y la necesidad de amar la hace buscar la soledad, cuyo nuevo deseo, ocupando su corazón por entero, cuando no puede ser satisfecho, es origen de trastornos y desórdenes de todo género. Su imaginación, naturalmente viva y móvil, acrece su trastorno y su embarazo, privándola de fijar sus ideas sobre un punto cualquiera; de aquí sus escéuticos y raros gustos, sus cambios de alegría, tristeza y cólera á los que se entrega bruscamente para abandonarlos por cualquier motivo. En fin, en medio de este embarazo é incertidumbre languidece en una profunda melancolía, suspirando sin darse razón ni encontrar motivo. Este penoso estado de incertidumbre no tarda en disiparse, y la niña, hecha mujer, comienza á entrever claramente el objeto de sus deseos. Siente que en vano tratará de resistir á la necesidad de aproximarse á un sexo que su imaginación ardiente la pinta con los más bellos colores y las más seductoras formas; y sin abusar de las relaciones que con el mismo debe tener, deja de disimular que ha de amarlo y se apercibe de que lo ama. La necesidad de ser pagada con tierna pasión, principia á resplandecer en sus ojos, que brillan con puro fuego, manifestándose en todas sus acciones como impulsada ó dirigida por la más inocente y disculpable coquetería.

El pudor, cuyo irresistible ascendiente se deja ver por un atractivo embarazo y un reciente desenvolvimiento de gracias admirables que se notan en todas sus maneras, viene á poner freno á la vivacidad de sus deseos que mil veces se reprocha haber tenido la temeridad de formarlos. Pero lo que parece asustarla más en esta lucha interior, es el temor de no poder resistir sus afectos, así como el rigor de los medios que se verá obligada á emplear

para eludir las numerosas contradicciones en que tiene que caer frente á la sociedad. Esta revolucion, operada en la mujer tan brevemente, es la que cambia los destinos del hombre, puesto que su celeste imágen viene á fundirse en todos sus pensamientos, inquietándole y calmándole á la vez de tal suerte, que no hallando suficientes afecciones en la familia á que se debe, toma otro afecto más íntimo y más exclusivo, el de la compañera que Dios le ha creado, el ángel que únicamente ha de amar, bien de los elegidos, y todos sus deseos se concentran sobre este objeto. Ayer su voluntad era de hierro, hoy ya no tiene ni voluntad ni capricho, cierta cosa heroica y superior se levanta en su sér al lado del amor, que hace que la vida sólo le sea querida para poder darla luégo. En cambio la niña, mujer ya, sorprendida del sentimiento que inspira, cortada y pensativa, inclina su frente y se ruboriza, pero ruborizándose observa su conquista y la encadena. ¿Quién la revela un secreto que su amante desearía ocultar á todo el mundo, quién? Su amante mismo: su respeto, su silencio; aquella sumision y adoracion tímida que le retiene inmóvil y temblando, es un lenguaje claro y universal; bajo el fuego del trópico, como sobre el hielo del polo, la inocencia entiende este lenguaje, y le entiende sin saber por qué ni haberle estudiado; le entiende, sin duda, porque es una ley general de la naturaleza que á la época en que la belleza se realiza sea la maestra de una voluntad que no se pertenece. Así es que la jóven que hasta entónces no se conocía y no había sabido más que obedecer, sin ciencia y sin experiencia, se hace de golpe poderosa y soberana. Ella dispone de la vida y del honor del hombre que la ama; ella quiere y súbitamente es obedecida. Su voluntad de niña da un héroe á la patria ó un asesino á la familia, segun la altura de su alma ó la ceguedad de su pasion.

Esta es la crisis moral porque la mujer atraviesa hasta alcanzar su completo desenvolvimiento. Examinémosla ya como hija y dentro del santuario de la familia. Pronto, muy pronto se envuelven en ella la inteligencia y el tacto, por eso la vemos en las desagradables discusiones domésticas buscar la atenuacion de una palabra mal sonante que ha sido pronunciada; disipar las desagradables impresiones; evitar las disputas y mantener la buena concondia y armonía. Aunque su educacion sea defectuosa y la sociedad la desprecie, no es fácil hacer degenerar á la naturaleza real de la mujer, despojándola de la mision que Dios la ha dado; mision de paz, de regeneracion y de bienestar.

Si el hijo representa en el hogar paterno la esperanza, la hija tiene por mision representar la paz, la pureza y la gracia. Á su presencia, como dice el indio en su poético lenguaje, el padre participa de

la vida de las vírgenes. Cuando la madre llora, su hija es quien la enjuga sus lágrimas; cuando sufre el padre, la misma es quien le consuela. Al llegar el padre, rendido de trabajar y lleno de preocupaciones, ¿quién corre presurosa á su lado para despojarlo de sus incómodos vestidos y enjugar su frente bañada de sudor? Su hija; cuyo cansancio y sudor sólo de este modo se disipan. Pero no es ménos importante lo que pasa de parte de la educacion: apenas el hijo ha salido de la infancia, la educacion pública le reclama y le separa del lado de sus padres, mandándole á muchas leguas de distancia, de suerte que sólo pueden verlo por meses ó años; y cuando vuelve á su lado lo hace ya desacostumbrado de los mismos, formado por otros, y no encontrándose bien bajo aquel techo en que cree faltarle el placer y la libertad. Acabados sus estudios, los placeres, las pasiones y el juego son los que se le disputan; la casa paterna es para él una prision, y sus padres sus carceleros. Si aún le afligen y le desagradan las lágrimas de su madre, sólo es por una hora, el tiempo que las ve correr. Tiene la fiebre de la vida, y, ante todo, necesita vivir. Hé aquí lo que es un hijo hasta que llega á ser hombre.

En cambio una hija, si la organizacion de la familia á que pertenece está conforme con su ideal, será siempre de los padres y estará con ellos representando la educacion doméstica. Por eso al ser padre, hay que ser creador, porque crear no es sólo hacer el cuerpo, sino formar un alma, lo que se logra educando á la hija. Realizada esta empresa, no hay que temer nos abandone su corazon, ni aún en el caso de que su mision sea otra; pues en el mismo de haber llegado á ser madre, repasando el camino de maestra que ha atravesado como alumna, cada una de sus pruebas en esta nueva vía será un recuerdo para nosotros, y cada recuerdo un verdadero reconocimiento. En fin, viene la vejez para los padres, y con la vejez el aislamiento, la tristeza y las enfermedades. En este estado el hijo no les abandonará; pero arrastrado por la necesidad de actividad que constituye el fondo de la vida de los hombres, sus visitas serán raras, breves sus palabras y no sabrá consolarlos. Al contrario la hija, sea casada ó libre, se establecerá á su cabecera y llevará á los más incrédulos corazones el bálsamo de la fe y la creencia en la divinidad. En fin, por una contradiccion sorprendente en tales situaciones, la hija se convierte en madre, y con entonaciones tiernas y cariñosas, reservadas solamente á la infancia, con palabras que sólo pueden hallarse en boca de las madres, consuela de tal suerte á su pobre padre, que cuando el viejo se apercibe de tal inversion del lenguaje, con sonrisa llena de melancolía y ternura, dice á su hija: *Estas SON NIÑADAS, yo lo sé, pero SOY FELIZ en ser una criatura á tu lado.*

VII.

DEL AMOR EN GENERAL.

El amor no es una sola pasión; con él se despiertan y reúnen todas las demás. Su imperio se extiende por toda la naturaleza, y nada se conoce que se sustraiga á su ley, siendo esta vida del universo que hallamos en todas partes, lo mismo en el primer grado que en el último de la creación, ya actuando con la materia, ó ya divinizándose con el espíritu. Como afinidad, atrae las moléculas; como atracción, sostiene los mundos planetarios; como fuerza productora y generatriz, renueva y mantiene la naturaleza viviente; como sentimiento, nos abre y proporciona el infinito. De un modo sorprendente, esta ley universal, despojándose poco á poco de sus formas geométricas, pasa de la atracción al amor que en los seres vivientes, especialmente en los animales, es el atractivo del placer. En las plantas hace nacer la obra más perfecta para un himen ó placer de algunas horas solamente: nada falta en ellas, el perfume, las formas, los colores, la riqueza, la gracia, la variedad; todo se prodiga en ellas, cual si fueran conscientes de que fuera de sí mismas habría ojos para verlas y almas para admirarlas. De las plantas á los animales, la escena se anima y la vida crece: en éstos, el placer toma voz, se llaman y se buscan; el pájaro canta, el insecto zumba, y el león hace estremecer el desierto con sus terribles rugidos. Aquí comienza el amor sentido é instintivamente expresado, amor pasajero, de una estación, de un día ó de una hora, y esto pasado, todo vuelve al silencio; el león se hace solitario, el ruiseñor no canta, y toda aquella belleza, ornato del amor, queda desvanecida. La naturaleza lo quiere así: llamando todos los seres al placer, multiplicando el amor, apaga sus llamas, porque preve los peligros de más grande liberalidad en lo que tanto la conmueve. Hasta aquí, la ley ha sido impuesta y obliga ciegamente, aunque dulcificada por el placer. Pero al llegar al hombre, cesa de ser una obligación fatal, sin dejar de ser una fuerza que se crece con todos los encantos del sentimiento, de lo bello, de lo infinito, y que acrecentándose de este modo, cambia de dirección y se eleva de la tierra al cielo.

El amor se despierta en nosotros como algo que no puede morir, como un sentimiento eterno que nos proporciona alguna cosa sobrenatural y divina que, calmando más nuestro espíritu que nuestros deseos, toca más bien al alma que á la materia. Este sentimiento se le ha llamado impropriamente platónico, que es como si digéramos, puramente metafísico. Platon entendía que, con este sentimiento, el hombre de bien prefería las cualidades

del alma, origen verdadero de placeres delicados, á las ventajas del cuerpo tan pobres como monótonas y pasajeras.

En los animales, el amor, esta ley de la vida, sólo se ocupa de la conservación de la especie; pero en el hombre toma un carácter más noble y más elevado, dándole el mayor bien que le es posible alcanzar al individuo. Si el amor, como decía Marco Aurelio, no fuera para el hombre otra cosa que una corta convulsión, le rebajaría hasta el nivel del bruto; pero es al contrario, su superioridad moral la debe toda á este sentimiento. La causa primordial del amor, es, sin duda alguna, el instinto de reproducción, instinto poderoso y propagador, que excitado por la belleza y la gracia que el Creador ha puesto entre nosotros para perpetuar su obra, hace que reparemos las pérdidas de la muerte con una continua trasmisión de la vida. Únese á este instinto un sentimiento afectuoso que reúne á su dulzura su infinita duración. Esta pasión soberana, casi única en el sexo, y que, según un filósofo sólo el matrimonio puede hacer de ella una virtud, es de ordinario vehemente y nos trasporta hácia el objeto amado; unas veces es llama devoradora que hace erupción de todas partes; otras es fuego latente que nos mina y nos consume. El amor, dominador universal de los seres que respiran, es siempre el mismo y siempre nuevo; y habiendo comenzado con el mundo, sólo concluirá con él. Como pasión, no presenta un carácter tan determinado como las demás, porque se identifica con el espíritu y participa de su temple, de su grandeza ó rebajamiento. Demuéstrase sombrío y suspicaz en el celoso, exigente y hasta tirano en el orgulloso, sensual y frío en el egoísta, caprichoso é inconstante en el sensualista, y tímido, tierno y delicado en quien sabe apreciar las cualidades del corazón y del espíritu. De todas las pasiones, es ésta, sin duda, la más difícil de describir, porque ofrece en cada individuo tanta diferencia como presenta su fisonomía. Al nacimiento del amor, sólo vemos por su encantador telescopio; todo nos agrada y encanta; la seductora esperanza cambia nuestras penas en placeres; en todo hallamos referencia al objeto amado; le vemos en todas partes; vivimos sólo por él; gozamos las delicias de una nueva existencia, porque todo se embellece á nuestros ojos, y cuanto nos rodea toma un aspecto sonriente; sólo respiramos bienestar, placer y voluptuosidad; todos nuestros sentidos se hallan embriagados, y nuestra alma, apenas puede soportar las dulces emociones que experimenta, así como el corazón los tiernos sentimientos á que se abandona.

Desde que toma asiento en nuestro espíritu, se alimenta de sí mismo, tomando rápido acrecentamiento que nos liga generosamente y sin reserva al

objeto amado. Los encantos que nos han seducido, parecen multiplicarse y atribuimos al objeto amado más cualidades que él mismo pudiera soñar; el prestigio del alma fascina nuestros sentidos y trastorna la razón; los deseos, la esperanza y las más dulces afecciones, toman cada día nuevas fuerzas, y bien pronto nuestro corazón reclama un alimento más real, que solamente puede serlo la posesión misma de la realidad de nuestros sueños.

Orígen unas veces de vivos y dulces placeres, otras de agudos males, el amor, según que es feliz, contrariado ó celoso, es la más dulce ó la más horrible de las pasiones, y las modificaciones que imprime al alma y al organismo en estos tres casos, ofrecen las diferencias más marcadas y sorprendentes. Cuando nos abandona la esperanza, nos entregamos á la tristeza y á la melancolía, cayendo como plantas desecadas por los ardientes rayos del sol. Las desgracias en amor son más difíciles de soportar que todas las otras; pasión que entenece el corazón, no le queda en estado de sostener el menor choque. El alma, en las crisis ordinarias, puede recoger sus fuerzas y oponerlas con ventaja á una crisis imprevista; pero enamorada, herida en su parte más sensible, queda muerta bajo el golpe que la priva del único resorte que la daba el movimiento y la vida.

El amor dichoso ó con el que se espera serlo, comunica á todo nuestro ser un calor dulce, bienhechor y saludable; enrojecese el semblante y todas sus facciones se animan de una expresión nueva; el corazón palpita á la vista ó al sólo pensamiento del objeto amado; el pulso es frecuente y ancho; la respiración desenvuelta; el timbre de la voz suave y agradable; el lenguaje animado é hiperbólico. Las facultades mentales participan de la misma actividad; todo enamorado tiene su agudeza; sus pensamientos son ricos y variados, y el lenguaje es persuasivo. El amante feliz lo olvida todo; sin cuidarse de su fortuna y de su gloria, sólo piensa en el bienestar de ser amado, hallándose siempre dispuesto á las acciones más generosas. El amor es un delirio que da fuerza, valor, genio y virtud hasta al hombre débil, estúpido y vicioso, con tal que la misma á quien ama así se lo exija.

El amor contrariado tarda bien poco en producir trastornos orgánicos: el pulso es pequeño é irregular, la respiración anhelosa, la digestión difícil y se siente opresión en el corazón: el semblante es triste y decolorado, la mirada fija, lánguida y humeda. Dominado por un pensamiento exclusivo, el amante contrariado parece haber perdido la inteligencia y todas sus facultades morales: Sus mismos sentidos parece que le son inútiles; oye sin comprender; mira sin ver; quiere hablar y se confunde; todo le disgusta y le importuna, sólo le agrada la inacción y la soledad.

Feliz ó desgraciado, el amor suele complicarse con celos, sentimiento exclusivo y egoísta que se convierte en veneno de la pasión de que debiera ser alimento. El celoso, tirano ó esclavo, se conduce sin dignidad; las más raras suposiciones agitan perpetuamente su cerebro enfermo; no tiene sosiego, y los más absurdos temores le persiguen en sus delirios. En sus movimientos, en su actitud y en su semblante hay algo de siniestro que inspira miedo y antipatía á los sufrimientos que le quebrantan: á los ojos del celoso no es posible presentar justificación alguna, y si alguna vez, por un sentimiento de piedad, concede alguna demostración afectuosa al ser á quien acusa, bien pronto sus sospechas se duplican, y aún cuando admita alguna prueba en contra de las mismas, sin tardanza vuelve á caer en sus imaginarios temores, haciéndose no ménos injusto é intolerable que ántes.

En su dolorosa y continua ansiedad, este desgraciado se consume en el deseo febril de averiguar lo mismo que teme conocer, y cuando pasa de la duda á la certidumbre de no ser amado, el sentimiento que le dominaba cambia bruscamente en desprecio, y más ordinariamente degenera en odio, en furor, ó termina por la locura y el suicidio.

Aún hay otra faz importante en el amor, que no es, por cierto, ménos frecuente en el hombre en quien traza su sello con caracteres indelebles, y es la de un amor desenfrenado. Los signos de esta pasión se marcan en el físico por la palidez, la demacración, pulso irregular, pequeño y débil en ausencia del objeto amado, frecuente y tumultuoso á la vista del mismo, y una pequeña fiebre, descrita por Lorry con el nombre de fiebre erótica. En la moral se observa gran movilidad de carácter y un gusto pronunciado por la soledad y lo extravagante; un abandono completo en cuanto tiende á la higiene del cuerpo y los quehaceres más importantes, desprecio de las riquezas y honores; en fin, una perversion evidente del juicio, que hace que, sordo á los consejos de la conciencia y el deber, trate como esclavos á los que son objeto de su pasión.

Es indudable que estos caracteres, que presenta el amor, corresponden al hombre, hallándose en armonía, tanto con su viril y fuerte constitución, como con la soberbia de su alma: en la mujer varían, y aún en lo que tienen de común son más suaves y delicados, correspondiendo á la fineza de su fibra y á lo delicado y variable de su sensibilidad.

Si el amor ejerce gran influencia en el destino del hombre, el de la mujer le rige enteramente. Amar, ser amada, hé aquí su felicidad y supremo bien. Suprimiéndola el amor todo se decolora y entristece alrededor de ella; sólo con él y para él quiere los placeres; la belleza, el ingenio, las gracias y la

juventud sólo tienen precio para la mujer cuando la dan el poder de inspirar esta pasión; pero desgraciada la mujer que no sabe sacar partido de estos dones, sometiendo á la cabeza el corazón; porque entónces todo suele concluir para ella.

El amor, supremo señor del corazón de las mujeres, jamás renuncia á su imperio; puede transformarse con los años, pero no desaparece enteramente. Balzac, analizador profundo, que con tanta perfección sabía hacer la autopsia del corazón humano, despojando á cada fibra de su envoltura, explicando la causa de cada uno de sus estremecimientos, y revelando con una palabra las grandezas, las debilidades, las virtudes y los vicios, el valor y la cobardía de la especie humana, este filósofo nos dice que, en la vida de la mujer más virtuosa, de la esposa y de la madre más irreprochable hay un momento de duda, de vacilación, y quizá, desdeñando la tranquilidad de su existencia, la pesa no haber llevado á sus labios la copa embriagadora y amarga.

Es indudable que la mujer fué creada para el amor, porque todo en ella lo revela: su corazón, su agudeza, su organización, su debilidad misma son de acuerdo, y la gritan que necesita amar y ser amada. Más expansiva que el hombre, tiene necesidad de simpatía; el rayo vivificador del sol de la mañana llena su alma de alegría, y la perfumada brisa de la tarde la produce vaga é indecible languidez. Sí; el amor se encuentra en toda la existencia de la mujer, y á medida que avanza en la vida, se trastorna, pero no desaparece. La mujer que no haya amado, de ser posible que exista, es un sér incompleto, que no ha sido aún animado del reflejo misterioso que da calor y embellece á cuanto la rodea, hasta los más vulgares detalles.

En todas sus edades la mujer guarda en el fondo del corazón el ideal que se ha creado, al cual cree reconocer siempre que ama. Por eso, cuando una mujer de mérito se prenda de un hombre vulgar ó estúpido, es porque en él ha visto el engañador espejo de la imagen adorada, y cuando el desengaño llega, cae el héroe y queda el hombre que, al verlo tal cual es, siente profunda humillación.

Sin embargo, no todas las mujeres experimentan la necesidad de amar en igual grado; algunas, tan inconstantes en sus sentimientos como en sus ideas, se entregan desde su juventud á la coquetería, á los vanos placeres del mundo, y envejecen, casi sin notarlo, entregadas á este ídolo. Otras, más dignas y apreciables, no comprenden el amor, si no le hallan de acuerdo con los principios de honor y virtud en que han sido educadas: es indudable que, entre estas últimas hay que buscar la fidelidad conyugal y el verdadero amor maternal. La mujer generalmente se siente ménos obligada que el hombre al acto de la reproducción; en muchas

este acto, al cabo de cierto tiempo de unión, más bien que una necesidad, es un testimonio de afectación constante á la exigencia de una pasión que es exclusivamente del corazón ó del cumplimiento del deber; esto pasa especialmente en la mujer, cuando llega á ser madre, porque sus facultades afectivas se han multiplicado y repartido, y porque todo su sér apenas basta á la efusión del nuevo sentimiento que las embarga. Es necesario tener en cuenta que estoy hablando de la mujer que cumple con las leyes y deberes impuestos á su sexo; pues, cuando la misma se entrega al libertinaje, es un conjunto horroroso de vicios que deshonran la humanidad. El amor en los dos sexos por nadie ha sido mejor definido que por una mujer de ingenio cuando dijo: «el amor en el hombre es la inquietud; en la mujer la existencia.» Por eso ordinariamente esta pasión da á la mujer el espíritu y agudeza que la falta, mientras que al hombre le hace perder el que tiene. Hagamos, pues, que no llegue jamás á maldecir esta pasión sublime, y que la conserve digna siempre de sus importantes fines, porque es indudable que la sociedad, comprimiendo los latidos del corazón, resulta comunmente culpable de que el amor sea causa de dolor y desgracia en la mujer. El primer pensamiento y el fin real de la existencia de la mujer es el amor, delirio acariciado durante toda su vida; ser amada constituye su mayor ambición; para unas es ternura pura del corazón: para otras pura vanidad. Pero este sentimiento se halla en todas las mujeres, aún en las más indiferentes en la apariencia, cuya alma frívola le traduce en coquetería, profanación del mismo y negación de la verdad; porque la coquetería es la máscara de corazones fríos que gozan con un amor de que no son dignos ni capaces de comprender, por lo mismo que no le han sentido.

El amor correspondido hace á la mujer de carácter dulce y amable, sin vaga tristeza ni melancolía, y sólo la alegría se ve hasta en sus lágrimas. Cuando sufre cruel desengaño, cúbrese con el manto del duelo, pero difícilmente la abandona la fe, y una voz interior que la recuerda su amor perdido y sus dolores, la afirma en la esperanza. No sucede lo mismo cuando en su corazón se levanta la tempestad de los celos, pues entónces esta alma dulce y sin resistencia es tiranizada de tal suerte, que inspira compasión y piedad. La salud, el mérito y hasta la virtud del objeto amado son vota-fuegos de sus devorantes celos; esta fiebre envenena y corrompe cuanto tiene de bello y bueno la mujer.

En los climas meridionales, en que domina el temperamento nervioso y la idiosincrasia hepática, la mujer, lo mismo que el hombre, tienen pasiones más vehementes, y la de los celos frecuentemente acibarán su vida, haciendo la desventura de sus

respectivas familias. Es indudable que el amor en la mujer no afecta ningun carácter ni toma otra faz tan temible y sombría como la de los celos, porque las demas ya apuntadas, son características del hombre, especialmente el amor desenfrenado.

No hay tormento comparable con el que sufre la mujer celosa: fija siempre su mente en el mismo objeto, atormentada por la duda, aguijoneada por la incertidumbre, creyendo de ordinario que el corazón de su esposo ó de quien ama, no es exclusivamente suyo, vive sin descanso noche y dia y sin encontrar consuelo en medio de su tristeza y desolacion. Prevenida por su pasion, todo lo ve al tenor de la misma, que es su idea fija y predilecta, y todo lo interpreta en consonancia con su preocupacion. La más leve muestra de enfado la parece desvío, y todo arranque de mal humor le considera desprecio. En todos los hechos, en todas las palabras de quien ama, encuentra, á su modo de ver, motivos legítimos para alimentar su desvario y dar pábulo á la fascinacion que ejerce en su espíritu pasion tan lamentable. Puede, en verdad, decirse, que es un continuo torcedor que hace desdichada su existencia y que, cuando adquiere grandes proporciones, trastorna la razon, pervierte el juicio, sofoca los más nobles sentimientos é influye sucesivamente en la salud.

Es una pasion bastarda de la que debe huir la mujer que desea su felicidad y la de su familia, teniendo en cuenta los sinsabores, disgustos y crueles sufrimientos que ocasiona, pero aún es más odiosa al considerar las fatales consecuencias que acarrea.

En efecto, la mujer celosa que no conoce su flaqueza y da rienda suelta á su pasion, sin reprimirla jamás con los consejos de una razon ilustrada, se ve fácilmente conducida á la desesperacion ó precipitada hácia la venganza. Necesita tener fuerte espíritu, creencias muy arraigadas, y una moral sólida para que, creyéndose, siquiera sea bajo el prisma de la ilusion, despreciada, tratada con desvío ó postergada á otras mujeres por el mismo que es objeto de su ardiente amor, no sienta los impulsos de la desesperacion; y cuando el apego á la vida, los vínculos de la familia y de la sociedad la apartan de esta senda, nada más fácil que el que salga á su encuentro la terrible idea de la venganza.

Sólo en casos excepcionales suele atentar contra la vida de quien ama; cuando las desgracias de que está poseida y dominada por tan detestable pasion han llegado á trastornar su razon, y en medio del delirio concibe tan inicuo pensamiento. Es más frecuente que la idea de venganza revista otra forma, en mi concepto más odiosa, aunque igualmente criminal y censurable: me refiero á la tentacion de manchar su honra para hacer sentir á su esposo, ó

sér amado, el dolor y la amargura de su corazón. No es en este caso la sensualidad la que conduce á la mujer á tan horrible precipicio, es el infernal placer de la venganza, la intencion sañuda de clavar en el corazón del hombre espinas que lo hieran hondamente en lo que más debe sentir y estimar. Este pensamiento es tan terrible, que solamente el espíritu del mal ha podido sugerirse para colmar su desventura. Las que así obran, no ven, no comprenden que el mal que intentan hacer á quien aman refluye sobre ellas mismas; en su loco desvario no conocen que tan grave falta rebaja el concepto de la familia, y envenena este pequeño elemento, este organismo tan necesario, base de la sociedad: no consideran que tal hecho destruye su honra y mata su buen nombre, el más rico tesoro de la mujer: no entienden que tales manchas son indelebles y no se lavan jamás: no saben que la sociedad no perdona á la que de este modo se ha prostituido, profanando vilmente la fidelidad conyugal; y no juzgan, en fin, que honra enaltece á la mujer, y nunca mejor la alcanza que cuando, fiel á sus deberes, se resigna y sufre sus amarguras y dolores en silencio, siguiendo la senda de la probidad y de la justicia, sin faltar jamás á sus compromisos y deberes.

Tales y tan graves son los males morales que los celos pueden acarrear á la mujer, y si bien creo innecesario el insistir más sobre ellos para inculcarla el deber de apartarse de tan funesta pasion, no sobra el que diga algo sobre los físicos y orgánicos, que llegan á ser su consecuencia.

La pasion de los celos concentra la inervacion y da lugar á la tristeza, á la melancolía, á la hipocondría y al histerismo. Pero una vez perturbadas las funciones del sistema nervioso en sus importantes centros, viene ó se desenvuelve la locura, cuando la perturbacion es cerebral; y cuando es afectada la inervacion trisplánica vasomotora en la mujer, en que rige y domina la matriz, vienen sus congestiones, sus perturbaciones, sus lesiones y todas las correspondientes á sus anejos; más tarde, y como consecuencia, las perturbaciones reflejas de la médula, del encéfalo, las convulsiones, el histerismo, la eclamsia, la epilepsia, etc., etc., y tras de éstas, otras sobre el estómago, el hígado, y últimamente las alteraciones de la sangre y de la nutricion; en una palabra, la patología del sexo entero.

Si no hubiera otra razon ni fundamento que los males, los peligros y fatales consecuencias que acabamos de apuntar, originados por la fatal pasion de los celos, para recomendar la necesidad de cimentar bien la educacion de la mujer, con la cual únicamente puede ser bastante fuerte para vencer á tan asidua enemiga, me bastaría ella sola para afirmar que la que hoy se le da es impotente é incapaz para tan rudo combate, porque carece de los ver-

daderos principios que pueden ser su fuerte brazo y útil armadura. En lugar de proporcionar á la mujer en sus primeros años un buen desarrollo orgánico que la proporcione luégo regularidad y armonía en sus funciones, y resistencia bastante para las necesidades de su vida compleja, se la contrae y debilita, coartando la evolucion de sus órganos, afeminando más de lo que es su espíritu, torciendo sus gustos, sus instintos y sentimientos, formando, en fin, un raquíto organismo, y creando un alma débil é hysteriforme.

Más tarde, cuando la edad es ya oportuna para desenvolver y fomentar en ella los buenos sentimientos, cimentando en los mismos la virtud, formando las costumbres del cumplimiento de los deberes, excitando é inculcando amor á la familia, á la sociedad, á la patria y á nuestros semejantes, especialmente á los que sufren; cuando debían formarse sus hábitos de verdadera modestia, de apego al trabajo, de economía, y cuando, por fin, es el tiempo de hacer su conciencia en el amor al bien por el bien mismo, de respeto á las leyes, porque son la verdad misma, y la voluntad de Dios, así escrita en el código de la naturaleza; entónces se la enseña, poco más ó ménos, unos cortos apuntes de moral materialista, el amor á los placeres, el hábito de la hipocresía y el arte de engañar al hombre, al mundo, á Dios, si fuera posible, y tambien á sí misma. Es verdad que la mujer así educada y que sigue tan extraviada conducta, halaga los deseos del hombre que quiere vivir en la atmósfera de lisonja y adulacion; pero así y todo, queda rebajada, como lo es, su dignidad, y sin poderlo remediar, justifica el equivocado y poco decoroso concepto de que es solamente un instrumento de placer material. ¡Miserable modo de juzgar y bien digno de lástima, propio únicamente de los que, no teniendo dignidad ni estimacion de sí mismos, quieren rebajar la de los demas, y de los que, desprovistos de toda virtud, no apetecen verla en la mujer, para no tener que tributarla el culto que merece!

Y en cuanto á la educacion intelectual, forzoso es confesar que nada hay más vago, incierto y desordenado que la instruccion que se da á la mujer, tanto en los colegios como privadamente. No hay rumbo fijo ni derrotero determinado que señale el programa de las materias que debe comprender, ni sus límites, ni tampoco su distribucion; como si fuese indiferente dar una ú otra direccion á las ideas, uno ú otro giro á los conocimientos, reducirlos ó ampliarlos, extender ó limitar el horizonte en que ha de obrar su razon. De esta viciosa y mal sentida práctica en la educacion de la mujer, resulta que su instruccion, en lo general, es incompleta, insuficiente, y sólo á propósito para engendrar errores más que para conducir al conoci-

miento de la verdad y á las necesidades de la vida.

La instruccion de la mujer es indispensable que sea acomodada á la ley de su destino, á las necesidades de la familia, de la cual es el núcleo en toda su evolucion y vida moral y material. Estoy léjos de pretender que sea tan extensa y profunda como la del hombre, ni que haya de tener igual carácter, siendo así que su mision es distinta; no aspiro tampoco á formar mujeres sabias que pudieran brillar en las academias y distinguirse por sus vastos conocimientos en ciencias y literatura; tampoco pretendo hacer de ellas doctores de respectivas facultades y profesiones, como sucede en algun país; quiero únicamente que tenga y alcance el conocimiento de sí misma, de los seres que la rodean, y especialmente de aquellos que sólo pueden vivir por ella, de las relaciones establecidas entre los mismos, y de la dependencia que entre sí tienen con arreglo á las leyes del universo. De este modo creo que, ayudadas sus naturales dotes con las luces de la ciencia, podrá pensar con rectitud y claridad, juzgar con buen criterio y destruir las muchas preocupaciones y errores que ofuscan á la razon inculta, á la manera que las malas hierbas crecen en campo yermo, donde no ha penetrado la mano del hombre y la provechosa influencia del trabajo.

No me es posible dudar, que el dia que esto suceda, la mujer hará un papel más digno en la sociedad, y ésta recibirá gran impulso en su civilizacion y progreso, mereciendo con más justos títulos el respeto y la consideracion del hombre.

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

LA PRÓXIMA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

OBSERVACIONES ACERCA DEL DECRETO DE CONVOCATORIA Y REGLAMENTO PARA SU EJECUCION.

La *Gaceta* del dia 8 del corriente publicó el decreto convocando para una Exposicion de Bellas Artes en Octubre de este año. Leyendo el preámbulo resalta el noble y principal objeto que se propone el Gobierno, para quien no pasa desapercibida la tendencia de la pintura moderna, que habiendo empezado por cultivar en demasía el género gracioso, llega á enamorarse de lo trivial, y amenaza caer en lo ridículo é insoportable.

Ciertamente que nadie como el Gobierno tiene en sus manos el volver por los fueros del arte elevado, del arte al servicio de las grandes ideas y de los grandes hechos, manantial de purísimos goces para el hombre, el cual no puede vivir alimentán-

dose sólo de ideas positivistas, sin perder ese misterioso fuego que lo vivifica y engrandece, y á cuyo calor brotan de su pecho sentimientos nobilísimos y germinan en su cerebro santas y grandes inspiraciones.

Pero si los propósitos manifestados en el preámbulo son buenos, ¿puede decirse lo mismo de las disposiciones adoptadas para realizarlos? Sin que sea nuestro ánimo extendernos demasiado, y dejando á un lado la cuestion tocada por algunos de si las Exposiciones son ó no el único y mejor medio de proteger el arte, nós limitaremos á poner de manifiesto algunos puntos del Decreto, que no corresponden seguramente á lo que se desprende de la lectura del preámbulo que le precede.

Empezaremos, pues, por llamar la atencion de nuestros lectores sobre el siguiente párrafo, en el que se expone con acierto la tendencia de nuestra pintura moderna. Dice así:

«El Ministro que suscribe ha visto con pena que, á medida que se alargaba el período de las Exposiciones, las artes, y especialmente la pintura, iniciaba un movimiento de decadencia, al cual contribuían por una parte los caprichos de la moda, que todo lo invade, y por otra la falta de una inmediata proteccion del Gobierno, que en la época presente es el único tal vez que puede disponer de grandes edificios para dar cabida á los cuadros que por la importancia de sus asuntos exigen que éstos sean desarrollados en lienzos de considerables dimensiones. Los cuadros de historia profana ó religiosa han ido poco á poco desapareciendo de los estudios de los pintores para dejar puesto á los de género, que, por su índole especial, son de más fácil venta y de ménos trabajo. Los aficionados, en general, prefieren esta clase de obras, más en armonía con el gusto moderno, y los artistas no tienen aún, desgraciadamente, bastante independendencia para hacer dispendios considerables y emplear largo espacio de tiempo en obras á que difícilmente pueden dar salida. Por eso, el arte de la pintura en España, á juicio del Ministro que suscribe, indica una lamentable tendencia á lo pequeño, en la forma y hasta en el pensamiento; y por eso es conveniente que el Estado acuda en auxilio de esa juventud, llena de talento y de amor al arte, cuando puede ser arrastrada por el camino del mal gusto. Las Exposiciones dieron siempre en este punto un resultado satisfactorio, y es de esperar que la que V. M. puede inaugurar en el próximo otoño, venga á dar testimonio completo de los adelantos de nuestros artistas.»

Después de tan justas consideraciones, viene el Decreto fijando la Exposicion para Octubre de este año.

Ahora bien, si se reconoce la necesidad de alentar á los artistas para que se dediquen á obras de

cierta importancia; ¿por qué se les escatima el tiempo indispensable para ejecutarlas? ¿No estaba prevenido hasta aquí que las Exposiciones habían de anunciarse con seis meses de anticipacion, por lo ménos? ¿Por qué se anuncia dentro de los cinco meses escasos, cuando precisamente se reconoce que los artistas no se hallan preparados para el certámen? ¿Por ventura no hay más que emprender obras de estudio y empeño al dia siguiente de publicarse el Decreto? Otra cosa era cuando se sabía que había fijamente Exposiciones cada dos años; pues entónces se preparaban trabajos anticipadamente y se terminaban en los seis meses siguientes á la publicacion del Decreto de convocatoria.—En la actualidad, la proximidad de la Exposicion ha sorprendido á todos, y los artistas no tienen obras de cierto interes en sus estudios, ni tiempo para ocuparse de ellas. Hay más, asimilados los extranjeros á los nacionales para la participacion de premios y beneficios, resultará que los primeros van á entrar en la lid con gran ventaja sobre los segundos, porque las Exposiciones que se verifican anualmente en sus países, les ofrecen ocasion de trabajar y de tener dispuestas obras mucho ántes del anuncio de nuestra Exposicion; no siendo además inconveniente para ellos, como no lo es tampoco para los españoles cuando exponen fuera de su país, el que las obras hayan figurado en las Exposiciones de su patria.—Nada de esto traeríamos á colacion si no fuera necesario para demostrar el poco acierto con que se ha resuelto que la Exposicion se celebre en el próximo Octubre; y acerca de ello diremos que, si ésta ha de corresponder á las esperanzas del Gobierno, es indispensable se aplace para los meses de Abril ó Mayo del año venidero. No faltarán quienes opinen que hay tiempo sobrado para hacer obras maestras en estos cuantos meses hasta Octubre: es una preocupacion vulgar el suponer que las mejores y más preciadas obras de arte se han producido con suma celeridad: error crasísimo, el cual deja ver que, en arte, como en otras muchas cosas, es frecuente hablar por decir algo y sin tomarse el trabajo de pensar lo que se dice. De que tal ó cual artista ejecute con fortuna una obra de mérito en breve tiempo, no se ha de deducir que las producciones más notables haya de improvisarse en un abrir y cerrar de ojos. La historia y la experiencia nos enseñan que las grandes obras de arte, aunque hijas del genio, lo son también de la meditacion y el trabajo; podrá suceder que se encuentre alguna otra ejecutada con prontitud y que lleve el sello de la inspiracion; pero estamos seguros de que aún estas mismas resultan, casi siempre, incompletas por falta de estudio, y también inferiores al lado de otras de célebres artistas que trabajaron con detencion y buenas condiciones. Además, ha de tenerse

presente cuánto varían los talentos; obras de primer orden podríamos, por ejemplo, citar que no han sido llevadas á cabo por sus autores sino despues de muchos ensayos y repeticiones. Pero, dejando á un lado digresiones y volviendo al asunto principal, vamos á consignar una modificacion que aparece en el Reglamento, quizá la única, y que tiende precisamente á quitar estímulo al artista: dice el Decreto en el art. 3.º: «Podrá tambien el Gobierno adquirir, si lo juzga oportuno, las obras de los expositores que hayan obtenido premio,» etc.

Hasta ahora, el Gobierno se había obligado á adquirir los cuadros premiados, lo cual era poderoso estímulo para los artistas que emprendían obras de cierta consideracion y coste material, por que al propio tiempo que aspiraban á premio, contaban tambien con resacirse de los dispendios que ocasiona todo trabajo de alguna importancia. Y no basta prometer que el Gobierno adquirirá tal ó cual obra premiada si lo *juzga oportuno*: en nuestro concepto, se debe determinar el número y categoría de las que piense adquirir. Esto, además de ser lo justo y equitativo, evitaria grandes compromisos y disgustos, de puertas adentro del Ministerio, y no pocas murmuraciones y resentimientos, de puertas á fuera. Elijase en buen hora lo selecto, prescindiendo hasta de lo bueno si se quiere; por más que tanto rigor lo creamos intempestivo; pero á lo ménos, dése garantía cierta de recompensa á los artistas que, luchando con dificultades de todo género y triunfando noblemente de ellas, alcanzan la corona de la victoria en el palenque adonde se les cita para que esgriman sus armas en defensa del progreso y la honra de la patria. Obligándose el Gobierno á adquirir desde luégo los primeros premios, y aún los segundos, no haría ciertamente ningun gran sacrificio, pues bien corto es el número de ellos; y si á esto se responde que las escaseces del Erario no lo permiten, contestaremos: pues, en ese caso, no haya Exposiciones y dejad que el arte sufra la suerte fatal que circunstancias imperiosas le imponen; dejadle seguir los *caprichos de la moda*; pero si tratais de hacer algo por él, si por amor ó agradecimiento le tendeis una mano protectora, hacedlo de modo que no se resientan su dignidad y su decoro, sin escatimar nada de cuanto pueda contribuir á realzarle y á realizar á los encargados de su culto.

Y aquí encaja, como de molde, el decir dos palabras á propósito del artículo que se refiere al premio extraordinario ó medalla de honor, como se la denomina, por imitar á nuestros vecinos los franceses. Por dicho artículo, si bien el Gobierno se obliga á adquirir la obra agraciada, advierte que será *previa tasacion*. Esta condicion rebaja, en nuestro

sentir, al artista: si se tiene desconfianza y se hace por evitar la eventualidad de un abuso de valoración por parte del autor agraciado, señálese anticipadamente la cantidad que el Gobierno pueda conceder, ó más bien, dígase que se adquirirá si su valor material no sobrepuja la cantidad que pueda destinarse á dicho objeto. Con esto, sin menoscabo de los intereses del protector, quedaría á salvo la dignidad del protegido.

Error lamentable es tambien, á nuestro juicio, el haber copiado el Reglamento de 1871, sin introducir aquellas reformas aconsejadas por la experiencia, pues no es tan perfecto que no merezca reformarse, y si no, consúltese á algunos de los principales artistas y ellos dirán mejor que nosotros lo que conviene hacer en este particular.

Es cierto que, comparado dicho Reglamento con los anteriores, los aventaja en alguna de sus partes, pero dista mucho de ser completo. Por ejemplo, en el artículo que trata del nombramiento del Jurado, creemos debían reservarse ménos puestos á la parte oficial, dejando que, exceptuados unos pocos, los demas, si no todos, fuesen elegidos por los expositores.

Tampoco aprobamos que el oficial del Negociado de Bellas-artes, por este solo motivo y sin otra razon que lo justifique, haya de desempeñar necesariamente el cargo de Secretario del Jurado con voz y voto.—Respetamos la personalidad del actual oficial de dicho negociado, á quien, sin conocer, suponemos desde luego con la ilustracion y capacidad sobradas para ocupar dignamente el puesto que ocupa; damos tambien por sentado que tenga la inteligencia y conocimientos en el arte, indispensables para fallar en conciencia sobre el mérito de obras ejecutadas, no ya por principiantes, sino por artistas de reputacion; pero se nos ocurre preguntar: ¿Y si no fuere así?... Y aunque fuese exactamente como suponemos, ¿no puede suceder que dicho señor sea sustituido en su empleo antes de ésta ó la otra Exposicion, por persona no perita en las artes del dibujo? Y en el caso de que se colocase al frente del negociado una persona incompetente en el arte, ¿no importaría nada que fuese Juez y fallase en materia que no entiende? ¿Es de tan poca trascendencia el perjuicio que se puede ocasionar dando votos inconscientes en pro ó en contra de lo que se juzga?... Pues, aún cuando no se le concediese trascendencia alguna, que la tiene y mucha, por nuestra parte confesamos que nuestra conciencia de hombre honrado no nos permitiría admitir el cargo de Juez en asunto que no pudiésemos ser competentes.

Concederíamos, y no es poco, que el encargado del negociado en Fomento fuese Secretario del Jurado, pero sin voz ni voto; y en ello no debe ver

humillacion la parte oficial, que la humillacion existiría en el caso contrario, principalmente para los artistas, si hubieran de someterse á ser juzgados solemnemente por quienes, valiendo acaso mucho en otros ramos del saber humano, pueden muy bien ser nulidades en el arte. Presente tenemos lo ocurrido en otras Exposiciones, y para satisfaccion y honra de todos deseamos que cada cual permanezca en su puesto, sin pretender poner cátedra de lo que no sabe ni se ha tomado el trabajo de estudiar y aprender.

Y no estará demas que expliquemos por qué razon vamos en contra de la opinion vulgar que da á todo el mundo derecho de juzgar en materia de arte. A nuestro entender, para juzgar se necesita conocer á fondo aquello que se juzga, y nadie puede estar seguro de saber bien una cosa sin haberla estudiado hasta en sus menores detalles. Se puede poseer una organizacion delicada y sentir la belleza como el que más; se puede, por esto mismo, tener una gran aficion á un arte determinada ó á todas ellas; se pueden haber aprendido tres ó cuatro reglas generales y otros tantos nombres técnicos, conocer la historia del arte desde sus principios hasta hoy, retener en la memoria la biografia de los artistas, saber cuáles fueron sus principales obras y otra multitud de pormenores, pero toda la erudicion posible y las más felices disposiciones sin la práctica, son insuficientes para juzgar formalmente una obra de arte; y nótese que decimos *formalmente*, porque nosotros no negamos á nadie en el terreno privado el derecho de tener un criterio propio lo mismo sobre arte que sobre otras muchas cosas; pero hay en el arte algo de misterioso que no se aprende en los libros, ni en las cátedras, sino con el continuo ejercicio, la práctica y una profunda observacion de todos los dias y de todos los instantes de la vida del artista: una buena organizacion, por sí sola, basta para sentir la belleza del arte ó de la naturaleza; pero sentir no es juzgar; una cosa es experimentar los efectos, y otra cosa conocer las causas en toda su extension; podrán éstas ser adivinadas alguna vez, pero no debemos confiar al instinto lo que pertenece á la razon y á la experiencia, pues sería lo mismo que abandonarnos á la casualidad.

Si sólo se tratase de admitir consejos, entónces la cosa cambia de especie, y nosotros diríamos: vengan los hombres de saber y de talento á ensanchar el círculo de las ideas, de los conocimientos del artista; reciba éste en su seno como á hermanos suyos á todos aquellos que, atraidos por el esplendor del arte viven en la intimidad de éste reverenciándole y amándole como á cosa grande y santa; pero déense los consejos con modestia y prudencia, y recíbanse con noble independenciam, trabajando todos

unidos, y conservando cada cual su puesto sin invadir el terreno del vecino, ni mucho ménos pretender mandar en casa ajena.

Pero, contra nuestro propósito, nos vamos extendiendo demasiado y tambien repitiendo las digresiones: falta debe ser esta de nuestra inexperiencia en el arte de escribir, y pedimos se nos perdone en gracia del buen deseo que nos guía.

Continuaremos analizando alguna otra parte del texto del Reglamento, y procuraremos ser más concisos para terminar estas mal perjeñadas líneas.

En el capítulo que trata de los premios se determina que éstos sean en número de 24; 8 de oro, 8 de plata y 8 de cobre, que constituyen otras tantas medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, para distribuir entre las producciones dignas de ellas.

Por nuestra parte hubiéramos preferido ver suprimidas estas categorías, y estamos persuadidos que, si ahora no se ha hecho, se reconocerá más adelante la necesidad de la reforma en ese sentido; pero si no se cree llegada la oportunidad, debiera haberse adoptado otra proporcion numérica más lógica, pues la de 4, 4 y 4; 2, 2 y 2, etc., etc., nos parece absurda, teniendo presente que las obras merecedoras de primer premio son pocas, algunas más las de segundo, y bastantes, hasta cierto punto abundantes, las de tercero, por lo cual, á nuestro juicio, á medida que tiene ménos consideracion el premio, son tambien menores las condiciones que se exigen á una obra para obtenerlo, y, como consecuencia lógica, aumenta el número de las obras merecedoras de él; por cuya razon, si se parte de la proporcion de 4 para los primeros, deben concederse por lo ménos 6 á los segundos y 10 á los terceros, ó bien establecer otra proporcion disminuyendo el número de los primeros, pero siempre sin pecar de muy rigurosos, porque sería contraproducente al objeto de las Exposiciones.

Pasando adelante, nos llama la atencion que hasta tal punto se haya respetado el Reglamento de 1871, y de tal modo se hayan copiado al pié de la letra sus artículos, que pudiendo haber corregido un error ó vicio de redaccion que había en el artículo 33, se ha dejado, no obstante, en pié, con riesgo de que por su ambigüedad vuelva á dársele distintas interpretaciones, siendo esto nuevamente motivo de polémicas, como ya aconteció en la última Exposicion. Dicho artículo previene que: «Los artistas que en una ó más Exposiciones hubieran ya obtenido dos premios de 1.ª clase por la misma ó por diversas Secciones, y fueren considerados dignos de obtener otro premio, serán propuestos para la Cruz de Carlos III, etc., etc.» Pues bien; aconteció en la Exposicion citada, que habiéndose presentado el caso de un artista que tenía ya los dos premios de 1.ª, creyéndole el Jurado merecedor de otro

de igual clase, unos opinaban que debía dársele medalla y cruz, y otros solamente la cruz, triunfando estos últimos, porque decían, y en nuestro concepto con sobra de razón, que, si en el Reglamento se hubiera querido expresar que se concedían ambas cosas á la vez, debió decirse: «*además* del premio se les propondrá para la cruz, etc.»: así como, para quitar ambigüedades, si la cruz equivale al premio, debe decirse: «*en vez de la medalla* serán propuestos para la cruz, etc.»

Y por último, citaremos también como vicioso, en nuestro sentir, el procedimiento que se sigue para la propuesta del premio extraordinario. Dice el artículo: «El Jurado decidirá en votación pública *si há lugar ó no* á la adjudicación del premio de honor; y *si se acordare afirmativamente por mayoría absoluta de votos, se procederá en la misma* forma á votar la obra que lo merezca.» De modo que se hace imposible la discusión, pues si la mayoría responde que *no há lugar*, no hay más que callar, aun cuando se tengan muy buenas razones que alegar en pro de un voto afirmativo.

¿Y es esto lo más justo? ¿por qué se renuncia á la discusión, y se da la preferencia al sistema del silencio que en éste, como en otros casos análogos, es el peor de los sistemas? ¡Ah! no olvidaremos jamás que, á seguirse el procedimiento natural adoptado en la propuesta de otros premios, cuatro años há el premio extraordinario hubiera dejado tal vez de ser un mito, como lo es hasta ahora, y como probablemente por mucho tiempo lo será en España.

Un artista, tan grande como desgraciado, tan buen español como excelente caballero, al cual nombraremos, porque su alma goza ya de la vida eterna, Eduardo Rosales, presentó cierto día una de sus obras en el Certámen Universal de París, donde habían de concurrir todas las celebridades del mundo á disputarse la palma del triunfo ofrecida al genio, al talento, al trabajo, á la perseverancia, al progreso. Dicha obra, que posee hoy el Museo Nacional, estuvo próxima á obtener una *medalla de honor*, pues, si nuestros informes son exactos, le faltó solamente un voto para ello. En cambio se le concedió la primera medalla por unanimidad, más la cruz de la legión de honor; recompensas que el artista estimó en tanto, que, al tener noticia de ellas por sus amigos Rico y Madrazo, que le telegrafiaron desde París, exclamó: «hoy es el día más feliz de mi vida;» y eso que por aquel entonces sufría un fuerte ataque de la enfermedad que más tarde le había de llevar al sepulcro.

El agradecimiento y el entusiasmo, cualidades que distinguían á Rosales, le movieron á emprender un nuevo cuadro, que exhibió en la Exposición Nacional de 1874. Esta obra, propiedad hoy de su viuda, es la *muerte de Lucrecia*, y en ella, más que

en ninguna otra, revela su autor las grandes cualidades que le distinguían.

Pues bien, este cuadro magistral de Rosales debió ser premiado sin contradicción con la medalla de honor. ¿Por qué no la obtuvo? porque algunos no supieron distinguir la inmensa diferencia que había entre esa obra y todas las demás que figuraban en la Exposición; y lo diremos también, porque el procedimiento para la adjudicación de dicho premio adolecía de los inconvenientes que hemos expuesto, obligando á votar casi por sorpresa, y no se tome á mal la frase. Expondremos brevemente lo acontecido sobre el particular. A poco de constituido el Jurado, en una de sus reuniones se acordó la votación de la medalla de honor y se concedieron quince ó veinte minutos para examinar las obras expuestas; concluido este plazo se reunió de nuevo el Jurado y se puso á votación, si había ó no lugar á adjudicar la medalla. De la sección de Pintura votaron afirmativamente cuatro, de los siete que la componían, y los otros tres negativamente; y no está demás advertir que uno de estos últimos figuraba como vocal nato, y no era artista. Además dijeron sí un pintor de la sección de Escultura, y un joven y distinguido arquitecto de la sección de Arquitectura. Total seis, por lo ménos, pues creemos fueron siete, contando un nuevo Jurado que de real orden se agregó á la sección de Pintura. ¿No hay motivo para suponer que, si hubiera habido discusión, se habría obtenido la mayoría necesaria para la adjudicación de la medalla? ¿No es probable que al preguntar á escultores y arquitectos contestasen «no ha lugar,» pensando en las obras de sus respectivas secciones? ¿No hubiera convenido que los que opinaban que «sí había lugar» hubiesen presentado su candidato y se hubiese discutido acerca de su mérito? Nosotros sostenemos que esto es lo lógico, y nos atrevemos á avanzar, que de haberse hecho así, el resultado no hubiera sido el mismo, porque habiendo habido ocasión de rectificar juicios, comprendemos que alguno hubiera rectificado el suyo, y no faltaban tantos para formar mayoría, siendo veinte, como era, el número de los individuos del Jurado.

En cambio, el desengaño del artista debió ser grande; pues teniendo el convencimiento de que su obra no desmerecía de las que su pincel había producido hasta entonces, antes bien, las sobrepujaba, ¿podía pensar que en su propia patria había de ser juzgado con mayor severidad que en país extranjero, en donde logró sostener la comparación con las notabilidades más grandes del arte moderno? ¡Pobre artista, nunca bien comprendido por los suyos aunque siempre admirado y respetado por los extraños! Quizás el pesar, las amarguras producidas en su corazón por las acerbas censuras de los

unos y las injusticias de los otros, aceleraron su muerte y privaron á la patria de algunas obras más que presentar á la admiración del mundo.

Pero volvamos á nuestro objeto y digamos, para concluir, que si la Exposición ha de dar el resultado á que se aspira, es indispensable demorarla hasta Abril ó Mayo del año próximo; así, no sólo se dejaría tiempo suficiente para preparar algunas obras, sino que también se habría elegido la época mejor del año para los certámenes públicos; aparte de otras razones, aunque no fuera más que por no sentir aquel malestar que á fines de Octubre se experimenta en los salones de la Exposición á causa del descenso de la temperatura y de la mucha humedad. Nos parece también muy importante y necesario que se estudie el Reglamento y se reforme, oyendo para esto el dictámen de los más autorizados artistas, y si no se juzga oportuno hacer ciertas innovaciones; expúrguese, á lo ménos, el que rige, de aquellos lunares que más se notan y que hemos procurado señalar. De este modo habrá más unidad entre los propósitos manifestados en el preámbulo y las disposiciones del decreto de 8 del corriente.

GABRIEL MAURETA.



INVESTIGACION MITOLÓGICO-HISTÓRICA
SOBRE
MOISÉS Y LAS «DIEZ PALABRAS»
LEYES DEL PENTATÉUCO.

II. *
LA LEY.

Una vez que el pueblo hubiese acogido con respeto las nuevas leyes, en razón al origen divino que se las atribuía, suscitábase en aquellas remotas épocas, en que naturalmente era imposible aún emplear la escritura, la dificultad de imprimirlas en la memoria de cada uno. Ofrecíanse para esto principalmente dos caminos. Era el primero publicar las leyes bajo una forma en que con facilidad pudieran ser recitadas, esto es, dándoles un metro determinado, al mismo tiempo que cierta asonancia ó consonancia y melodía. Sin duda las primitivas máximas morales y leyes ó estatutos de todos los pueblos indo-germanos estuvieron versificados (á este propósito recordaré únicamente las máximas indias del «libro de los deberes» de Bhartrihari, las «palabras de oro» en los «Diatheken» de Pythagoras (1),

* Véase el número anterior, pág. 461.

(1) Comp. sobre esto C. Roeth, *Gesch. unserer abendlaendischen Philosophie*, II, pág. 609 y siguientes; E. Baltzer, *Pythagoras*, página 159 y siguientes.

y las «sentencias de Odino» en el «Havamal» setentrional). Que, justamente por este motivo, desde la más remota antigüedad se cantaban entre los griegos las leyes, lo consigna Aristóteles de un modo que no admite duda, cuando dice, *Probl.* 19, 28: «antes de que se conociese la escritura, se cantaban las leyes para no olvidarlas, del mismo modo que, aún hoy, acontece entre los Agathyrso (comp. C. Lang., «Die altgriechische Harmonik,» en el Programa del Gimnasio de Heidelberg, 1872, pág. 4). Sabido es que, en nuestras escuelas, las reglas de la declinación latina, puestas en verso, se repiten con frecuencia de un modo que se asemeja más al recitado que á la manera ordinaria de hablar. Lo mismo sucede con los diez mandamientos, con la tabla de multiplicar y con los demás temas que han de fiarse á la memoria.

Tampoco para los semitas fué desconocido el versificar las sentencias y leyes. Una prueba de ello tenemos en el Koran, cuyos versos, en general, ciertamente no pueden ser citados como modelos, por más que pretendan pasar por tales. Mejores versos, en su clase, ha producido la antigua poesía sentenciosa de los hebreos. Muchas de estas sentencias pueden ser consideradas como leyes puestas en verso, por ejemplo. *Prov.* xxiii, 22:

Sema' le-ábichâ, zeh jelâdêchâ;

Ve-al tâbûz, kî zâqenâ immêchâ!

Obedece á tu padre, que te ha engendrado,
Y no deprecies á tu anciana madre!

Que esto es poesía nadie lo negará. Y en cuanto á la forma, corresponde, sin duda, á lo más perfecto que ha producido la literatura hebrea. Tenemos aquí, pues, un dístico, cuyos dos versos no sólo están ligados por el paralelismo de los pensamientos, sino también por un ritmo análogo (un metro, por decirlo así, de cuatro cesuras) y por un consonante perfecto. Que no es casual, sino muy meditado, se deduce de la admirable construcción del segundo verso. En el discurso ordinario, y aún en el poético, debiera decir:

Ve-al tâbûz le-immêchâ, kî zâqenâh!

El segundo método de hacer las leyes fácilmente perceptibles consistía en ordenarlas después de escritas en prosa, y trasladarlas á una estrecha lápida ó plancha, en número determinado y que sin dificultad conservase la memoria. Como número á propósito, completamente determinado y de fácil retentiva, prescindiendo de otros menores, ofrecióse en primer lugar el de los dedos de las manos, el diez. Las locuciones «á la mano,» «estar en la mano,» y otras, sirven todavía para denotar que una cosa es fácil y llana de entender, obvia. De origen posterior, seguramente, es la numeración conforme á relacio-

nes astronómicas, tal como el siete; número de los planetas y de los días de la semana, de ellos tomado, y el doce, número de los meses y de los signos del zodiaco. Para numeración más extensa prestábase el 20, número de los dedos de las manos y de los pies, y el 40, duplo de éste; por último, el 70, múltiplo de 10. Todos estos números se emplean con frecuencia en los trabajos de los escritores bíblicos.

Sin duda aconteció muchas veces que, leyes ordenadas conforme á estos números, experimentaron más tarde alguna ampliación, y con este motivo hubo de alterarse el orden primitivo. Los decenviros romanos debieron establecer así (302 de la f. de la ciudad), las primitivas leyes de las diez tablas. Fueron éstas, sin embargo, aumentadas en el año siguiente con dos nuevas tablas (Liv. III, 34). Cuando el aumento de las leyes era mayor, disponíase de modo que su número fuese un múltiplo de alguno de los primitivos. Por esto, entre los egipcios, á los 42 pecados capitales correspondían 42 mandamientos, es decir, seis veces siete (V. Uhlemann, II, pág. 223). El código hebreo del Pentatéuco ofrece con frecuencia múltiplos de 7 ó de 10 (por ejemplo, Ex. XXI y siguientes, Lev., XIX; v. Bunsens «Bibelwerk»).

Suscítase la cuestión sobre cuál de ambas formas legales, la poética ó la prosáica, es la más antigua. Si consideramos el hecho de que los más antiguos productos del espíritu de todos los pueblos revisten un carácter poético, de suponer es que también las leyes apareciesen en su origen como proverbios en forma poética. No es de creer tampoco que toda la colección existiese ántes como proverbios aislados. Por el contrario, apenas puede ponerse en duda que el autor de sentencias es más antiguo que el legislador, es decir, recopilador de sentencias formadas mucho tiempo ántes.

En efecto, recorriendo los proverbios que pasan bajo el nombre de Salomón (Prov., X-XXIV), se nota inmediatamente en ellos un sello de mayor antigüedad que en las leyes del Pentatéuco. Más concreta y al mismo tiempo más poéticamente se expresa, por ejemplo, el proverbio ántes citado, que este otro precepto abstracto: «Honra á tu padre y á tu madre» (Ex., XX, 12). Mucho más original suena al oído el que viene despues (Prov., XX, 17):

Sabroso es al hombre el pan de mentira;
Mas despues su boca será llena de cascajo;

que el seco: «no hurtarás» (Ex., XX, 15). V. el Prov., XXI, 28:

El testigo mentiroso perecerá;
Mas el hombre que estima verdad, permanecerá en
[su dicho,

comparado con Ex., XX, 16: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.» Ó el precepto caballeresco (Prov., XXIV, 11):

¡Liberta á los que son arrastrados á la muerte!
¿Y no salvarás á los que son llevados al degolladero?

Correlativo al pensadamente abstracto: «no matarás» (Ex. XX, 13), con lo que en realidad nada se dice, puesto que á esta prohibición tan general (en el Budismo, p. ej. tiene también la misma universalidad) se oponen otros muchos preceptos que ordenan expresamente la muerte de animales, de criminales y aún de «canaanitas» completamente inocentes.

Las leyes contenidas en el Pentatéuco (excepcionalmente, como es natural, el Génesis) son todas atribuidas á Moisés ó á Jahveh, á pesar de las notabilísimas diferencias que entre ellos se advierten, particularmente en cuanto concierne á las costumbres de las diversas tribus á que en su origen habían pertenecido. En vez de entrar en más profundas investigaciones sobre este punto, prefiero remitirme á De Wette. Einl. in das A. T., pág. 229 y siguientes.

La autoridad del legislador mítico, está, sin embargo, muy especialmente afirmada con respecto á las «diez palabras» ('asèreth had-debârim). Con frecuencia se repite en términos explícitos, que, no sólo fueron dictadas verbalmente por Jahveh, sino escritas por él mismo (Ex. XXXII, 16; XXXIV, 1; Deut. V, 22; X, 2), por más que en otros pasajes (Ex. XXXIV, 27 y 28) se halle contradicha tal afirmación. Con todo, no deja de ser sorprendente, dada la importancia atribuida por los diversos escritores y compiladores legales del Pentatéuco á estas «diez palabras» leyes, que concuerden entre sí tan poco al mencionar su contenido. Dos compilaciones legales, muy distintas entre sí, se anuncian como las «diez palabras» las «palabras de la alianza.» Una, probablemente la más moderna en razón á su carácter mixto, todavía se presenta en dos refundiciones diferentes. Esta circunstancia, de acuerdo con los motivos arriba mencionados, hablan de un modo decisivo en contra de la remota antigüedad que para la misma se pretende. Si en la época en que se recopiló el libro del Exodo, pudo ser dudoso cuál de las dos colecciones tradicionales, evidentemente de distintos autores, eran las «diez palabras» auténticas, y por esta razón fueron incluidas ambas en el Ex. XX, 1-17 y XXXIV, 11-29; si, por otra parte, en la época del autor del Deuteronomio, es decir, en los primeros tiempos de los reyes, próximamente 30 años ántes del principio del destierro (comp. De Wette, Einl. § 160; S. Sharpé, «Gesch. del alt-ebr. Literatur,» pág. 119 y siguiente), se había llegado ya á un acuerdo respecto de la legitimidad de las

referidas «diez palabras,» pero todavía no estaban éstas bien determinadas, puesto que, en otro caso, dicho autor, al redactarlas, no se hubiera atrevido á separarse en algunos puntos esenciales del autor del libro Exodo (comp., entre otros, Ex. xx, 11 y Deut. v, 15; Ex. xx, 14 y Deut. v, 18, segun Lutero: Ex. xx, 17 y Deut. v, 21);—parece de todo punto evidente que, en diferentes épocas, hombres con un interes cualquiera en ello, ó que á este fin habían sido comisionados, aprovecharon la creencia primitiva de un fundador sobrenatural de estados regulares (inventor de investigaciones útiles y autor de códigos) para reunir en su nombre y bajo la forma de una «década» (ó de otro cualquier número sagrado), aquellas reglas de vida y ordenanzas de buen gobierno que consideraban más dignas de aprecio. Los diferentes «Decálogos» así formados se conservaron juntos, quizás durante largo tiempo, entre diversas tribus ó asociaciones, hasta que uno de ellos empezó á predominar y llegó, por último, á ser considerado como el único genuino ó auténtico.

Bajo este punto de vista, es muy instructiva la historia de la ley relativa á la celebracion del sábado. Aparece primero, en un paraje completamente redondeado é independiente (Ex. xxxi, 12-18), como una ley aislada, pero de importancia bastante para formar todo el contenido de dos «tablas de piedra» escritas por el «dedo de Dios» (v. 18). Aquí mismo se llama á la fiesta del sábado una «señal» (v. 13 y 17) de la «alianza entera» (v. 16) entre Jahveh y los israelitas. En efecto, la solemnidad del día sétimo constituye un rasgo peculiar del culto de Jahveh. Ni la circuncision, ni la abstinencia de ciertos manjares, es en su origen «israelita» ó «judía.» Por el contrario, teniendo en cuenta que ambas costumbres eran desconocidas de los semitas, á quienes los hebreos pertenecian ántes de aquella lejana época en que éstos empezaron á honrar la divinidad bajo el nombre de Jahveh, que entre los egipcios se hallaban ya en uso desde de la más remota antigüedad, y todavía hoy subsisten entre otros hamitas, sin que pueda atribuirse á la influencia mahometana ó judía, preciso será convenir en que, sólo durante su residencia entre los egipcios, pudieron aclimatarse entre los hebreos y otros semitas.

La division del año en semanas de á siete dias (conforme al número de los «planetas,» á los cuales se atribuía cierta influencia sobre el destino del hombre, y de aquí el conferirles la soberanía en dias determinados) era, por cierto, tambien conocida de otros pueblos antiguos (egipcios, indios, árabes, y aún los mismos antiguos peruanos; v. De Wette, *Archaeol.* § 180). De una fiesta consagrada al día sétimo, únicamente conocemos el culto hebreo de Jahveh. En cuanto concierne al origen de esta

solemnidad, baste aquí la breve indicacion de que el «altísimo» (hebr. 'eljón) es el planeta Saturno; que este «altísimo» está identificado (Salm. vii, 18) con Jahveh y (Num. xxiv, 16) con Schaddai (que en otros pasajes aparece tambien como Jahveh): además, que ya (Gen. xiv, 18 y siguientes) á Abraham fué atribuido el culto de este «altísimo» ('Eljón), así como, segun la tradicion fenicia mencionada por Euseb. *Praep. Ev.* i, 10, este «altísimo» (en griego 'Ελιοῶν) es el «Padre» del cielo y de la tierra, del mismo modo que segun el Gén. xiv, 19, es el «Poseedor» de aquellos; y por último, que precisamente este «altísimo» rige á Saturno, al sábado, al día del «Sabbath.» En honra, pues, de su Dios nacional Jahveh-Saturno, solemnizaban este día los hebreos, «devitas» ó «mosaistas.»

Debo manifestar aquí, en corroboracion de mi dictámen, que la misma palabra *sabbâth* coincide exactamente con el nombre de Saturno. Pudiera ser derivada, ó como una forma femenina anticuada, y más tarde olvidada de la que procede tambien *sabbath* (1), Núm. xxviii, 10; ó de la radical verbal «*sâbab*,» cuya raíz «*sab*,» se reproduce tambien en «*jâsab*,» habitar, permanecer, descansar (el verbo «*sâbath*,» como el árabe *sabata* en la acepcion de «descansar,» «solemnizar» el sabbath, habria nacido únicamente del nombre *Sabbath*). Ó bien pudiera corresponder, como generalmente se cree, á la II forma (*Piel*) de la radical *sâbath*, es decir, un compuesto de la raíz *sab* (sa-ba) y de *ta* (th). Pero la última es una de aquellas raíces auxiliares, que, como *na*, *va*, *a* (ha, ja, wa), sirven para formar nuevas radicales verbales (v. mi «*Indogermanisch, Semitisch und Hamitich*,» pág. 26). Así, por ejemplo, la raíz *gar* (kar, gar), formada del elemento primitivo *gara*, que, entre otras acepciones principales, tiene las de «cortar, herir,» aparece ligada primeramente en las radicales de amplificacion simples *gûr*, calar, grabar; *gîr* (desusado de aquí *gîr*—«*Kalk*» cáustico, corrosivo, es decir, punzante; despues en los radicales *gârar* (garr), cortar, desmenuzar; en el arábigo *garra*, ser frio, es decir, «cortar;» además con la raíz auxiliar *a* (ha, ja, wa) en *kârâh* (esto es, kar-a), cabar, hender; *â-kar* (desusado), de aquí *ikkâr*, cabador, labrador; el arábigo *kar-â* (inf. *karw*), cabar; arab. *na-gara* (inf. *wagr*), hender, partir; con la raíz *na* en *nâ-gar*, cortar, grabar, por último, con *ta* (da, tha) en *kâr-ath*, cortar (sobre la significacion de las radicales *a*, *da*, *na*, etc., véase mi «*Indogerm.*,» pág. 11 y siguientes). Pero tambien la terminacion femenina *t* (ath, eth, ùth, etc.),

(1) Para esta forma comp. el fem. *hâjjath*, bestia. Salm. lxxiv, 19, para la anterior con *â* *'ezrath*, socorro, Salm. lx, 15. Para el plural *sabbathoth* puede comp. *Kesathoth*, del fem. *késeth*, almohada (ó del mas. *Kës*, silla, taburete).

pertece á la misma radical *tha* (1). De aquí que, bien considerado, no tenga demasiada importancia el determinar de qué radical verbal deducimos la palabra *sabbâth* (puede consultarse, no obstante, acerca de este particular el excelente tratado de P. de Lagarde en el «Corollarium» á su «Psalterium iuxta Hebraeos», pág. 158 y siguientes), en todo caso, queda como fundamento la radical *sab* en la acepción de «descansar, pararse.» La misma radical se encuentra también en el egipcio (que, como es sabido, no sólo tiene afinidad de origen con las lenguas semíticas, sino, en cierto grado, también en la flexión; sobre la relación de la lengua egipcia con los primitivos idiomas semíticos, véase á Th. Bensey): *sop*=morar, permanecer; *sep-i*=permanecer. Y justamente á la misma corresponde también el nombre egipcio de Saturno, *Seb*.

En las inscripciones se llama á este *Seb*: «Padre de los dioses (como á *Eljôn* entre los fenicios «Padre del cielo y de la tierra») y Señor del tiempo infinito» (Uhleman II, pág. 172) por tanto el «Eterno.» Este mismo nombre se da al dios nacional hebreo *Jahveh*, y por consiguiente podemos comprenderle como el «Sér» el «Eterno» ó más bien (con P. de Lagarde, en el D. M. G. xxii, 334 y en el «Psalterium iuxta Hebr. Hieron.» 158) activo como el «Autor,» «Engendrador,» «Creador.» El planeta Saturno es, entre todos los astros, que los antiguos consideraban como planetas, es decir, «viajeros,» el que, para la mirada del observador terrestre, «viaja más lentamente puesto que se halla situado á mayor distancia de la tierra. A veces parece estar casi tranquilo durante meses enteros, y únicamente recorre (en apariencia) una pequeña región (como unos 11 grados al año). Es, por tanto, el que mejor representa el curso lento del tiempo infinito que todo lo devora. Si, pues, en honra suya se para ó descansa después que, como Dios del tiempo «crea» (según los fenicios «engendra») cielo y tierra, es decir, siempre que desde el movimiento de avance pasa al de retroceso y vice versa—en honor suyo descansan también los hebreos «devitas» en época determinada, en el día sétimo, el *Sabb-ath*, el día de aquel sétimo (contando desde la tierra) y más elevado «planeta,» del *Seb-Jahveh* (en rabino se llama efectivamente al planeta Saturno *Sabbethâi*).

En su origen, pues, la fiesta del *Sabbath* formaba, según el Ex. xxxi, 12 y siguientes, el contenido de las «Tablas de la Alianza,» y, por cierto, en oposición á los Proverbios, indudablemente mucho más antiguos, en que, como era natural, no se menciona disposición general alguna, aparece con toda la se-

verdad de una ley política, conminando al trasgresor con la más dura de las penas, con la muerte (v. 14 y 15). En forma algo más concisa y antigua, al parecer, como consecuencia de la prohibición especial de encender fuego, se encuentra dicha ley en el Ex. xxxv, 1-3. El encender fuego por medio de un palo duro metido en un trozo de madera más blando y haciéndole girar rápidamente, era una de las principales invenciones divinas (v. A. Kuhn, *Herabkunft de Feuers*). En ella se pensaba, sin duda, cuando se habla del «trabajo» de los dioses. Así como Dios se entregó al reposo después de haber encendido la chispa celestial que da la vida, del mismo modo debía el hombre abstenerse de encender fuego, sobre todo el sábado. Que *Jahveh* era especialmente dios del fuego, se deduce con toda claridad de muchos pasajes del A. T. (v. entre otros, Gen. xv, 17; Ex. iii, 2; xiii, 21; xxxiii, 14 y siguientes). Con razón, por tanto, le compara F. Nork (*Biblische Mythologie* I, pág. 169) al *Çiva* indio, al «Señor» (*Içvara*), al «Gran Dios» (*Mahâdeva*), cuyo símbolo el triángulo Δ , es la representación de la llama viva, exactamente lo mismo que el de *Jahveh* (v. Wollheim da Fonseca, *Ind. Myth.*, página 72.)

Esta ley del sábado se reproduce también en los «Decálogos,» y por cierto en los tres ocupa el cuarto lugar (Ex., xx, 8; Deut., v, 12; Ex., xxxiv, 21). El orden me parece ser completamente accidental. Entre los siete «planetas» (Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno) está el Sol en medio, es decir, el cuarto. Para los orientales todavía hoy rige el cuarto cielo. Ahora bien: girando toda vida terrestre alrededor del Sol y dependiendo de la posición de éste respecto de la morada del hombre todas las divisiones del tiempo, fácilmente se comprende que su sagrado número haya prevalecido también en la ordenación de la ley. Por otra parte, parece seguro que el Decálogo más antiguo estuvo reducido en su origen únicamente á siete leyes (Ex., xxxiv, 12 y siguientes): la 1.ª, que disponía en general el culto de *Jahveh* (v. 14); la 2.ª, que prohibía el culto de los ídolos (v. 17); la 3.ª, relativa á la fiesta de los ázimos (v. 18); la 4.ª, la fiesta del sábado (v. 21); la 5.ª, la fiesta de la semana (Pentecostés, v. 22); 6.ª, la fiesta de la recolección (Tabernáculos, v. 22); y 7.ª, la triple peregrinación al Templo en cada año (v. 23).

De estas «siete palabras,» leyes formó más tarde un legislador, probablemente sacerdote, un «Decálogo,» añadiendo tres circunstancias á la fiesta de los ázimos: 1.ª, la prohibición de la levadura en el sacrificio de los ázimos, que debía ser consumido en el mismo día, v. 25; la 2.ª, el precepto de la consagración de las primicias, v. 26 (Comp. Lev. xxiii, 7-11); y 3.ª, la prohibición del sacrificio (cocción)

(1) En palabras como *dath*, ley, en realidad apenas puede distinguirse si la *th* es terminación femenina, como por ejemplo en *ledath*—*edih*, nacimiento, ó si es radical y sustituto de la *h* (*dath* referido á *ja-dah*).

de los animales recién nacidos, v. 26. Al mismo tiempo, sin duda, hubo de añadirse á la ley de los ázimos (v. 18-20) la cláusula de que ninguno se presentase en el templo con las manos vacías (Comp. Ex., xxiii, 15), y por último, ocurrió la idea de intercalar, especialmente en la fiesta de la Pascua, la circunstancia de la consagración del primogénito, v. 19-20.

Nadie negará el carácter puramente levítico de este Decálogo. Todas sus leyes se refieren exclusivamente al «culto de Dios». La necesidad de regularizar las relaciones mutuas de los ciudadanos, obligó á recurrir al primitivo tesoro de los proverbios para amalgamar con él la estéril legislación del «clero». Así se produjo el carácter mixto del Decálogo del Ex. xx. La fiesta del Sábado conservó su antiguo lugar sagrado, perdiendo únicamente su cruel sanción penal (Ex., xxxi, 15). Queda, por el contrario, el fundamento astronómico teológico de la ley con el descanso de Jahveh durante el día sétimo (Ex., xx, 11). Mientras que la antigua ley sólo tiene á la vista la mera relación del trabajo (Ex., xxxiv, 24), toma en consideración la nueva, así á los esclavos, como á los extranjeros que entran «por las puertas» de los israelitas (Ex., xx, 10).

Hay que tener presente además que las dos primeras leyes están tomadas de un Decálogo más antiguo. La segunda, dirigida contra el culto de los ídolos, se halla esencialmente ampliada aquí (Ex., xx, 4-6). En ella se ha prescindido de la conminación de una pena cualquiera. Evidentemente se expidió durante la época del culto de los ídolos en el reino setentrional, que era más poderoso, y el legislador sólo trató de impedir ó dificultar que aquél penetrase en el de Judá.

Todas las leyes relativas á fiestas y sacrificios se han omitido. En su lugar aparece por primera vez una ley contra el abuso del nombre de Jahveh (v. 7). Indica esto que el nombre de Dios se había hecho ya una fórmula de juramento demasiado usual y empleada frecuentemente en el trato diario. En la época del nacimiento del culto de Jahveh hubiera sido incomprensible una ley semejante por carecer de objeto. Se añadió además toda la serie de deberes respecto del «prójimo» y de los padres, cuyo olvido se recuerda tan enérgicamente en aquellos tiempos del Profeta Hoseas, en que no había en el país, ni «fidelidad» ni «piedad», corriendo en su lugar muy válidas el perjurio (*álôh*), la mentira, el asesinato, el robo y el adulterio (Comp. Hoseas, iv, 1 y siguientes, con Ex., xx, 12 y siguientes). Del juramento en nombre de Jahveh habla especialmente el Profeta en el cap. iv, 15. «*Hai Jahveh,*» «tan cierto como hay Jahveh,» eran las fórmulas más usadas.

No existe el más mínimo fundamento, como se

pretende por algunos, para deducir de la promesa contenida en el v. 12, que el Decálogo se formase en una época anterior á aquella en que el pueblo fijó su residencia en la tierra de Canaan. Dice aquél sencillamente: «para que tus días se alarguen en la tierra (*adâmâh*, comp., entre otros, Génesis xlvii, 22), que Jahveh tu Dios te dará.» Quien no honre á sus padres, les turbe de algún modo en su propiedad, ó les envidie y mire con disgusto, sufrirá lo mismo con sus hijos (v. el tratado «Moses und das Geisfeld» de J. D. Falk). Sin embargo, para comprender bien el pasaje relativo á la «morada en la tierra de Canaan» hay que recurrir al profeta Hoseas, quien nos da el verdadero fundamento histórico de esto. Había él alcanzado los días en que Samaria sucumbió y las cosas sagradas de los Israelitas «las becerras» fueron llevados á Asiria (Hos. viii, 8: x, 5 y siguientes). Todavía puede acontecer lo mismo al pueblo inovediente, esto predice el profeta.

El Decálogo del Deuteronomio, prescindiendo de otros puntos, difiere muy especialmente, en cuanto al fundamento de la ley del sábado, del que acaba de mencionarse (comp. Deut. v, 15 con Ex. xx, 11). El motivo mitológico astronómico está aquí olvidado, ó, por lo ménos, pasado en silencio. En su lugar aparece por primera vez la tradición de una esclavitud anterior de los israelitas en Egipto, de la cual habían sido librados mediante el poder de Jahveh. «Por esto te ordena tu Dios solemnizar el sábado».

La cuestión, pues, relativa á la antigüedad de estos, diversos decálogos puede resolverse, en mi concepto, de este modo: el más antiguo, el levítico sacerdotal, se compuso, al ménos en sus elementos fundamentales, lo más pronto en la época de David, bajo cuyo reinado se propagó vigorosamente el levitismo. Los beduinos levitas, que hasta entonces sólo habían hecho vida nómada sosteniéndose en cierto modo de la rapiña (comp. Gén. xxxiv, 25 y siguientes, con I. Crón. xxvi, 27; según Lutero xxvii, 27), fueron designados, á causa del auxilio que prestaron á la exaltación de la dinastía de David, no sólo para el servicio exclusivo del culto de Jahveh, sino también para el cargo de gobernadores de las provincias setentrionales y orientales sojuzgadas (I. Pron. xxvi, 30 y 32). La transformación de las primitivas «siete palabras» leyes en Decálogo, se verificó quizá bajo el reinado de Josaphat, en la segunda mitad del primer siglo de la división del reino. Al ménos, por las II. Cron. xvii, 9, sabemos que entonces se nombró una comisión de levitas con el encargo de enseñar al pueblo el «libro de las leyes de Jahveh».—El Decálogo del Ex. xx, corresponde á la época del profeta Hoseas, acaso fué compilado por él mismo, y por lo tanto en el tercer

siglo de la division del reino, octavo ántes de Cristo. La comparacion entre ambos códigos muestran por una parte el espíritu benigno del profetismo, y de otra el fanatismo y la codicia de los levitas («Nadie se presentará en el templo con las manos vacías»).—Naturalmente el Decálogo del Deut. v, no es si no una refundicion más moderna del anterior y acaso del mismo autor (tal vez del sacerdote Hilkias, comp. II, Rey. xxii, 10, y mi «Geschichte der als-ebraeischen Literatur», pág. 119).

Cuestrin, Mayo de 1874.

DR. MARTIN SCHULTZE.

Trad. del alemán por D. E. PIERA.

Das Ausland.

LA ORGANIZACION DE LA DEMAGOGIA FRANCESA Á LA CAIDA DEL IMPERIO NAPOLEÓNICO.

III. *

SEGUNDO PERÍODO DEL IMPERIO: 1860 Á 1869.

CAUSAS POLÍTICAS DE LOS PROGRESOS DE LA DEMAGOGIA.

Viendo al cabo de algunos años cuáles eran los perjuicios resultados de su política, el Emperador tenía, al parecer, la obligacion de aprovecharse de la experiencia adquirida, y de salir pronto del camino peligroso en que había entrado. Si se hubiera dedicado en lo sucesivo á prohibir dentro de la esfera de accion del poder, y por todas partes adonde ésta se extiende, la propaganda materialista, el culto de los goces terrenales, los ataques contra la moral y la religion; si ántes de que tantas faltas acumuladas arruinaran su autoridad hubiese renunciado al gobierno personal y se hubiera asegurado el concurso de los hombres más honrados y esclarecidos, acaso habría podido detener, al ménos dentro de cierta medida, la decadencia de las costumbres políticas, y fundar sobre bases sólidas un gobierno á la vez fuerte, honrado y liberal.

Este camino parecía trazado de antemano al Emperador. ¿Por qué no lo siguió?

Mucho contribuyeron á que no lo hiciese sus opiniones á la vez autoritarias y democráticas, que las publicaciones de su juventud nos han revelado y que no llegaron á modificar en él sensiblemente, ni la edad ni la experiencia. Pronto, además, sobrevinieron motivos políticos que, alejando al jefe del Estado de una fraccion notable de los conservadores, le impulsaron más vivamente aún hácia la falsa democracia y hácia la política revolucionaria.

El odioso atentado de Orsini le recordó los compromisos que de antiguo le ligaban á las sociedades

secretas de Italia, y le advirtió de los peligros que corría persistiendo en desconocerlos. Nadie duda hoy que la guerra de Italia, causa primera de todos nuestros desastres, no haya tenido por objeto dar una satisfaccion á esas temibles asociaciones. La invasion de los Estados de la Santa Sede, hecha por Italia y tolerada, si no estimulada, por el gobierno frances, trasformó en adversarios del Imperio, no sólo á todos los católicos, sino, fuera del campo de éstos, á gran número de conservadores que ya comprendían los peligros que la unidad italiana ocasionaría á la Francia. Privado de su concurso Napoleon III, debió volverse hácia las masas democráticas que, ménos perspicaces é imbuidas de preocupaciones anticlericales, veían con júbilo en la unidad italiana la ruina del poder temporal de los Papas. Pero para obtener más seguramente su apoyo, era necesario hacer concesiones á la democracia. ¿No era este, por otra parte, el medio de debilitar y de traer á la obediencia las clases distinguidas, de dia en dia más alejadas del poder absoluto?—Tales fueron los motivos que dictaron al Emperador la mayor parte de las medidas que vamos á estudiar.

Por último, al mencionar las causas que empujaron al Emperador por la pendiente revolucionaria, no debe olvidarse la influencia del príncipe Napoleon. Es exacto que Napoleon III tenía en el fondo muy pocas simpatías por este antiguo republicano de 1848, adherido al Imperio á fuerza de dotaciones, pero que, poco contento de su situacion política, y aspirando á una dictadura, intentaba, al ocupar el puesto de un semi-oposicionista democrático, rehacer su popularidad bastante comprometida. La corte de Napoleon III, y sobre todo la emperatriz, compartían la desconfianza de aquél hácia el inquilino del Palais-Royal. No se quería, sin embargo, romper abiertamente con él, y de este modo, y á pesar de todo, el príncipe obtenía cierta autoridad cerca del Emperador, preocupado sin cesar por la idea de no mostrarse ménos buen demócrata que él. Si el príncipe dispensaba su proteccion á algun periodista libre-pensador amenazado de persecuciones judiciales por insultos á la religion, el gobierno no se atrevía á castigarle y el escritor escapaba á los rigores de la justicia. Un hecho, entre otros, la fundacion de *L'Opinion Nationale*, muestra hasta qué punto sabía el príncipe Napoleon vencer la repugnancia ó disipar los temores del gobierno imperial. Un redactor de la *Presse* que estaba en comunidad de ideas con el príncipe, M. Guèroult, quiso despues de la guerra de Italia fundar un diario destinado, segun él decía, á servir de lazo de union entre el Imperio y la democracia. Con arreglo á su programa, que M. Guèroult ha defendido fielmente hasta 1870, Napoleon III debía en el interior seguir una política cada vez más democrática, y en el exterior sustituir, con la teoría

* Véase el número anterior, pág. 452.

de las nacionalidades, el viejo sistema del equilibrio europeo; bajo el punto de vista religioso, debía debilitar el catolicismo y arruinar desde luego el poder temporal de los Papas. A pesar de sus simpatías por muchos puntos de esa política, Napoleón III temió, autorizando el nuevo diario, «enfurecer» á los conservadores. Recibió á M. Guèroult, reconoció que, durante la guerra de Italia, había hecho seguir á la *Presse* una buena política, pero añadió: «*que había ya descubierto excesivamente las baterías.*» La autorización estaba, pues, aplazada, cuando el príncipe Napoleón intervino en favor de M. Guèroult, cuya causa apoyó calorosamente. En seguida, todos los obstáculos desaparecieron y *L'Opinion Nationale* pudo aparecer (1).

Sería, pues, contrario á la verdad de los hechos negar la influencia del príncipe Napoleón en la política imperial; á partir, sobre todo, de la guerra de Italia, esta influencia se acentuó y no hay necesidad de decir en qué sentido fué ejercida. Si desde 1852 el príncipe había cesado de proclamar sus simpatías republicanas, continuó publicando con más ardor que nunca sus opiniones democráticas y anti-religiosas. Pueden recordarse, en prueba de esto, las extrañas declaraciones que en distintas veces hizo oír desde la tribuna. Él fué quien en 1862, explicando de qué forma Napoleón I no llegó á ocupar el trono, sino para coronar la obra de la Revolución, añadía: «¿Sabéis en medio de qué gritos era traído el Emperador desde el golfo Juan á las Tullerías? Pues era á los gritos de «¡Abajo los nobles! ¡Abajo los emigrados! ¡Abajo los traidores! (*¡A bas les traîtres!*)» Al escuchar esta última exclamación, los que estaban á su lado entendieron que decía: «¡Abajo los curas! (*¡A bas les prêtres!*)» Los hombres más hostiles á la religión, M. Renan, M. Guèroult, M. Sainte-Beuve y tantos otros, eran los visitantes asiduos del Palais-Royal, y el príncipe les prodigaba sin cesar las muestras de su atención y de su deferencia. El mismo Proudhon había recibido sus favores. De acuerdo con el historiador de este socialista famoso, M. Sainte-Beuve, el príncipe Napoleón encontraba que «el blanco dominaba demasiado en los consejos del Imperio, y que allí no había más rojo que el de los cardenales (2).» Partiendo

(1) Véase M. E. Tenot, *Histoire du second Empire*, t. II, pág. 297.

(2) En 1865, M. Sainte-Beuve escribía al príncipe Napoleón, que le había dado cuenta de algunas cartas en las que Proudhon reclamaba un Imperio socialista y revolucionario, en estos términos: «Es cierto que Napoleón I tenía en sus consejos regicidas y realistas, que tenía en jaque á los unos con los otros, se servía de todos y daba garantías á todos. De aquí una gran fuerza, un verdadero equilibrio. Bajo el Imperio actual, este equilibrio no existe. El lado revolucionario, socialista que desea atraerse, no encuentra un punto de apoyo suficiente, una garantía; el blanco domina; aquí no hay más rojo que el de los cardenales... Aquí no hay igualdad; el retroceso es sorprendente.» (V. Proudhon, por Sainte-Beuve, pág. 555.)

de este convencimiento, no descuidó realizar esfuerzo alguno á fin de que otro rojo tomara plaza en aquellos altos lugares y dominase muy pronto los medios colores. Durante la segunda mitad del Imperio, sobre todo, impulsó sin descanso al gobierno á buscar dentro y fuera el apoyo de los revolucionarios.

Tales fueron las influencias y las causas que, á partir de la guerra de Italia, determinaron á Napoleón III á hacer tantas concesiones á la demagogia y á engrandecerla sin cesar, para asustar y dominar con su auxilio á los conservadores, cada día más alarmados y descontentos; política desastrosa que un escritor, que no ha figurado sin embargo jamás entre los enemigos del Imperio, M. Leroy-Beaulieu, ha caracterizado en algunas líneas severas, pero exactas:

«El principal vicio del último reinado, dice, ha sido el de seguir en el interior una política maquiavélica, esencialmente desorganizadora y anárquica. La máxima, *dividir para reinar*, fué aplicada por un espacio de más de diez y ocho años con lógica inexorable. Los hombres de Estado, de escaso criterio y sin principios, que dirigían entonces nuestros destinos, exageraron todavía sobre este punto la tendencia de su jefe. Esta fué, respecto de las poblaciones obreras, una conducta llena de adulaciones y de zalamerías interesadas. No se pensaba sino en oponer los trabajadores á la clase media, que suponía liberal y descontenta (1).»

¿Cómo se tradujo esta «política de adulaciones y de zalamerías interesadas?» Por concesiones de dos clases; pedidas unas al Cuerpo legislativo por el Gobierno, acordadas las otras directamente por éste á los obreros. Las primeras consisten, sobre todo, en reformas de la legislación anterior; las otras en la concesión de diferentes privilegios. Estudiemos sucesivamente estas diversas concesiones, y veamos de qué manera se ha apresurado con ellas la organización de las fuerzas revolucionarias y preparado el triunfo de la demagogia.

§ I. *Leyes favorables á los obreros.*—Hasta 1861, la mayor parte de las leyes que regulaban las relaciones de los fabricantes y de los obreros eran las que había dejado en vigor el primer Imperio, esto es, leyes favorables á los fabricantes; porque es necesario hacer notar que, de todos nuestros soberanos de este siglo, Napoleón I es el que menos se ha preocupado de los obreros y quien les ha dado menos pruebas de simpatía. Como dice con gran acierto M. Taxile Delord: «el pueblo le daba miedo cuando no llevaba uniforme.»—Debemos recordar la violencia con que Luis Napoleón había

(1) Véase *La question ouvrière au dix-neuvième siècle*, por M. P. Leroy-Beaulieu, pág. 142.

criticado en otro tiempo la legislación obrera de principios del siglo; pues bien, á pesar de esto, durante los diez primeros años de su reinado, no introdujo reforma alguna en aquella legislación, ántes puede decirse que agravó la severidad de la ley sobre las cartillas de los obreros (1), haciendo extensiva á los obreros de todos los oficios, y de ambos sexos, la obligación de proveerse del referido documento. Pero despues de la Exposicion de Lóndres (1862) emprendió la tarea de reformar en el sentido de las reclamaciones de los obreros la legislación vigente.

Al verificarse la Exposicion de Lóndres, los trabajadores parisienses obtuvieron, mediante el influjo del príncipe Napoleon, presidente de la comision francesa de la Exposicion, permiso para formar una comision obrera que enviara á Inglaterra delegados elegidos entre los trabajadores de las diferentes industrias. La comision obrera recibió, para atender á los gastos del viaje de estos delegados, 20.000 francos de la Comision Imperial y una cantidad igual de Ayuntamiento de Paris, autorizándosela para el libre empleo y reparto de estos fondos. Doscientos delegados nombrados por eleccion entre más de doscientos mil trabajadores de Paris, fueron marchando sucesivamente á Lóndres, y á su vuelta, los de cada industria redactaron un informe relativo, no sólo al valor de los productos expuestos y á los perfeccionamientos de que su industria parecia susceptible, sino tambien á las medidas necesarias para mejorar en un breve plazo la condicion intelectual y material de las clases jornaleras. Por primera vez, y sobre el terreno, habían podido estudiar estos delegados la condicion de los obreros ingleses. Llamaron principalmente su atencion las libertades concedidas á éstos para reunirse, formar colosales asociaciones, preparar y sostener las huelgas, y persuadidos de que estas mismas libertades les llevarían en poco tiempo á trasformar su estado y á «emanciparlos», reclamaron casi por unanimidad en sus informes las siguientes medidas: derogacion de las disposiciones del Código penal relativas al delito de coalicion; libertad completa de asociacion y de reunion, y supresion de todas las disposiciones legislativas que parecían favorables á los fabricantes, tales como el artículo 1781 del Código Napoleon (2), y las leyes sobre las cartillas de los obreros.—El Emperador, admirado de estas reclamaciones y decidido á apoyarse cada dia con más empeño para gobernar sobre las masas democráticas, hizo sucesivamente votar por el Cuerpo legislativo todo lo que los obreros recla-

maban, con una sólo excepcion, la de la libertad de asociacion, y áun en este punto, como se verá pronto, la tolerancia de la administracion para con los obreros fué tal, que sería en vano buscar los nuevos peligros que hubiera podido ofrecer la concesion de esta libertad por medio de una ley.

Nadie ha olvidado las consecuencias desastrosas de estas leyes, especialmente las relativas á las coaliciones y á las reuniones públicas. Cada nueva concesion convertíase, en manos de la demagogia, en nueva arma contra el poder y contra la sociedad, acreciendo la audacia de los revolucionarios y acelerando la catástrofe final. ¿Quién no recuerda las sangrientas huelgas de Aubin y de la Ricamarie, los graves desórdenes del Creusot y de Fourchanbault, y sobre todo, la explosion de pasiones revolucionarias y socialistas que estalló cuando las primeras reuniones públicas en 1868? Creíase que el socialismo estaba muerto porque en 1852 se le había «suprimido oficialmente,» pero las reuniones públicas causaron dolorosa sorpresa á los conservadores que vivian en esta creencia. Nunca habían sido los socialistas más apasionados, nunca habían estado más llenos de odios ni sido más temibles. Cuantos declararon en la informacion acerca del 18 de Marzo están de acuerdo para proclamar que estas reuniones imprimieron nuevo impulso á las fuerzas revolucionarias.

Limitémonos á citar el testimonio de M. Mettetal; las importantes funciones que ejerció durante largos años en la prefectura de policia el respetable diputado de Doubs, dan á su palabra excepcional autoridad. M. Mettetal recuerda primero las excepcionales circunstancias en que fué votada la ley de coaliciones, la alarma de numerosos conservadores á quienes el Gobierno y el ponente respondían: «No autorizamos las coaliciones sino como accidente, es decir, de un modo temporal y pasajero; no concedimos ni el derecho de asociacion ni el derecho de reunion.» Añadía despues:

«Apénas votada la ley (de coaliciones) advirtiése que la citada reserva era un verdadero sarcasmo: autorizar las coaliciones y prohibir el derecho de reunion y de asociacion es incurrir pura y sencillamente en una contradicción. «¿Qué quereis, decian los trabajadores, que hagamos de ese derecho de coalicion?» Y, en efecto, su objecion era completamente lógica. Concedióse entónces administrativamente, primero el derecho de reunion y una serie de otras diferentes facilidades análogas. Las cosas no caminaban mejor por ello, y el objeto, constantemente perseguido, de satisfacer á los trabajadores, no se alcanzaba; lejos de calmar á la clase obrera, el único resultado de las concesiones que se le habían hecho era agitarla, y cuanto más se la daba, más se exigía. Entónces se dijo: pues bien, en lugar

(1) Ley de 1854 sobre las cartillas de los obreros.

(2) Este artículo, hoy abolido, decía así:

El dueño será creído en lo que afirme respecto á la cuota de préstamos al pago del salario del año vencido y á lo dado á cuenta del año corriente.

de limitarse á estas semi-medidas ó concesiones de jurisprudencia, siempre precarias á los ojos de los trabajadores, preciso es renunciar por completo á todas estas leyes antiguas, á todas estas precauciones ilusorias que, con la pretension de prevenir dificultades, sólo sirven para crearlas. Establecióse, pues, legislativamente el derecho de reunion y la libertad de la prensa.

»La experiencia fué espantosa... Aquello fué un frenesí, un verdadero incendio; predicábase abiertamente el ateísmo, el odio á la religion, la destruccion de nuestras instituciones sociales: familia, propiedad, matrimonio, hasta derecho de sucesion... Se plantearon las cuestiones más irritantes, precisamente por sus lados más peligrosos; *con tal de que no se hablase del Emperador, de la dinastía y de los Ministros* (y se acabó por hablar de ellos), todo podía decirse, gracias á la confusion admitida por la misma ley; lícito era enunciar las utopías más audaces y *atacar las instituciones morales y sociales que los Gobiernos han procurado proteger en todas las épocas.*

»Al llegar á tal extremo en el terreno social, tropezábase en el político con las dificultades que, queriendo evitarlas, se habían agravado. Hubo oradores más lógicos, más audaces, que resueltamente abordaron las cuestiones políticas. Entónces encontróse el Gobierno en la alternativa: ó de dejar decir todo, ó de limitar la libertad, despues de haber anunciado que sería ilimitada. Pues bien, se dejó decir todo y todo se dijo: Emperador, dinastía, Constitucion, todo fué atacado en los términos más directos, y bien se conoce el estado de ánimo que creó én la poblacion obrera semejante licencia... *Se habían formado apetitos é instintos tales, que estaba de manifesto lo inevitable de una espantosa crisis social, que aparecería en el momento oportuno.*»

Las consecuencias de las leyes de 1864 y de 1867 fueron, pues, terribles. Pero acaso se diga que no son los conservadores liberales quienes deben criticar las concesiones hechas por el Emperador á la democracia. Miéntras duró el Imperio, los miembros de este partido estuvieron pidiendo la libertad, la supresion de la arbitrariedad administrativa y del poder personal; ¿acaso las libertades que concedían las leyes de 1864 y de 1867 no formaban necesariamente parte de su programa, como la libertad de la prensa y la descentralizacion administrativa? Si estas libertades produjeron grandes abusos, la responsabilidad, hasta cierto punto, debe corresponder á los que las reclamaban. Tal es la acusacion que, desde hace algunos años, se dirige constantemente á los conservadores liberales, y á la cual fácil es contestar.

Entre las concesiones hechas á los trabajadores, las había, sin duda alguna, muy justas y legítimas...

Examinemos, pues, por qué dieron en la práctica resultados tan deplorables. Cuando se establece una nueva libertad en un país, es raro que, en el principio, no se abuse del ejercicio de esta libertad, ejercicio que llega hasta ser objeto de las más sensibles violencias. Pero en las naciones bien organizadas y sensatamente regidas, como Inglaterra, Holanda ó Bélgica, estos abusos no comprometen ni la seguridad del país ni la misma libertad; el remedio del mal se encuentra en lo poderosas que son las instituciones, y en la fuerza y resistencia de las diversas clases de la nacion. Supongamos que en el momento en que nuestras leyes concedían las libertades de coalicion ó de reuniones públicas, Francia hubiese estado gobernada y constituida como cualquiera de los pueblos que acabamos de citar; supongamos que los trabajadores, al tener libertad de formar huelgas y de reunirse para discutir con los fabricantes los precios y las condiciones de su trabajo, hubiesen encontrado ante sí á las clases instruidas, poderosamente organizadas, dispuestas á todas las concesiones reconocidas justas y posibles, pero prontas también á rechazar enérgicamente todas las pretensiones ilegítimas ó irrealizables; supongamos que las influencias locales, respetadas por el poder, hubiesen subsistido en todas partes; que los ciudadanos considerados más capaces hubiesen conservado el ascendiente debido á sus luces y á su virtud teniendo así el medio de apaciguar muchas crisis, gracias á sus esfuerzos ó á sus sensatos consejos; supongamos, por fin, que la libertad dejada á la Iglesia y á las instituciones que ella sostiene hubiese permitido á los miembros del clero ejercer con eficacia su ministerio de paz y de conciliacion é intervenir, en condiciones de ser escuchados, entre trabajadores y fabricantes para apartar á los unos de la violencia y de las pretensiones excesivas, y para recordar á los otros, cuando lo olvidasen, las reglas de la justicia y de la moral cristianas. Si todas estas condiciones hubiesen estado reunidas, no diríamos, sin duda, que las nuevas libertades no hubieran producido desórdenes ni que carecieran de inconvenientes (¿qué institucion humana no los tiene?), pero tenemos la conviccion de que podían ejercerse con mucho ménos peligro para la sociedad (1).

¿Pero cuánto faltaba para que se llenaran todas estas condiciones en 1865 y en 1867! Sabido es hasta qué punto las influencias locales, sospechosas al Imperio, habían sido combatidas y anuladas; y las que subsistían aún, el Gobierno las había hecho ca-

(1) Estas verdades han sido muchas veces repetidas por los hombres más experimentados. Basta, por ejemplo, leer los excelentes trabajos de M. le Play sobre la Constitucion inglesa (*Reforme sociale*, tomo III), y sobre el Gobierno del Canadá (*De l'organisation du travail*, para comprender todos los servicios que prestan las clases directoras donde su influencia es aún respetada.

lumniar y atacar, más que nunca, cuando las elecciones de 1863, á fin de asegurar mejor el triunfo de sus candidatos oficiales. Respecto á la Iglesia, ya hemos dicho cuánto había contribuido á debilitar su autoridad en las masas los ataques cotidianos de la administracion, disimulados con la apariencia de una proteccion oficial. La verdad es que el dia en que la demagogia, gracias á las concesiones y á las faltas del poder, llegó á ser poderosa, no quedaba en pié cerca de ella ninguna influencia social para ilustrarla y dirigirla, ninguna fuerza para contenerla, exceptuando la material que tenía el Estado en sus manos. Esto podía bastar durante algun tiempo para dominar la revolucion, pero cuando el Estado comprometió y perdió la fuerza material que constituía su último recurso, el Gobierno tenía que verse inevitablemente derribado por sus adversarios.

A pesar de sus deplorables resultados, las leyes que acabamos de mencionar han contribuido ménos al desarrollo de la demagogia que los privilegios de todas clases, concedidos por Napoleon III á las asociaciones democráticas, con quienes estuvo perpetuamente coqueteando. Estudiemos, pues, ahora la historia de estas relaciones entre el Imperio y la demagogia, recordemos los favores que el Emperador hizo á las masas populares con objeto de atraérselas y que sólo sirvieron, en realidad, para redoblar las fuerzas de los hombres del 18 de Marzo.

§ II. *Concesiones hechas por el gobierno imperial á las asociaciones democráticas.*—Para justificar algunas de las leyes de que acabamos de hablar, podía alegar el Gobierno que concedían los mismos derechos á todos los ciudadanos, y que, si obligaban á los conservadores á nuevas luchas contra sus adversarios, estos combates los librarían, al ménos, con armas iguales. Este argumento, inexacto en el fondo—segun hemos demostrado ya,—era en la apariencia irrefutable. Pero en sus cotidianas relaciones con los partidos políticos, ó mejor dicho, sociales, el Imperio no podía invocar esta supuesta imparcialidad. Los actos de desconfianza, los inmerecidos rigores, eran el lote de los conservadores, y las atenciones y los favores correspondían á los revolucionarios. Lo probaremos con algunos ejemplos tomados al azar.

Cuando entró el Imperio de un modo pronunciado en la vía revolucionaria, había, con antigüedad de veinticinco años en Paris y en muchas ciudades de las provincias, una asociacion demasiado bien conocida para que recordemos aquí sus gloriosos servicios. Creada para asistir al indigente en sus miserias morales y materiales, la sociedad de San Vicente de Paul no había salido jamás de su terreno para entrar en el de la política. Cada uno de sus miembros podía tener sus preferencias y sus opiniones personales, pero la asociacion sólo

tenía una bandera, la de la caridad cristiana; sólo un objeto, hacer á los pobres mejores y más felices. Había llevado su escrupulosidad hasta el punto de no hacer en su seno ninguna colecta, ni para las víctimas de Siria, ni para el dinero de San Pedro. Gracias á esta prudencia, atravesó felizmente todas nuestras perturbaciones civiles, siendo respetada por todos los gobiernos, á pesar de las reiteradas calumnias de sus adversarios. El Imperio no pudo soportar que se ejerciese la caridad sin el sello oficial: pretendió mezclarse en los asuntos de la sociedad de San Vicente de Paul, reformar sus estatutos y nombrar el presidente del consejo general. Trasformar esta asociacion en una especie de sucursal de la Beneficencia pública, era destruir su carácter. Los miembros del consejo general lo comprendieron así, y su decidida resistencia produjo la disolucion de la sociedad.

Mientras á la sociedad de San Vicente de Paul, ó más bien, á los pobres cuyas familias socorría, y á cuyos hijos instruía y educaba, se aplicaba este tratamiento tan riguroso como inmerecido, ¿qué hacía el gobierno respecto á otra sociedad, la de los Franc-Masones, cuyas tendencias revolucionarias y antisociales, puestas tan en claro cuando los acontecimientos de la Commune, no podía desconocer el poder? (1) M. de Persigny, ministro entónces del Interior, pensó reclamar, como respecto á la sociedad de San Vicente de Paul, el derecho de nombrar el gran maestro de la órden, ofreciendo, á cambio de esta condicion, reconocer la franc-masonería como establecimiento de utilidad pública y confiéndole todas las ventajas inherentes á este reconocimiento. Envióse al Consejo de Estado un proyecto en este sentido, grandemente apoyado por el Gobierno, y sólo pudo impedir que se adoptase la oposicion enérgica del ponente y de algunos consejeros. Además, era casi seguro que la asamblea de los franc-masones no hubiese aceptado la intervencion y la vigilancia del poder. ¿Qué se hizo entónces? El gobierno, tan desconfiado y severo con una sociedad caritativa, mostróse fácil y acomodaticio respecto á esta asociacion secreta, cuyos verdaderos estatutos ni siquiera conocía. Contentóse con una concesion casi burlesca: los venerables dejaron al Emperador nombrar directamente jefe de la franc-masonería francesa al mariscal Magnan; pero todas las funciones del nuevo dignatario se redujeron, segun parece, á cobrar un crecido sueldo, sin penetrar para nada en los secretos de las logias, de modo que la franc-masonería, sin ser molestada por

(1) Despues de haberse asociado en Abril de 1871 á las tentativas de conciliacion entre Paris insurrecto y Versalles, los franc-masones tomaron abiertamente partido por la Commune y no omitieron ningun esfuerzo para impedir ó retardar su derrota (véase la *Informacion acerca del 18 de Marzo*, especialmente el dictámen de M. Delpit).

el Gobierno, pudo conservar su organizacion precedente y continuar sus misteriosos trabajos.

Las complacencias del gobierno fueron mayores aún, segun vamos á ver, con las sociedades obreras.

Se han tenido hasta ahora pocos detalles respecto á las numerosas sociedades obreras que existían en tiempo del Imperio. Los datos que sobre este punto han dado á la Comision de informacion acerca el 18 de Marzo los testigos más serios y competentes, son por demas instructivos. Segun ellos, había en Paris ántes de 1866 más de *quinientas sociedades de trabajadores* (1). Unas estaban organizadas en sociedades secretas, otras se disfrazaban con el nombre de *sociedades de estudio, sociedades de socorros mutuos*, etc. y casi siempre tenían relaciones entre sí ó con sociedades análogas de las ciudades de provincia. Así se formó una verdadera red de sociedades obreras que cubría toda la Francia. ¿Cuál era el objeto de estas asociaciones? Afectaban casi todas un carácter puramente económico, y sólo trabajaban, al parecer, en el mejoramiento de la condicion del obrero; pero los que han podido estudiarlas de cerca, nos afirman que eran ante todo asociaciones políticas que aspiraban á una trasformacion violenta y revolucionaria de la sociedad. Un testimonio especialmente importante es el de M. Mouton, empleado en la prefectura de policía, que, durante el último período del Imperio, observó de cerca todas las maniobras de las sociedades obreras. Su opinion, por severa que sea, debe ser conocida.

«Para mí, dice, estas sociedades siempre han sido políticas. Al principio tomaron una máscara, afectando ser simples sociedades de cooperacion ó de socorros mutuos; pero *en realidad jamás tuvieron otro objeto que el de reunirse y agruparse para llegar á una revolucion*. Yo he visto de cerca á los trabajadores de Paris y á los muñidores ó jefes á quienes obedecían; no buscan en manera alguna mejorar su suerte por medio del trabajo y de la economía; sueñan con la expropiacion en su provecho de los talleres y máquinas pertenecientes á fabricantes ricos, á quienes detestan. Cuando venían á mi casa, procuraba hacerles hablar... y debo decir que siempre les he encontrado envidiosos, llenos de odio; enemigos de toda superioridad y de toda autoridad. Siempre he asegurado á las personas á quienes debía dar cuenta de mis informes, que *el objeto que se proponían era político*, porque el nivel social que deseaban no podía conseguirse sino por medio de un trastorno completo de la sociedad.

»Creyeron por un momento que la cooperacion iba á proporcionarles mayor jornal, trabajando menos... pero conocieron pronto que una sociedad

cooperativa no tendría éxito sino poniéndose á su cabeza un obrero inteligente que la dirigiera y que desempeñara el cargo de fabricante. Cuando advirtieron que era preciso obedecer á uno de ellos, trabajar asiduamente, y esto para alcanzar, no beneficios considerables, sino una ganancia que no era sensiblemente superior al tipo medio de los jornales, se disgustaron, y desde entónces pensaron sólo en la expropiacion de los propietarios y en la supresion del capital que siempre han considerado como su enemigo.

»...Hace largo tiempo que existe este estado de cosas. Es muy anterior á las reuniones públicas; para mí, lo repito, *el objeto definitivo de todas estas asociaciones ha sido siempre político. Los jefes han podido durante algun tiempo disimular sus tendencias reales; pero estas tendencias han sido siempre las mismas, acentuándose y mostrándose más al descubierto, cuando los acontecimientos han llegado á ser más graves; esta es la verdad* (1).»

Segun hemos dicho, estas diversas sociedades estaban con frecuencia relacionadas entre sí. Citarémos sólo un ejemplo: los diferentes colegios sindicales, compuestos de trabajadores de la misma profesion, y destinados en la apariencia á formar sociedades cooperativas, pero encargados en realidad de tener las cajas de fondos para socorrer á los huelguistas, tenían un lazo comun, la *federacion obrera*, formada de delegados de cada colegio sindical, y cuya habitacion estaba en la calle de la Corderie, en el mismo local que la Internacional (2). Entre las numerosas sociedades que se habían formado en Paris y en las provincias, había muchas que estaban dirigidas por «burgueses jacobinos,» como las sociedades de libres pensadores y de solidarios para los entierros civiles. Estas sociedades se disfrazaban tambien con el nombre de sociedades obreras, para poder influir con mayor seguridad y más eficazmente sobre los trabajadores (3).

¿Vió el Imperio sin desagrado y aún favoreció el desarrollo de una parte de estas sociedades? No debe dudarse en vista de la importante declaracion de M. Nusse, *jefe de la policia municipal durante el Imperio*. Tomemos, por ejemplo, la parte de esta declaracion relativa á los colegios sindicales obreros, que posteriormente formaron secciones de la Internacional.

«*Se había procurado alentar las sociedades de produccion*, dice M. Nusse; algunas de ellas lo lograron en efecto; pero como el mayor número no tenían fondos para empezar, formaron durante al-

(1) *Informacion parlamentaria del 18 de Marzo*, p. 275.—Declaracion de M. Mouton.

(2) Véase la *Declaracion de M. Nusse*, p. 275.

(3) *Idem*.

(1) *Informacion parlamentaria*, pág. 275.

gun tiempo sociedades de ahorros, esperando el momento en que podrían convertirse en sociedades de producción.

»Hubo abusos en este punto, por ejemplo, *se reunieron en sociedades de ahorros todos los obreros de la misma industria, antes de aprobarse la ley sobre las coaliciones...; eran verdaderas sociedades de resistencia, destinadas á alentar y á sostener las coaliciones, las huelgas.* Promulgada la ley sobre coaliciones, formáronse sociedades semejantes en todas las industrias; eligieron presidentes, delegados que se reunieron en federación y formaron verdaderas sociedades secretas. Estas federaciones son las que se adhirieron á la Internacional (1).»

Así, pues, un testigo elegido, no entre los adversarios del Imperio, sino entre sus empleados que tenían mejores informes, declara que la administración *«ha procurado alentar las sociedades obreras;»* que ha tolerado, *«aun antes de que se votara la ley sobre coaliciones,»* las sociedades ilegales fundadas para sostener las huelgas. Difícil sería poner en duda tan grave aserto. ¡Cuántos hechos, por lo demás, confirman su exactitud! No contento con proteger las asociaciones existentes, el Emperador fundó muchas otras y las dotó con generosidad, esperando que acapararían y dominarían las sociedades hostiles. Uno de los testigos en la información, M. Marseille, empleado, como M. Nusse, en la prefectura de policía, ha referido en forma curiosa los resultados de uno de esos favores concedidos por el Emperador á las asociaciones de trabajadores.

«El Emperador, dice, ha hecho por las clases trabajadoras una cosa que no hubiese hecho por las otras. Había entonces privilegios de imprentas, cosa que podía llamarse sagrada, porque constituía la propiedad de los impresores. En 1860 se había comprado una patente por la suma de... para adquirir otras muchas patentes que inundaban la plaza. Ahora bien: en 1865 ó 1866 el Emperador dió la primera patente á una corporación obrera, que, sin embargo, no encontró los fondos necesarios para fundar una imprenta. Algunos años después dió nueva patente á otra corporación, que esta vez pudo establecerse. Esta asociación, que, según creo, tenía su domicilio en la calle de San Dionisio, número 51, es la que imprimió los periódicos más hostiles al Imperio.

Pero con quien tuvo el Emperador más numerosas y funestas complacencias fué con la Internacional naciente. Conocida es la historia de la Internacional, y no tenemos necesidad de referirla ahora, limitándonos á estudiar sus relaciones con el gobierno.

Sabido es que el origen de la *Asociación interna-*

cional de trabajadores asciende á 1861, al viaje que hicieron á Inglaterra los trabajadores franceses, encargados por sus camaradas de visitar la Exposición de Londres y de comparar la situación respectiva de los obreros en ambas naciones. Sabido es también que el Gobierno alentó este viaje de los delegados franceses á Londres. En su larga declaración ante la comisión informadora, uno de los fundadores de la Internacional, M. Tolain, ha dado sobre este punto noticias curiosísimas, y, por regla general, poco conocidas.

«Un grupo de trabajadores, refiere, presentó al príncipe Napoleón una petición, diciéndole: A la última Exposición de Londres fueron trabajadores nombrados por los fabricantes para estudiar los progresos de la industria; pedimos designarlos nosotros mismos por sufragio universal.»

»El príncipe llamó inmediatamente á los firmantes de la petición; yo era uno de ellos. Preguntó cómo comprendíamos que pudiera realizarse nuestra solicitud; se lo explicamos, y nos dijo: «Constituíos para hacer las elecciones; voy á dirigirme al ministerio de Agricultura y al Ayuntamiento de París para saber qué sumas podrán entregarnos.»

»Algun tiempo después nos dijo que el ministerio de Agricultura daba 20.000 francos, y el Ayuntamiento de París otros 20.000. Yo cobré los 40.000 francos destinados á pagar el viaje de los delegados y los deposité en la Caja de Descuento.

»Convocamos á los trabajadores para formar el comité electoral, y este comité envió la lista de los candidatos; la elección se hizo por escrutinio, como para el nombramiento de diputados. Hízose también una suscripción en los talleres, que produjo 13.000 francos. Los elegidos recibieron un billete de ida y vuelta; se les pagó su permanencia en Londres, la entrada en la Exposición y una indemnización á la vuelta, para que no faltase nada á sus familias durante su ausencia. Debían entregar una Memoria; la entregaron, y se publicó.»

M. Tolain cuenta en seguida que, á causa de un conflicto de administración surgido entre los miembros de la comisión obrera, la mayoría de ellos acudieron á la comisión imperial, presidida por el príncipe Napoleón. Él y algunos amigos suyos dimitieron, por no aceptar la ingerencia de la comisión imperial en sus asuntos. Añade después:

«El presidente (de la comisión obrera) y los que con él quedaron recogieron las informaciones de los trabajadores y las hicieron publicar. *La delegación entró en esta vía, y el Imperio procuró llevar á los obreros del lado de la avenida Daumesnil; el antiguo presidente de la delegación obrera fué nombrado presidente de la sociedad; pero yo, personalmente, mientras duraron las delegaciones,*

(1) *Información parlamentaria*, pág. 275.

sólo vi dos veces al príncipe Napoleon, como presidente del Comité (1).»

Admitimos de buen grado que M. Tolain y sus amigos no tenían deseo alguno de hacer «socialismo imperialista» de lo cual les han acusado algunos, y que de ningún modo pensaban en afiliarse á la bandera del imperio; pero también es innegable, sobre todo después de las declaraciones de los señores Heligon y Fribourg, antiguos miembros de la Internacional que, gracias á las subvenciones del Gobierno y á las gestiones del príncipe Napoleon, pudieron hacer los delegados obreros este viaje, cuyos deplorables resultados conoce hoy todo el mundo. Viendo los trabajadores franceses el inmenso desarrollo que habían tomado en Inglaterra las *Trade's Unions* y las asociaciones obreras de todas clases, pidieron consejo á sus «hermanos de la Gran Bretaña» acerca de los medios de organizar en Francia la «resistencia contra el capital.» Con este motivo hubo entre los trabajadores ingleses y franceses entrevistas y deliberaciones que produjeron un principio de inteligencia. Pusieron de acuerdo para reconocer «que las transformaciones industriales habían creado nuevas necesidades y cambiado por completo la economía social.» «*El Gobierno francés*, añadía M. Tolain, *siguió este movimiento, y ayudó poderosamente esta transformación* (2).» Convino, pues, en que los trabajadores de todas las naciones deberían unirse para dar á conocer sus necesidades y hacer triunfar sus reclamaciones. La ejecución de este proyecto de union marchó rápidamente. En un *meeting* celebrado en Londres en 1863, formóse el primer Consejo general de la sociedad; al siguiente año, el 28 de Setiembre de 1864, nació definitivamente la Asociación Internacional de trabajadores en el *meeting* de *Saint-Martin's Hall*, donde los señores Tolain, Limousin y Perrachon, representaban á los trabajadores franceses.

Apénas constituida la Internacional en Inglaterra, pensóse en importarla en Francia, pero se necesitaba el consentimiento del Gobierno francés, no existiendo en nuestro país la libertad de asociación. ¿Cuál fué la actitud del gobierno francés respecto á esta nueva sociedad? Fiel á su política habitual, quiso el Gobierno *echarla de hábil* con la Internacional; pero también esta vez todo su maquiavelismo le fué contraproducente. Al volver del *meeting* de 1863, quisieron formar los trabajadores franceses una primera sección de la Internacional de París, y escribieron al prefecto de policía anunciándole su propósito. Limitáronse á esta formalidad no queriendo, según decían, someterse á la «humillación

de pedir una autorización.» El prefecto de policía, evidentemente por orden superior, no contestó nada. Temía el Gobierno cometer una imprudencia, y sobre todo suscitar el descontento de todos los conservadores, aprobando expresamente una sociedad cuyos principales fundadores habían dado á conocer ya sus opiniones radicales (1). Por otra parte, veía sin desagrado la formación de una asociación que, pareciendo (como lo estaba entonces) más preocupada de cuestiones sociales y económicas que de cuestiones políticas, podían arrastrar las masas de su lado y quitar así á los diputados de la izquierda, absorbidos por la política, una parte de su crédito y de su popularidad. Además, la Internacional por sus reivindicaciones y sus quejas contra la burguesía, podía inspirar á las clases medias un temor saludable y distraerlas de sus aspiraciones liberales. Por todos estos motivos el Gobierno, sin autorizar formalmente la nueva sociedad, la dejó formarse y desarrollarse en Francia: creía que siempre sería tiempo de detener sus progresos, cuando llegara á ser una amenaza al poder.

La conducta adoptada por el Gobierno era la más favorable para la Internacional. Aprobada explícitamente por la administración, se hubiera visto comprometida á los ojos de la demagogia, y expuesta á que ésta la acusara de tener lazos con el Imperio; los rigores y las persecuciones del poder hubiesen muerto esta asociación, apénas naciente y todavía débil. El silencio del poder le permitió ensancharse y fortificarse sin comprometerse. Bien conocidas son hoy la rapidez con que aumentó el número de sus afiliados, y la violencia de sus doctrinas. Durante todo el año de 1865 se hizo una propaganda activa en su favor, en todos los centros industriales. En 1866, según dice M. Pessard en sus trabajos sobre la Internacional, tenía ya *cientos cincuenta mil* miembros (2). ¡Y el Gobierno persistía en su política tan favorable á esta asociación! También en 1866 se celebró un Congreso en Ginebra, el primero de esos Congresos que permitieron apreciar año por año los progresos de la Internacional en la vía anárquica y revolucionaria. Para este Congreso de Ginebra habían redactado los delegados franceses una Memoria sobre las cuestiones sometidas á su estudio; y no encontrando quien quisiera imprimirla en París, la imprimieron en Bruselas. Cuando quisieron que entrara en Francia, se prohibió su introducción. Los delegados escribieron inmediatamente al

(1) *Información parlamentaria*. — Declaración de M. Tolain, pág. 426.

(2) Véase la defensa presentada por M. Tolain cuando la primera causa formada á la Internacional (20 de Marzo de 1868).

(1) Hacia esta época presentaba M. Tolain en una de las circunscripciones del departamento del Sena, su «candidatura obrera.» Su profesión de fe en forma moderada aceptaba en materia económica y en materia política, las soluciones más extremas.

(2) Estos estudios, publicados en *La Liberté*, han sido citados cuando la primera causa de la Internacional en 1868, en la requisitoria del abogado imperial Lepelletier.

ministro del Interior para quejarse de esta determinación, y al día siguiente envió M. Rouher una carta á uno de los firmantes, dirigida al domicilio social, calle de Gravilliers, 44, invitándole á ir á su despacho para conocer los motivos de la prohibición. Presentóse el delegado, y vió sobre el pupitre la Memoria con algunas anotaciones. El ministro dijo que debían suprimirse ó modificarse algunos párrafos; entablóse discusión, y sin negar M. Rouher «el derecho á proclamar tales ó cuales doctrinas,» limitó sus observaciones «á la forma en que se redactasen,» pidiendo que se suavizasen ciertas frases. Persistiendo en su negativa el delegado, manifestó el ministro que se vería obligado á mantener la prohibición; pero, dijo: *si añadís algunas frases de agradecimiento al Emperador que tanto ha hecho por las clases trabajadoras, veremos lo que puede hacerse.* El delegado contestó que la asociación no se mezclaba en política, y se mantuvo la prohibición; pero la Memoria entró en Francia inserta en las columnas de un periódico extranjero (1).

Se ve, pues, que, durante tres años, el ánimo del Gobierno estuvo constantemente preocupado con la idea de no molestar á la Internacional, atraérsela y servirse de ella: *No atacó el fondo de sus teorías, y sólo hizo observaciones sobre la forma en que estaban redactadas, tolerándolas, con tal de que fuesen acompañadas de algunos elogios para el Emperador.* Pero mientras coqueteaba de tal modo con la Internacional sin seducirla, esta asociación crecía sin cesar, absorbiendo todas las demás sociedades obreras anteriormente formadas, y convirtiéndose en una fuerza tan imponente como temible. Celebró el Congreso de Losana en 1867, comenzó á aliarse con la demagogia burguesa, reunida en Congreso de la paz y de la libertad en Ginebra, y á *intervenir en política.* El 2 de Noviembre de 1867 tomaba parte en la manifestación que se verificó sobre la tumba de Manin, y al día siguiente recorría los bulevares en son de protesta contra la segunda expedición á Roma.

El Imperio toleraba de buen grado todas las violencias socialistas; pero cuando la Internacional penetró en el terreno político propiamente dicho, fué ménos tolerante. Al fin rompió con ella y formóle sucesivamente tres causas en 1868 y en 1870.

El primer inconveniente de estas persecuciones tardías fué poner de relieve la poco leal conducta del Gobierno. El ministro del Interior había recibido la declaración de que la Internacional iba á formarse en Francia sin oponerse á ello; había escrito á sus miembros, enviando la carta al domicilio social; los había recido en el Ministerio; no ha-

bía tachado ante ellos de ilegal la asociación; había leído las Memorias y los discursos de los delegados franceses en los diversos congresos, había tenido conocimiento de todos los actos del centro parisien, y al cabo de cuatro años de ver y tolerar todo esto, perseguía la asociación como sociedad *no autorizada* y como *sociedad secreta.* Podía, pues, con apariencia de razón, exclamar M. Tolain, en su defensa ante el Tribunal: «La policía, el gobierno, la magistratura, el público lo ha sabido todo, lo ha visto todo, lo ha tolerado todo, y si no nos hemos creído autorizados legalmente, *hemos podido creernos muy oficiosos y públicamente autorizados* (1). También tenía algún derecho á añadir Murat, durante la causa y recordando la entrevista de un delegado de la Sociedad con M. Rouher: (2) «Hé aquí un ministro, *el primer ministro,* que llama á su despacho á un delegado de la asociación, que discute con él sus teorías, *que nada dice de la autorización,* que detiene en la frontera un impreso, *que no prohíbe el curso de la asociación y hoy sin advertencia, podría condenársenos!* Sufriremos en tal caso la pena material de la condenación, pero la mancha moral caerá en pleno rostro de una administración tan desleal.»

Se ha dicho, sin embargo, que la principal falta de estas persecuciones contra la Internacional consistía en que eran demasiado tardías. En 1868 no era ya tiempo de tratar con rigor á la Internacional. La persecución mata á los débiles y aumenta el poder de los fuertes. La tolerancia del gobierno había permitido nacer á la Internacional y constituirse, y esta asociación tenía ya una fuerza inmensa cuando se la perseguía; los ataques sólo servían para engrandecerla y para aumentar hasta el infinito el número de sus afiliados. Esto fué, en efecto, lo que sucedió. Así, pues, en su Memoria al congreso de Bruselas, el consejo general se felicitaba de estas persecuciones diciendo: «los estorbos mal intencionados que el Gobierno opone, lejos de matar la Internacional, le han dado nuevo impulso, *poniendo término á las perjudiciales coqueterías del Imperio con la clase obrera.*» Algo más tarde, en una reunión tenida á propósito del plebiscito de 1870, un miembro de la Internacional, Combault, resumía con fidelidad en los siguientes términos: «*La Internacional ha sufrido las duras leyes de la necesidad. Ha estado muerta hasta el día que ha podido decir: no queremos el Imperio,* y desde hace muchos años éste es su grito más fuerte. Debemos pues, ocuparnos de política, puesto que el trabajo está sometido á la política, *y conviene decirlo muy alto y para*

(1) Véanse las causas formadas á la Asociación y publicadas por el consejo federal parisien, pág. 51.

(2) Idem, pág. 75.

(1) Véase sobre este asunto el libro de M. Testu y la declaración de M. Tolain en la *Información acerca del 18 de Marzo.*

siempre, que queremos la república social con todas sus consecuencias.» Resulta, pues, que cuando se la llevó ante los tribunales, la Internacional tenía fuerza para soportar la persecucion, y aún para aprovecharse de ella: puede decirse que el imperio contribuyó tanto con sus tardías persecuciones como con sus primeras complacencias, al desarrollo y al poder funesto de esta asociacion.

Hemos llegado al fin de 1868. Dos años nos separan aún del 4 de Setiembre y del 18 de Marzo, y ya puede verse cuán temibles eran, gracias á la política imprudente del Emperador con la demagogia, las fuerzas revolucionarias que poco tiempo despues debían derribarle y aclamar la *Commune de Paris*. Narraremos ahora los nuevos progresos hechos durante los dos últimos años del Imperio, por el ejército de los jacobinos y de los socialistas, y demostraremos de una manera exacta, cuáles eran, en la vispera del 4 de Setiembre, la organizacion y el poder temible de la demagogia. Al llegar aquí encontramos en la *Informacion del 18 de Marzo* los datos más tristemente curiosos y ménos conocidos hasta ahora.

IV.

LA DEMAGOGIA BURGUESA.—SU ALIANZA CON LA INTERNACIONAL.—1868-1869.

Miéntas que la Internacional crecía, absorbiendo cada vez más todas las sociedades obreras, nacía, ó más bien se reconstituía al lado de ella otra fuerza revolucionaria: refiérome á la demagogia *burguesa*, empleando una calificacion usada, es decir, de ese partido que, comprendiendo á los desechados de todas las profesiones, los reprobados en todas las escuelas, los que por los desórdenes y los escándalos de su vida son despreciados por las personas honradas; todos aquellos, en fin, que por cualquier motivo están descontentos del órden de cosas existentes, y que, inspirándose en las tradiciones jacobinas de 1792, procuran derribarlo por la violencia y los medios revolucionarios. Durante la primera mitad del Imperio, este partido, cuyos principales miembros se habían refugiado en el extranjero, organizó conspiraciones contra el jefe del Estado y armó los brazos de algunos asesinos; prescindiendo de estos atentados, su influencia fué poco sensible. A principios de 1865 y de 1866, comenzó á reaparecer y á desarrollarse: muchos de sus jefes volvieron á Francia despues de la amnistía: las faltas que habían debilitado el poder, aumentaron las esperanzas de estos fanáticos anarquistas. Poco tiempo despues, en 1868, las reuniones públicas les dieron una tribuna y les permitieron reclutar prosélitos. Entónces la demagogia burguesa se dividía en muchos grupos que obedecían á distintos jefes, aunque el fin

fuese idéntico. Es interesante conocer algunos detalles de estos diversos grupos: los tomaremos de la declaracion del director de policia política durante el Imperio, M. Lagrange, personaje que sus colegas han juzgado con bastante severidad, pero que, por razon de su empleo, podía conocer bien á los agitadores políticos (1).

Uno de los grupos más famosos y más ardientes, era el que dirigía Blanqui refugiado entónces en Bruselas; sus principales agentes eran Miot, que también habitaba en Bruselas; Tridon, que iba con frecuencia á buscar allí instrucciones; Eudes, gerente del *Pensée nouvelle*, y los hermanos Villeneuve, uno de los cuales era médico en los Batignolles. Los blanquistas tenían frecuentes reuniones, poco numerosas, con objeto de no llamar la atencion de la policia. Además, nos dice M. Lagrange, «una vez al ménos por semana, cuatro ó cinco de entre ellos iban á un pasaje de los bulevares, y sobre todo, cerca del canal, y de cincuenta en cincuenta metros de distancia pasaban revista á sus afiliados.» Era muy difícil conocer las fuerzas exactas del partido blanquista, pero se supone que contaba unos tres mil afiliados en Paris.

Otro grupo formado por Jaclard comprendía, además de hombres de diversas profesiones, cierto número de trabajadores que Jaclard había reclutado en los talleres, especialmente en Clichy y en San Ouen. Las reuniones verificábanse semanalmente en casa de Jaclard «á pretexto de oír música», y por supuesto, sólo se trataba de política. Posteriormente, habiendo pasado Jaclard al campo de los blanquistas, la sociedad tomó por jefe á Fontaine, antiguo discípulo de la escuela politécnica y profesor de matemáticas, Dupont y sus cuñados los dos Girardin, Razoua, Cournet, redactor del *Reveil*. Los directores de este periódico tenían, al parecer, grande influencia en la sociedad. Cada vez que necesitaban tomar una resolucion importante, citábanse los jefes en el café de Madrid, donde se encontraban Delescluze y Cournet. Las reuniones ordinarias se verificaban los domingos en casa de Fontaine. Los nuevos afiliados estaban sometidos á una especie de prueba: hacíaseles jurar sobre un puñal que estarían siempre dispuestos á matar al Emperador y á sacrificar sus padres, hermanos y hermanas por la salvacion de la república democrática y social. Este grupo que se proponía echarse á la calle lo más pronto posible, hizo suscripciones para comprar armas, y sobre todo revólvers: cada afiliado llegó á tener el suyo. El mismo M. Lagrange refiere en este punto, que uno de sus agentes (había, entre los miembros de todas las sociedades,

(1) Véase la declaracion de M. Lagrange, *Informacion acerca del 18 de Marzo*, pág. 266 y siguientes.

agentes secretos), estuvo á punto de ser muerto por un torpe que, manejando uno de estos revólvers, se le escapó un tiro.

Félix Pyat no era, segun parece, miembro de esta reunion, sino que estaba en correspondencia con Gromier, que organizaba por su parte otros grupos.

Estas distintas sociedades trabajaban en un principio separadamente, pero en 1869 tuvo el grupo Jaclard la idea de organizar un banquete en Saint-Mandé para celebrar el aniversario del 24 de Febrero, y convidó á los representantes de todos los matices de la demagogia, asistiendo miembros del grupo Blanqui, de la sociedad del *Reveil*, etc., etc. Félix Pyat fué tambien invitado, y, no pudiendo acudir, envió un brindis, que ha quedado célebre con el nombre de *brindis de la bala*.

El resultado de este banquete fué la union de todas las sociedades revolucionarias. Los jefes de los diferentes grupos se pusieron de acuerdo para nombrar un comité de cinco personas, que tendria á su cargo la direccion general del movimiento demagógico.

Este comité que se componia de Fontaine, Dupont, del médico Tony-Moilin, Petiau, pintor de Montmartre, y un empleado del ministerio de obras públicas, llamado Godineau, estaba, por medio del italiano Sapia, en relaciones frecuentes, segun parece, con Mazzini.

Poco tiempo despues organizóse en la redaccion del periódico *La Marseillaise*, dirigido por Rochefort, otra agrupacion, de la cual recibian ordenes numerosos trabajadores. Enviábaseles en masa á tal ó cual punto de los barrios bajos, se les mandaba hacer tal ó cual demostracion; hasta el momento de la prision de Rochefort, en un club de la Villette hubo, dice M. Lagrange, continuas idas y venidas á la redaccion de *La Marseillaise*, sin que se haya podido saber de un modo exacto lo que en ella pasaba. Veráse despues, en el momento del entierro de Victor Noir, la influencia de este grupo, cuyos principales consejeros eran Rochefort y Flourens.

La Internacional mostró al principio alguna antipatia á estas diversas agrupaciones políticas, porque sabia que se preocupaban más de acaparar el poder, que de mejorar la condicion del trabajador. Sin embargo, cuando, cediendo á la presion de sus miembros más ardientes, entró en las vías de la violencia y aspiró á hacer una revolucion social, comprendió el excelente auxilio que podía encontrar en los grupos revolucionarios: éstos á su vez no podían desdeñar las imponentes fuerzas que su union con la Internacional pondria en sus manos. La primera ocasion propicia debía producir esta alianza.

La ocasion llegó pronto. Mientras la Internacional celebraba en 1867 el congreso de Losana, la

Liga de la paz y de la libertad se organizaba y celebraba tambien un congreso en Ginebra. Ya hemos dicho que esta liga, compuesta además de algunos miembros de la oposicion parlamentaria, como Julio Favre, de las notabilidades de la demagogia radical, pidió y obtuvo la adhesion de la Internacional. Esta se mostró dispuesta á ayudar en sus *reivindicaciones políticas* á los demagogos burgueses, quienes, en cambio, se comprometieron á estudiar mejor en adelante las cuestiones sociales. El desgraciado Chaudey fué quien dió y recibió estas promesas. Resultado de dicho acuerdo fué, que la Internacional se asociara á las manifestaciones del mes de Noviembre de 1867 sobre la tumba de Manin y á la protesta contra la expedicion á Roma. Algunos meses despues formáronse dos causas criminales á la Internacional (Marzo y Mayo de 1868); los acusados, que fueron condenados, pudieron en la prision relacionarse con algunos jefes de la demagogia revolucionaria, encarcelados á consecuencia de los sucesos del café de la Renaissance ó por diversos otros delitos políticos: ambos partidos eran perseguidos y condenados; habia, pues, nuevo motivo para que se unieran y trabajaran juntos por la *emancipacion*. De esta suerte la alianza que empezó á formarse en Ginebra y en Losana, se estrechó cada vez más, y en Enero de 1869 era completa (1). En el fondo esta alianza era un matrimonio de conveniencia. «¿Qué me importa á mí la Internacional? decía con frecuencia Delescluze; el dia en que seamos amos, nosotros la mataremos (2).» Estas palabras explican las rivalidades que estallaron despues en el seno de la Commune, entre los representantes de la Internacional y los de la demagogia burguesa. Los que disputaban en 1871 al dia siguiente de la victoria, se aliaban en 1869 por necesidad y se unian para combatir al Imperio, á quien, á pesar de lo mucho que habia hecho en favor de los revolucionarios, llamaban el enemigo comun.

¿Cuáles eran las fuerzas que cada uno de estos partidos proporcionaba á su aliado? Los jacobinos y todas las demas agrupaciones revolucionarias, daban jefes emprendedores, hábiles, con antigua influencia sobre el trabajador de Paris, amaestrados en el arte de tramar conspiraciones, de dirigir sus hilos, de organizar las asonadas y de burlar las pesquisas de la policia. En cambio de estos jefes que recibia, la Internacional aportaba, como dote para esta union, un ejército inmenso de soldados de motin, ejército que, segun el testimonio de un antiguo miembro de la sociedad, M. Fribourg, contaba entonces doscientos mil trabajadores franceses, y era cada dia más fuerte y más resuelto.

(1) Véase la declaracion de M. Fribourg.—*Informacion acerca de los sucesos del 18 de Marzo*, pág. 427 y siguientes.

(2) Idem, pág. 431.

En efecto, fué en vano que á consecuencia de las causas formadas en 1868 los tribunales declararan disuelta la Internacional. La célebre asociacion limitóse á ponerse una máscara durante algun tiempo; los trabajadores de las diversas profesiones comenzaron á reconstituir en esta época sus antiguos colegios sindicales, unidos entre sí por una *cámara federal*; la cámara federal tuvo el mismo domicilio social y casi los mismos miembros que la Internacional, cuyos intereses sirvió concienzudamente. Hasta Setiembre de 1869 celebró sus reuniones periódicas; y cuando fué prohibida se vió aparecer la federacion de la Internacional, prueba nueva de que en esta fecha ambas sociedades se confundian, pudiendo apénas distinguirse una de otra (1).

En las provincias, como en Paris, la Internacional se desarrollaba y se fortificaba cada vez más: encuéntranse noticias sobre este asunto en los numerosos informes que los empleados de distintas regiones de la nacion enviaron á la comision informativa acerca de los sucesos del 18 de Marzo.

Lyon es una de las ciudades de Francia donde la Internacional debía prosperar con mayor rapidez; su numerosa poblacion obrera, tan inflamable, tan fácil de extraviar por los agitadores, no podía dejar de adherirse con entusiasmo á las nuevas doctrinas. Sin embargo, á principios de 1869 la federacion lyonesa apénas contaba corto número de afiliados; á partir de esta fecha, su desarrollo fué tan potente como rápido; al cabo de seis meses, por la influencia de los jacobinos, y, como lo hace constar M. Testu (2), *á causa de la tolerancia de la administracion*, la Internacional había recibido la adhesion de *más de treinta corporaciones de oficios lyoneses*. Los mineros y los cordoneros de Saint-Etienne, los trabajadores en cristal de Gisors se habían organizado tambien en secciones. En Normandía, gracias á la actividad infatigable del trabajador ruenés Aubry, la Internacional había llegado á ser omnipotente en Ruan y en los numerosos centros industriales de sus inmediaciones, mostrando su fuerza en las huelgas de Elbuef, de Darnétal y de Sotteville-lés-Ruen. En Marsella eran igualmente grandes los progresos de la asociacion; al frente de la federacion marsellesa estaba un empleado de comercio, llamado Bastelica, cuyo nombre figura en los acontecimientos de Abril de 1870, en el complot Guerin, Roussel y otros. En una palabra, para citar los focos activos de la Internacional, á principios de 1870, sería preciso numerar casi todas nuestras ciudades y casi todos los centros de industria. No

es posible creer lo sobrexcitadas que estaban casi todas las pasiones antisociales. Citemos al acaso algunos testimonios.

«Desde ántes del 4 de Setiembre, nos dice M. Delle en su informe sobre los movimientos insurreccionales en la Alta-Viena, Limoges era un foco de propaganda revolucionaria é internacionalista. Dos delegados de la Internacional, los señores Benoist-Gillot y Minet, habían agrupado á principios de 1870 los trabajadores de las diversas profesiones en sociedades administradas por sindicatos que recibian directamente las órdenes de la Internacional. Todas las huelgas que hubo en esta época en el centro de Francia fueron mantenidas por los tribunales sindicales de Limoges (1).»

En el informe del primer presidente del tribunal de Amiens leemos que, ántes de 1870, la Internacional, poderosamente organizada ya en esta ciudad y en San Quintin, producía y mantenía todas las huelgas (2). En Normandía, despues de haber afiliado Aubry á casi todos los trabajadores en la Internacional, les predicaba abiertamente la guerra social (3).

En las provincias se había verificado tan fácilmente como en Paris la alianza entre los jacobinos y la Internacional. El primer presidente de Ruan escribió sobre este punto: «Cuando sobrevino la revolucion del 4 de Setiembre, existía la fusion completa entre los hombres de la Internacional y los jefes de la democracia radical. Cord'homme, miembro del Consejo general, que estaba al frente de lo que se ha llamado partido jacobino, marchaba de acuerdo con Aubry (4). En el Cher, donde la Internacional era tan poderosa, sobre todo desde principios de 1870 y despues de la huelga de Torteron, que ella había producido, Félix Pyát, natural de Vierzon, fué nombrado varias veces presidente honorario de las reuniones de la Internacional, y en cambio, su sobrino Armando Bazile hizo en favor de la asociacion la propaganda más activa (5). La misma alianza existía en el Nièvre: «Desde ántes del 4 de Setiembre la Internacional se unía ya á la demagogia para promover la revolucion (6).» En el Isere, segun nos dice el prefecto de este departamento, los trabajadores se habían reunido en asociacion, *autorizada por el Imperio*, con el nombre de *Sociedad de lectura*. Esta sociedad, que era una seccion disfrazada de la Internacional, tuvo al poco tiempo por jefe político al director del *Réveil du*

(1) Véase en la *Informacion acerca de los sucesos de 18 de Marzo*, las declaraciones de M. Nusse, pág. 273, y de M. Dunoyer, pág. 458.

(2) *La Internacional*, por M. Oscar Testut, pág. 173.

(1) Véase la *Informacion parlamentaria*, páginas 66 y 67.

(2) *Idem*, pág. 101.

(3) *Idem*, pág. 125.

(4) *Idem*, pág. 125.

(5) *Idem*. Informes del primer presidente del tribunal de Bourges, páginas 110 y 111.

(6) *Idem*, pág. 112.

Dauphiné, que era amigo de Delescluze, y preparó todas las perturbaciones de Grenoble. Los francmasones, numerosísimos en este departamento, unieron sus esfuerzos á los del periodista jacobino (1).

Estas citas, que sería inútil multiplicar, prueban hasta la evidencia, que en los últimos días del Imperio, y sobre todo, después de su alianza con los jacobinos, la Internacional tenía por todas partes ramificaciones y propagaba, hasta en los últimos rincones de Francia, la agitación revolucionaria. ¿Es preciso decir lo disciplinada que estaba esta inmensa legión, la rapidez con que las órdenes se transmitían de taller en taller, de barrio en barrio, de pueblo en pueblo á todos los soldados del ejército revolucionario? Puede juzgarse sólo por el ejemplo citado en la declaración de M. Mettetal, y adviértase que el hecho á que se refiere corresponde al año de 1867, es decir, á una época en que la organización demagógica no estaba aún completamente perfeccionada.

«Puedo, dice M. Mettetal, daros una idea de la rapidez con la cual circula una orden en esta formidable masa (la de los trabajadores parisienses).

»Con motivo de la Exposición industrial, se había formado una especie de sociedad de emulación, compuesta de negociantes, á cuyo frente estaba M. Devinck.

»Se abrió una suscripción entre los comerciantes de París y de otras ciudades para favorecer á los trabajadores y que les fuera posible visitar gratuitamente la Exposición y hacer determinados estudios que habían de ser objeto de Memorias: con este motivo procedieron á la elección de una delegación especial...

»Un día se entregaron á los delegados 30.000 tarjetas de entrada en la Exposición para el domingo inmediato. Creíase que estas tarjetas eran gratuitas, y á última hora se supo que no lo eran. M. Devinck apenas tuvo tiempo más que para llamar á los delegados. Eran las ocho de la noche, llamóles, y les dijo: Los billetes no son gratuitos; nos vemos obligados á pagarlos, y á tomar 30.000 francos del importe de la suscripción hecha en vuestro provecho. ¿Podeis devolvernos los billetes? ¿Los teneis aún?—No, contestaron: están ya distribuidos.—Entonces tendremos que pagarlos del importe de la suscripción.—Si nos dais tiempo, dijeron, hasta mañana por la mañana, acaso se puedan arreglar las cosas.—¿Qué vais á hacer?—A recoger los billetes.—Pero son 30.000, y en ocho horas no se pueden recoger.—Sí; perfectamente.» En efecto, al día siguiente le llevaron los 30.000 billetes.

»Mucho llamó la atención á M. Devinck este su-

ceso, y había motivo para ello, pues apenas podría hacerse otro tanto en un ejército.»

Se ve, pues, que desde 1867 los trabajadores parisienses estaban organizados, de modo que pudieran recibir y ejecutar con rapidez desconocida todas las órdenes de sus jefes. Algo más tarde, esta sabia organización, digna del ejército prusiano, era aplicada en casi todos los puntos de Francia al inmenso ejército trabajador inscrito en los cuadros de la Internacional. Así se explica la simultaneidad con que estalló en las ciudades más apartadas la revolución del 4 de Setiembre, y los disturbios de Octubre de 1870, de Enero y de Marzo de 1871. «En Setiembre de 1870, nos dice M. Delille, supieron los trabajadores de Limoges, antes que la noticia oficial llegara á poder de las autoridades, la caída del Imperio. En Marzo de 1871 fueron también prevenidos de antemano de los acontecimientos que iban á realizarse en París (1).» Antes de la revelación del informe sobre el 18 de Marzo, estos hechos parecían inverosímiles. ¿A quién admirarían hoy?

Conocidas son ya las fuerzas, los proyectos, la disciplina y las alianzas de la demagogia en 1869. En esta fecha, según hemos visto, la Internacional no era, ni aun en la apariencia, una asociación de hombres dedicados al estudio tranquilo de las cuestiones sociales: unida, casi confundida con todos los grupos demagógicos, constituía una formidable asociación política que tenía en sus manos la bandera de la revolución é iba á trabajar con rabia, no sólo para destruir el Imperio, sino también el orden social, instalando sobre sus ruinas la república democrática, con el gobierno de las «nuevas capas sociales.» Los únicos medios que debía emplear para hacer triunfar este programa, eran los de la violencia, el motín y el crimen.

Refiramos rápidamente los grandes hechos del ejército demagógico durante los dos últimos años del Imperio, y veamos cuál será la actitud del Gobierno en presencia de esta marea, siempre ascendente, amenazando cada vez más al poder y á la sociedad.

(Se concluirá.)

ANATOLIO LANGLOIS.

(*Le Correspondant.*)

(1) Véase la *Información acerca de los sucesos del 18 de Marzo.*

BIBLIOGRAFÍA FORESTAL.

Tres libros sobre materias forestales acaban de darse á luz entre nosotros, debidos los tres á otros tantos ilustrados ingenieros de montes.

Titúlase el primero *Apuntes bibliográfico-forestales*, y es, como propiamente dice su autor, el señor D. José Jordana y Morera, breve resúmen de los libros, folletos, artículos, impresos, manuscritos, mapas, planos y demas trabajos originales ó traducidos por autores españoles, relativos á la cria, cultivo y aprovechamiento, administracion, legislación y economía de los montes, arbolados, plantíos, prados, caza y pesca.

La ciencia y el arte consagrados al cultivo forestal, resumidos con el nombre de Dasonomía, cuentan como conocimiento sistemático escasos años de vida en nuestra patria, adonde no llegaron hasta bien entrado el segundo tercio de este siglo las enseñanzas alemanas florecientes en el centro de Europa y aplicadas con gran provecho desde mediados del siglo pasado. Mas, á pesar de su presente juventud y reuniendo los antecedentes esparcidos en los tratados españoles de agronomía y economía selvícola, recogiendo los estudios de algunos ramos particulares de la produccion territorial y los materiales contenidos en los diversos libros ó informes de asuntos conexonados con los montes, fórmase un caudal notable, como por el libro del Sr. Jordana se prueba, superior con mucho á lo que pudiera esperarse en tan breve plazo y dadas las circunstancias de nuestro país, y compónese un arsenal de elementos científicos, adonde puede recurrir quien necesite ó desee ilustrarse en tan amena como reproductiva parte de las ciencias naturales aplicadas. Algunos antecedentes tenía en su tarea el Sr. Jordana, con el conocido libro del Sr. D. Braulio Anton Ramirez, con la *Monografía botánica* del Sr. D. Manuel Colmeiro, y con la *Bibliografía mineral* de los ingenieros de minas señores Maffei y Rua Figueroa; mas, aunque así lo declare el autor en la advertencia preliminar, quédale el mérito de la más interesante parte del trabajo, que menguado hubiera sido como bibliografía especial, si á aquellos antecedentes se hubiera atendido.

Ensalzar el celo y diligencia que ha desplegado el Sr. Jordana en tan árido estudio, es inútil para quien sepa apreciar tales indagaciones; encarecer la forma y el estilo de la obra, excusado fuera, cuando de continuo en revistas científicas tiene el público ocasion de ver su verdadero mérito, y fuera tambien impertinente elogiar aquí el elevado criterio científico con que están redactadas las notas expositivas y críticas de los números bibliográficos. Baste decir que se dan apuntes descriptivos de 1.126 escritos forestales, publicados ó conocidos hasta

1.º de Diciembre de 1874, perfectamente anotados, ordenados alfabéticamente por sus títulos y acompañados, al fin, por un índice de los nombres de los autores.

Pero el libro del Sr. Jordana no se ha puesto á la venta, y quien haya menester de su ayuda habrá de acudir á los tomos correspondientes de la *Revista forestal, económica y agrícola*, en cuyas columnas fué apareciendo la obra por pliegos; por manera que han de ser muy solicitados los ejemplares que haya tirado el autor, y muy agradecidos por este motivo especial hemos de quedar los que por su amabilidad hemos recibido el libro.

Memoria sobre la influencia de la luna en la vegetacion es otra de las recientes publicaciones que hoy apuntamos; se debe al ingeniero D. Carlos Castel y Clemente, reputado ya en el palenque público de la ciencia, donde ha terciado con ventaja en otras ocasiones, escribiendo sobre materias análogas en la Revista arriba citada, y formando en volumen especial una excelente monografía del haya, que nada deja que desear para el conocimiento de las condiciones de vida, produccion y tratamiento de esta especie arbórea.

El trabajo actual constituye un opúsculo de 62 páginas en 4.º, dividido en tres capítulos y un apéndice. Dirígese el autor á combatir antiguas preocupaciones é inveterados errores, referentes á la influencia lunar en el desarrollo de los vegetales, en la produccion de los fenómenos meteorológicos, y por consecuencia, en las prácticas de los cultivos. Pero no puede hacerlo, dado su talento y competencia en la materia, sin plantear el problema en la extension y forma debidas; así es que ha medido ante todo el valor real y efecto sensible de ciertas propiedades atribuidas al satélite de la Tierra, y ha aplicado despues estos elementos á la verificacion de algunos hechos que se manifiestan en la vida vegetal. Y despues de un concienzudo análisis, no sólo de los hechos, sino de las opiniones acerca de su explicacion emitidas por los hombres de ciencia y los de campo, viene á fundar las conclusiones siguientes: 1.ª, que nada justifica la antigua influencia directa concedida á la luna sobre la vida de las plantas y, en su consecuencia, sobre la determinacion de las épocas más favorables á las diversas operaciones agrícolas; y 2.ª, que aunque ninguna verdad pueda en absoluto asentarse acerca de la influencia lunar en los cambios atmosféricos, es justo aconsejar á los labradores que prescindan de la marcha ó sucesion de las lunaciones, no alimentando esperanzas sobre la verificacion de determinados fenómenos, cuya probabilidad se presenta cuando ménos muy incierta.

Con gusto daría aquí una muestra de las pruebas en que el Sr. Castel apoya sus asertos, si para ello

dispusiera de espacio bastante, y se vería que, cuando afirma que la luna llena ó la luna nueva no determinan con seguridad lluvias ó tiempo sereno, no lo hace á capricho, sino despues de apuntar datos abundantes de diversos países y épocas, sobre los dias lluviosos y cantidad del agua de lluvia en distintas fases de la luna.

Me limito, pues, á dar el parabien al Sr. Castel y á recomendar la lectura de su opúsculo.

Tampoco cabe dentro de esta nota el detenido exámen de otro pequeño, pero interesante libro, dado á la estampa el mes pasado por D. Primitivo Artigas y Teixidor, y titulado *El alcornoque y la industria taponera*. Consta de 81 páginas en 4.º, y trata de la descripción botánica de dicho árbol, de sus condiciones vegetativas, cultivo y aprovechamientos; de los enemigos, enfermedades y peligros á que está sujeto, para, apoyándose en estos conocimientos, venir al exámen de la industria que con su corteza mantiene.

Rindiendo el debido tributo á la patria catalana, en que la industria del corcho alcanza una perfeccion, por lo ménos igual á la de los primeros centros de producción de este artículo en Europa y en África, describe y razona el autor los procedimientos y manipulaciones todas de la fabricación de objetos de corcho, en términos que la utilidad científica de su libro está duplicada por el interes industrial y comercial de su materia.

No vacilamos, pues, en encomiar la laboriosidad del Sr. Artigas, que ha sabido realizar plenamente el objeto que se ha propuesto en su primera obra, dando á conocer un aprovechamiento llamado á multiplicar la riqueza de algunas provincias que no han seguido todavía el ejemplo de la de Gerona.

Antes de acabar, y deseoso de demostrar el aprecio particular que merecen los ingenieros que, sin desatender sus diarias ocupaciones, enriquecen con sus publicaciones la Dasonomia española, no quiero dejar de nombrar, ya que otra cosa no sea, el libro que algun tiempo hace compuso y distribuyó (tambien sin ponerlo á la venta) el ingeniero D. Eugenio Plá y Rave, con el nombre de *Maderas de construccion naval*, interesantísimo para los ingenieros de todas clases y para los marinos, por los numerosos conocimientos que recopila acerca de las propiedades y aplicaciones mecánicas y físicas de las maderas; y cúmpleme hacer asimismo mencion de las Memorias lucidísimas que han publicado sobre los montes y la producción de Filipinas, los ingenieros D. Sebastian Vidal y D. Ramon Jordana y Morena, ya juzgadas y aplaudidas por la prensa diaria y científica.

F. DE P. ARRILLAGA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Congreso científico de la Sorbona.

PARIS, 31 MARZO AL 3 ABRIL.

Estudio de los seres vivos.—Pietra-Santa: La aclimatacion de los europeos en la Argelia.—Lafargue: Esqueleto de *Rytiodus*.—Mayet: Un nuevo insecto malhechor.—Dalmas: La formación de la célula animal ó vegetal.—Violle: La temperatura media del sol.—Raoult: Fósforo en el aire.—Jacquemin: La nitro-benzina y sus aplicaciones industriales.

Las comunicaciones presentadas sobre el estudio de los seres vivos comprenden trabajos relativamente á los animales y á las plantas, y algunas Memorias de un orden mixto concernientes á cuestiones de fisiología y de química general.

—El doctor Pietra-Santa, miembro de la Sociedad de climatología en Argel, presenta extensas consideraciones sobre la aclimatacion de los europeos en aquella colonia francesa. La historia demuestra la facilidad con que siempre se ha realizado la aclimatacion, y los hechos actuales, consignados en una Memoria de M. Feuillet sobre la tisis en Argel, prueban que de dia en dia disminuye de un modo considerable la mortalidad de europeos en toda la Argelia.

La poblacion europea se ha elevado en Argelia gradualmente desde 1830, de 8.000 almas que había, hasta 65.000 que hay en la actualidad. La raza indígena sufre la consecuencia natural y como fatal de la introduccion de la raza civilizada conquistadora, y ha bajado en cuarenta y dos años, desde 3.000.000 de habitantes á 2.400.000, perdiendo más de 20.000 almas en cada año. El sueño de un imperio franco-árabe es una quimera; la poblacion que llegará á dominar en toda la Argelia será franco-italiana y franco-española.

—M. Druilhet-Lafargue, secretario general de la Sociedad linneana de Burdeos, presenta, á nombre de M. Delfortrie, una comunicacion sobre el descubrimiento de un esqueleto entero de *Rytiodus*, mamífero sirenio de un género vecino al del *Haliitherium*, creado por Lartet, y señala las diferencias notables entre uno y otro.

—M. Valery Mayet, miembro de la Sociedad de historia natural y horticultura de Herault, lee una Memoria sobre la evolucion curiosa y las costumbres de un coleóptero, descubierto por él en las areniscas de las cercanías de Montpellier. Este animal, designado con el nombre de *Sitaris colletis* Mayet, pertenece á esa clase tan singular de insectos, que pueden calificarse de malhechores, y que se introducen por astucia en los nidos de otros insectos y destruyen la progenitura legítima de la casa en provecho de la posteridad del invasor.

—M. Dalmas (de Privas), miembro de la Sociedad de ciencias naturales é históricas de Ardeche, presenta consideraciones interesantes y de un orden

muy elevado sobre la formación primera de la célula, sea animal, sea vegetal. Considera la constitución elemental del sér vivo como análoga á la de las parejas de una pila voltaica. La sávia en la planta y la sangre en el animal suministran las moléculas asimiladas y eliminadas, mientras que los nervios hacen el oficio de hilos conductores de la electricidad. M. Dalmas asegura haber obtenido la confirmación experimental de sus principios, llenando de sangre venosa negra un tubo cerrado y haciendo pasar por su centro electricidad negativa; la sangre negra se hace en seguida rutilante como la sangre arterial; pero si después de electricidad negativa hace pasar electricidad positiva, la sangre se hace de nuevo negra y venosa, y se obtienen tantas alternativas como veces se repita esta operación, siempre con el mismo resultado.

—M. Violle, profesor de física de la facultad de ciencias de Grenoble, presenta un aparato que ha inventado para determinar la temperatura media del sol, la cual ha evaluado en dos mil grados próximamente, según experimentos que ha hecho en diferentes localidades, y con especialidad en las cumbres de diversos picos de los Alpes.

—M. Raoult, profesor de química de la Sociedad de ciencias de Grenoble, dice que ha encontrado en el aire cantidades considerables de fósforo, y expone los métodos químicos que le permiten enunciar este curioso resultado.

—M. Jacquemin, miembro de la Sociedad de ciencias de Nancy, presenta el resultado de sus estudios sobre la *nitro-benzina* bajo los puntos de vista analítico y toxicológico, encontrando dos nuevos modos de transformación de la nitro-benzina en anilina, además de los ya conocidos; métodos que le parecen susceptibles de muchas aplicaciones industriales. Analiza la esencia empleada por los defraudadores, sea para falsificar la esencia de almendras amargas, sea para preparar los licores falsos, y da á conocer los medios prácticos de conocer estos engaños.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Noticias del paso de Vénus.

YOKOHAMA, 1.º FEBRERO 1875.

La posición aproximativa de mi observatorio es: latitud 35° 26' 54" y longitud 9 h. 18 m. 44 s. al Este de Greenwich.

La del observatorio del Bluff, en que ha trabajado el profesor Jimenez, es: latitud 33° 26' 12" y cosa de 30" á 40" al Este de Nogé-yama.

La observación del tránsito en Nogé-yama fué como sigue: Primer contacto exterior, 8 de Diciem-

bre á 23 h. 4 m. 7 s. 0. Primer contacto interior, 8 de Diciembre á 23 h. 29 m. 2 s. 4. 6. Ruptura del ligamento, 8 de Diciembre á 23 h. 30 m. 25 s. 6. Formación del ligamento, 9 de Diciembre á 3 h. 21 m. 1 s. 4. Segundo contacto interior, 9 de Diciembre, á 3 h. 21 m. 45 s. 4. Segundo contacto exterior, 9 de Diciembre á 3 h. 47 m. 55 s. 5.

Estas horas expresan tiempo medio de Nogé-yama. Las siguientes, hechas en la estación mejicana de Bluff, indican tiempo medio de este último observatorio: Primer contacto exterior, 8 de Diciembre á 23 h. 3 m. 59 s. 2. Primer contacto interior, 8 de Diciembre á 23 h. 29 m. 50 s. 2. Ruptura del ligamento, 8 de Diciembre á 23 h. 30 m. 43 s. 7. Formación del ligamento, 9 de Diciembre á 3 h. 21 m. 22 s. 2. Segundo contacto interior, 9 de Diciembre á 3 h. 21 m. 52 s. 2. Segundo contacto exterior, 9 de Diciembre á 3 h. 48 m. 5 s. 4.

Debe notarse que, atendiendo á la diferencia de posiciones de ambos observatorios, los precedentes resultados concuerdan entre sí cuanto puede desearse en una observación tan extremadamente difícil como lo es la del tránsito.

El Gobernador chino de Kanagawa me ha manifestado su intención de erigir un monumento permanente en mi observatorio de Nogé-yama, á fin de que sirva como punto de referencia para la geografía de este país, cuya carta se ha comenzado á levantar por una comisión especial dependiente del Kobusho ó Ministerio de obras públicas.

F. DIAZ.

Jefe de la Comisión mejicana.

La galería de retratos del Ateneo se ha aumentado con los de Ventura de la Vega y D. Agustín Argüelles, este último, pintado por D. Federico Jimenez.

Un industrial de San Sebastián, el Sr. Marticorena, ha hecho la observación de que el sebo se descompone fácilmente por el agua salada. Habiendo comprado una cantidad de sebo que había caído al agua en el puerto, lo hizo lavar y prensar, y obtuvo de este modo ácido oleico y esteárico.

Las ciencias naturales, y especialmente la botánica, acaban de experimentar una sensible pérdida con la muerte de Gustavo Thuret, acaecida repentinamente en Niza. Deja en la ciencia un nombre de los más esclarecidos, y sus opiniones son de las más respetadas y de las que menos contradicciones han promovido. En su notable trabajo sobre las algas ha dado á conocer un modo nuevo de generación vegetal de grandísima importancia.